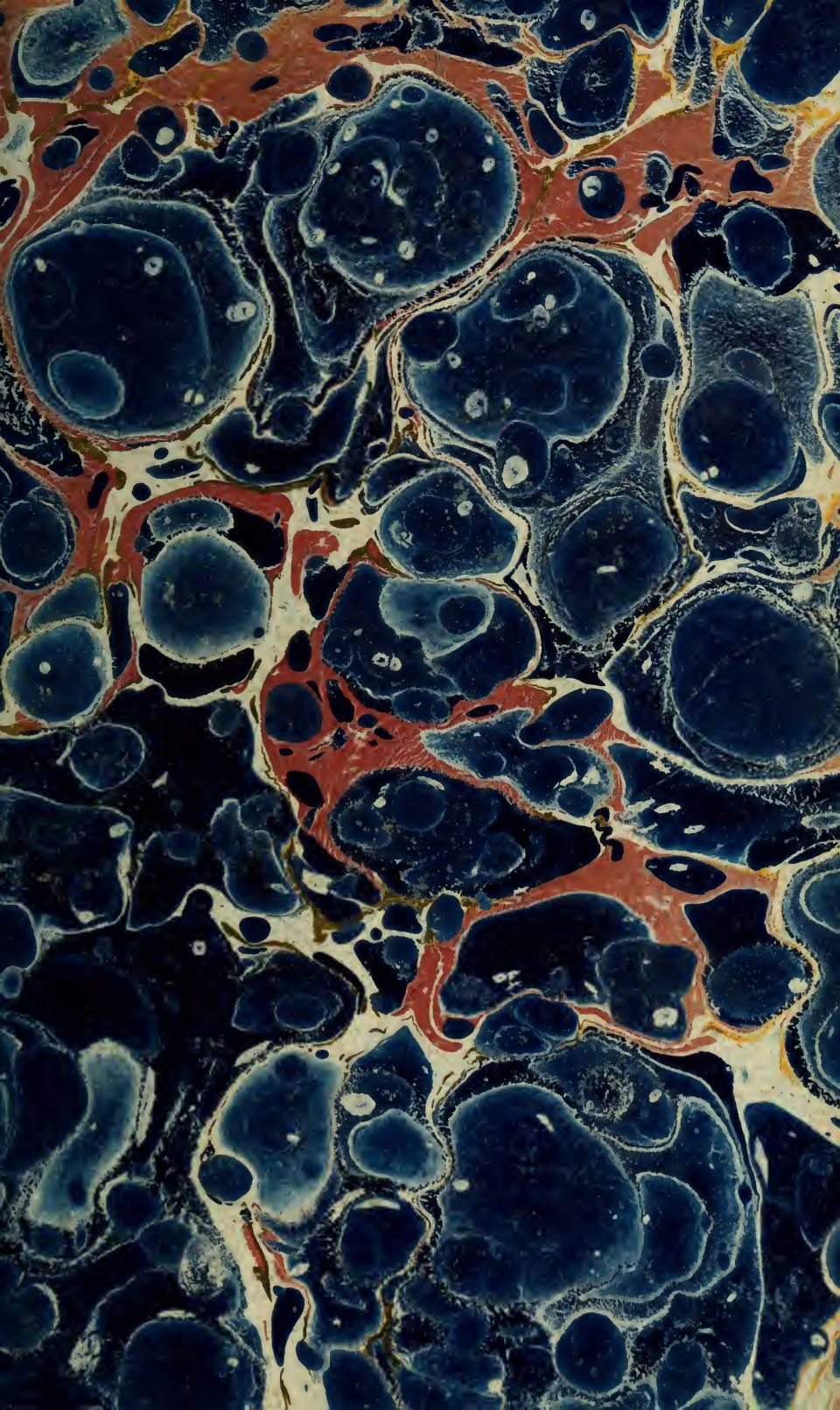
3 1761 08695659 6



GALERIA DRAMATICA GADITANA.

35265

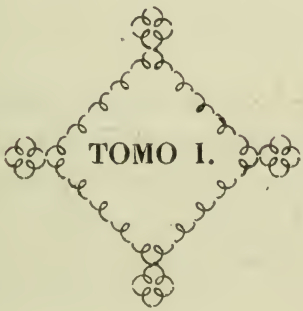
SAINETES

DE D. JUAN DEL CASTILLO.

CON UN DISCURSO

sobre este género de composiciones

POR ADOLFO DE CASTRO.



162469.
31.5.21.

CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERÍA I LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA
á cargo de D. Vicente Caruana,
PLAZA DE LA CONSTITUCION NUMERO 11.
1845.

Al Sr. D. Francisco Sanchez del Arco,

POETA DRAMATICO.

El clarísimo ingenio de V. i la fina amistad con que me honra piden de mi estimacion una muestra. Pequeña es la que le ofrezco; mas creo que para el afecto que V. me tiene, siempre han sido, son i serán grandes asi los humildes rasgos de la pluma como los trabajos literarios de

Adolfo de Castro.

DISCURSO

SOBRE LOS SAINETES.

Propia composicion dramática de los poetas españoles es el *sainete,* voz que quiere significar *cualquier cosa que mueve á la complacencia como el donaire i discrecion, i la salsa que se usa para dar buen sabor á los manjares.*

Nació el sainete con nuestro teatro. Mi-

guel de Cervantes cuenta en el prólogo á *sus ocho comedias i ocho entremeses nunca representados* que los dramas que en tiempos de Lope de Rueda se recitaban «eran unos coloquios «como eglogas, entre dos ó tres pastores i algu«na pastora. Aderezábanlos i dilatábanlos con «dos ó tres *entremeses, ya de negro, ya de ru«fian, ya de bobo, i ya de vizcaino*; que todas es«tas cuatro figuras i otras muchas hacia el tal «Lope con la mayor escelencia i propiedad que «pudiera imaginarse.» Llamábanse *entremeses* porque se representaban *entremetidos* en las jornadas en que se dividian las eglogas, autos i comedias.

Casi todos los entremeses que se escribieron à fines del siglo XVI i principios del XVI[I] son de lindo estilo, i llenos de las mas hermosas flores del gracejo español, tales como los de Cervantes, los de Lope de Vega, i los de otros discretísimos injenios. Por lo comun eran en prosa, i se acababan con cantos i bailes.

La mejor comedia, si entre sus jornadas no llevaba los donaires de estas composiciones, era escuchada con desagrado. Un antiguo escritor dice que los entremeses «con lo festivo hacian

«al pueblo gustoso lo lúgubre: con lo agudo «en las sentencias le paliaban lo desaliñado de «las razones: con lo artificioso del contexto le «suplian el descamino de lo mal trazado: de mo- «do que el autor que tenía una mala comedia» «con ponerle dos entremeses buenos, le daba «muletas para que no cayese, i el que tenia una «buena le ponia alas para que se remontase.» Todos eran una reprension moral i festiva de los desórdenes públicos. Raro era el entremes en que la reprension no paraba en los vicios i llegaba á las personas. Raro el entremes en que la dulzura i alegría llegaba á descompostura é inmodestia.

Muchos se escribieron luego en el siglo XVII por el ilustre Calderon, por Luis Quiñones de Benavente, por don Julian de Castro, por otros poetas dramáticos. Entónces empezaron á usarse cantados, i en ellos á lucir en nuevas muestras la facilidad i armonia de la lengua castellana. En el entremes intitulado *El talego,* compuesto por Benavente se leen los siguientes versos.

«Sacan la autora i otras mugeres un talego á andar.

Todas. Anda, niño, anda,
que amor te lo manda.
Autora. Tu dueño tacaño.....
Todas. Que andes en un año.
Autora. El vil interés.....
Todas. Que andes en un mes.
Autora. La mucha porfia.....
Todas. Que andes en un dia;
que miéntras mas i mas presto anduvieres
mas se holgarán las señoras mugeres.
Autora. El pez de tres años.....
Todas. El vino de dos.....
Autora. La carne de uno.....
Todas. De medio el capon.....
Autora. Los panes de ayer.....
Todas. Los huevos de hoi.....
Autora. Lo asado de ahora.....
Todas. Mas un talego.....
Autora. Siempre anda.....
Todas. Siempre viene.....
que siempre llega á linda ocasion.
1 Yo lo digo i soi doctor.
2 Yo lo digo i soi doctor.
3 Yo lo digo i soi doctor.
Todas. Que siempre llega á linda ocasion.

En el *Guarda Infante*, tambien de Benavente, se cantan estos.

Lo que se usa señor alcaldito,
gracioso i bonito,
dice el refrancito
que nunca se escusa;
i por solo hacer lo que vemos,
las hembras traemos,
aunque reventemos,
tanta garatusa, tusa, tusa.

En *Los planetas* del mismo autor se hallan los versos siguientes, compuestos de palabras sin sentido.

Bernarda. Pues porque no nos entiendan
los hombres, en cifra hablemos:
i dice la Luna.
Luna. Zuribi, trapigo rostripique suna.
Bern: I el Sol le responde.
Sol. Tropico, libico, zas, pirilonde.
Bern. I Marte replica.
Marte. Gilibu, trastigo peleque Marica.
Bern. Vulcano se queja:

Vulcano. Chumba, cachumba, tustus, ciroseja.
Bern. Mas Venus repite.
Venus. Gravi, parotide, cras, chiribite.
Bern. Si Venus se queja, respóndole así
por todos los Dioses que faltan aquí,
mariña, calambu, falala, falala
bebe, zurumbatico, zas pititi (1).

---

(1) Calderon en su comedia famosa *El alcalde de Zalamea* pone estos versos.

Yo soy titiri titiri tina
flor de la xacarandina:
yo soy titiri titiri taina
flor de la xacarandaina.

I en *El alcaide de sí mismo* estos:

Subiera Morales
en el su caballo
la espuela de melcocha
i el freno de esparto:
¡Luneta,
átala allá de la sonsoneta!

En la calle Nueva
está enamorando:
por mirar arriba
cayera en un charco:
¡Luneta,
átala allá de la sonsoneta!

Usóse mucho en el siglo XVII cantar xácaras en los intermedios de las comedias, en vez de representar entremeses. Estas xácaras eran romances en que se referia algun hecho de rufianes escrito en lengua de Germania: de la cual formó vocabulario un tal Juan Hidalgo. Creció la aficion á las xácaras i para mayor gusto de los oyentes se componian en forma de entremes cantado, i teniendo por asunto pintar en ellas la vida airada de la jente rufianesca.

Juntamente con las xácaras comenzaron á usarse bailes. De Luis Quiñones de Benavente famoso entremesista de aquella edad, dijo don Manuel Antonio de Vargas, editor de sus obras, que «por un camino de nadie pisado i de pocos «entendido resucitó en España una especie de «la poesía de las cuatro en que Aristóteles la «divide, olvidada ó jamás aprendida de los es-«pañoles que es la Ditirámbica, imitacion como

---

Sogas i maromas
tiran á sacarlo:
sácanle una asadura
que habia merendado.
¡Luneta,
átala allá de la sonsoneta!

«en su poética enseña, hecha en verso, música ó «trepudio, (1) diferente por esta de la trajedia «i de la comedia; que, aunque en una i otra se «halla música, trepudio, i verso es cada cosa dis«tinta i en la Ditirámbica está todo junto. Aña«diendo á esta novedad perfeccion tan suma, «que si no escedió á los antiguos, desespera de «su imitacion á los venideros, al mezclar lo útil «de advertimientos morales, con lo dulce de in«venciones graciosísimas, sirviendo estas sales «tanto para preservar de la corrupcion de las cos«tumbres que reprendia, cuanto para sazonar «el gusto de quien deleitaba.»

Eran desconocidos en el teatro español estos jéneros de bailes. Algunos hacian la jente baja; pero el principal de todos era la zarabanda. El doctor Alonso Lopez Pinciano, médico cesareo en su *filosofía antigua poética* (Madrid MDXCVI describe este baile en las siguientes palabras: «El Pinciano se entró en casa de Fadri«que i vió una moza de buen talle, i á una vie«ja de feo i pésimo, que con los dos habia co«mido. La moza se inclinó hácia el un lado del «suelo, i alzó una vihuela, i comenzó á cantar;

(1) Baile.

«i cantando, acabó uno i otro romance viejo «tan bien, que el Pinciano quedó á ella honesta«mente aficionado; porque hasta entónces pa«recian las mugeres la una Sta. Mónica, i la «otra Sta. Anastasia; pero poco despues descu«brieron la hilaza (como dicen) que la que pa«recia antes Anastasia se trocó en Satanás, i la «Mónica en Demónica fué convertida; porque «se levantó la una i la otra de la mesa i la mo«za con su vihuela danzando i cantando, i la «vieja con una guitarra cantando i danzando» «dijeron de aquellas sucias bocas mil porque«rias, esforzándolas con los instrumentos i mo«vimientos de sus cuerpos poco castos.» Segun este autor la zarabanda española tuvo oríjen en la Ditiramba de los griegos. «Esta es la zaraban«da que dicen—Fadrique—Llamadla voz zara«banda ó ditiramba que ello es así como Hugo «lo dice; porque la t i la h juntas en el griego «suenan lo mismo que nuestra z.» En uno i otro baile se tañian instrumentos i se cantaba juntamente, i en uno i otro ostentaban las mugeres la mas estraña descompostura è inmodestia. El baile español fué sin duda imitacion del griego, i este tuvo oríjen en las fiestas que ce-

lebraban antiguamente en loor i gloria de Baco.

Sémejantes á estos eran los bailes españoles del siglo XVII, cuando Luis Quiñones les dió forma dramática, i les quitó lo licencioso en los cantos i la descompostura en los movimientos de los representantes. Sus bailes eran semejantes á sus entremeses: una reprension moral de los vicios i desòrdenes públicos. Otros poetas de aquel tiempo escribieron entónces á su imitacion bailes burlescos, i no faltaron algunos que se dedicaron á componerlos de asuntos mitológicos, i aun dejando á parte burlas i donaires.

Por lo comun representaba los bailes un hombre i una muger con coros de mugeres i hombres.

El del *juego del hombre* que compuso el ingenioso poeta don Agustin de Salazar i Torres discípulo del gran Calderon, empieza en esta forma:

«Salen Cardenio i el coro de hombres por «un lado i Anarda i el coro de mugeres por el «otro.

Cardenio.—Canta. Esto es amor:
déjenme padecer su rigor.

Anarda.—Canta. Esto es querer:

déjenme su rigor padecer.

Hombre 1.º Cardenio ¿tal suspirar?
¿tanto llorar y jemir?
¿hacer vida del morir,
y descanso del penar?

Muger 1.ª Anarda ¿tantos enojos
con desunion tan precisa?
¿en la boca tanta risa
i tanto llanto en los ojos?
Qué llama te obliga á arder?

Hombre 1.º Quién causa tanto dolor?

Cardenio.—Canta. Esto es amor:
dejenme padecer su rigor.

Anarda.—Canta. Esto es querer:
déjenme su rigor padecer.

I dá fin de esta suerte.

Anarda. ¿Qué jugará la dama
de un miserable?

Cardenio.—Canta. A la pelota juegue
como haya saque.
(*Repiten, bailando todos.*)

Muger 2.ª—*Canta.* ¿Los galanes del uso
dime á qué juegan?

Cardenio —Canta. Del cariño los restos
á la primera:

Muger 3.ª—Canta. ¿Qué jugará un celoso desesperado?

Cardenio.—Canta. Entreténgase al juego del renegado.

Anarda.—Canta. ¿Qué jugará el concurso de los mirones?

Cardenio.—Canta. Jugar puede á las damas como no soplen.

(*Bailan todos i dan fin.*)

Mui parecidas á estas composiciones ditirámbicas eran las loas: fiestas que precedian á la representacion de un drama, i en las cuales hablaban comunmente: *La hermosura, La discrecion, La fama, El injenio, la guerra*, i otras imágenes personificadas. Unas loas eran escritas en lenguaje grave: otras en burlesco. Estas tenian gran semejanza con los bailes; pues lo mismo que en ellos se cantaba, danzaba i tañia. En la loa que escribió el discreto Solís para su comedia intitulada *Un bobo hace ciento* que se representó á Felipe IV en mártes de carnestolendas, se hallan despues de algunas escenas los versos siguientes:

«Salen las Carnestolendas de Matachin, (1) danzando.

Carnest. Matachin, que yo soy el tiempo,
matachin, que á todos alegra,
matachin, que tiemblan las carnes,
matachin de verse tolendas.

Tiempo. Aguarda, rapáz: ¿quién eres?
Detente, espera, no dances;
que me irritas i me tientas,
sin saber lo que te haces.

Carnest. Matachin, que yo soy el martes,
(danzando) matachin, de Carnestolendas,
matachin, que vengo á palacio.

Tiempo. Matachin ¿qué dices? Espera
¿A festejar á los reyes

---

(1) *Matachin.* Hombre disfrazado ridículamente con carátula i con vestido ajustado al cuerpo desde la cabeza á los pies, hecho de varias piezas de distintos colores. Formábase antiguamente una danza entre cuatro, seis ú ocho matachines, i con el son de un tañido alegre se daban golpes con espadas de palo, i vegigas de vaca, henchidas de aire, i hacian diferentes muecas. A los que se visten de matachin llaman hoi arlequines. Pero entonces solo se daba este nombre á los graciosos ó bufones de la comedia italiana.

has venido? Pues dejadme,
tentaciones. No es posible:
caí como miserable.

Vàse desnudando el traje de ermitaño, como dicen los versos, i queda de matachin.

Afuera, galas del yermo:
fuera, rústicos sayales:
fuera, intempestivas canas:
fuera, severo follage.
Telarañas de la vida,
desollinad el semblante.

(*Empiezan á bailar.*)

Cant. Matachin, que en dias como este,
matachin, que es dia de chanza,
matachin, que el tiempo no es tiempo,
matachin, que el tiempo es Juan Rana (1).

---

(1) Juan Rana, célebre gracioso que tuvo el teatro español en el siglo XVII, i mui nombrado en las comedias, loas, bailes, entremeses i sainetes de aquella edad. Su fama no ha quedado en el vulgo como la de Villadiego, la del sastre del campillo, la de Mari-Ramos, la de Perico de los palo-

Tambien con baile, música y canto se representaban los sainetes de aquel tiempo. En vez de correrse el telon cuando se daba fin á la comedia, descorriase una cortina, detrás de la cual estaba escondido el aparato necesario para el

---

tes, la de Pero Grullo i otros personajes que existieron en antiguos tiempos, aunque nada se sabe de sus vidas. Solo de

Pero Grullo,
que á la mano cerrada
llamaba puño

tengo algunas noticias. Francisco Lopez de Ubeda autor de la injeniosa novela *La pícara Justina*, dice: «Preguntéle ¿por qué andaban en pierna los asturia-«nos? Dijo que porque hay una profecia de Pero «Grullo, *que fué asturiano*, que en Asturias ha de «venir por el rio una avenida de oro i toneles de «vino de Ribadavia, i por estar prevenidos para la «pesca andan siempre descalzos.» En una coleccion de epitafios portugueses que formó un curioso del siglo XVI se leen estas palabras:

«Na casa do capitulo de Santo Domingos de Lis-«boa, na parede della está un letreiro antigo que «diz:

Aquí jaz Pero Grou,
que como os outros acabou.

Don Francisco de Quevedo en su *Sueño de la muerte* puso en verso algunas profecias semejantes á las de Pero Grullo.

sainete. *Las fiestas bacanales* con que se acabó la comedia de *Euridico y Orfeo,* tambien de don Antonio de Solís, empiezan de esta suerte.

«Introdújose en la comedia estar celebran-«do las ninfas las fiestas de Baco i Orfeo, que «sale huyendo de ellas; i en acabándose la co-«media se muda el teatro en bosques i quedan-«do Cosme solo, se aparece una estatua de Baco «sobre un tonel, adornado de racimos i pámpa-«nos, i del tonel saldrá una fuente de vino.»

Cosme. Pero ¿qué es esto? ¿El Dios Baco
se me viene á aparecer
con su fuente i sus aliños
para destruir la sed &c.

Este era el modo con que ligaban los sainetes á las comedias.

Desde que en el reinado infelicísimo del estúpido Cárlos II acabó de perder su valor en España el buen gusto literario, hasta que fué restaurado en el siglo XVIII, pocas composiciones de estos jéneros se escribieron, i en ninguna se encuentran admirables rasgos de injenio i lindos donaires que puedan esceder ni aun compe-

tir con cuantos se encierran en obras semejantes de nuestros poetas del siglo XVI y XVII. Las loas bailes i sainetes con música, cantos i danzas, desterráronse del teatro. A composiciones á estilo de los antiguos entremeses se dió á fines del pasado siglo XVIII el nombre de *sainetes*. De algunos que se compusieron, solos son dignos de memoria los de don Ramon de la Cruz i los de don Juan Ignacio Gonzalez del Castillo.

Los de este escritor son superiores á todo encarecimiento, pues en ellos luce mas que en otros el ingenio español, bien en las trazas de sus argumentos, inventados para reprender los desórdenes públicos, bien en las sales cómicas. Despues que la muerte hizo retirar del teatro su pluma pocos se han atrevido á poner la mano en composiciones semejantes, ya por la imposibilidad de imitarlo, ya por la dificultad de competirlo.

EL GATO.

PERSONAS.

NICOLAS, *sastre.*
RITA, *su muger.*
PABLO, *compadre de los dos.*
ATANASIO, *hermano de Rita.*
MARIA, *vecina.*
CURRILLO, *muchacho.*

Casa pobre con sillas bajas, una espuerta de costura al lado. Sale Nicolas con capoton i montera pobre, i detras Rita.

Rita. Adonde vá usted, señor,
tan de priesa?
Nicolas. No me tardo,
porque voi aqui á la vuelta,
i despues hacia esta mano
como quien vá en derechura.....
En fin pronto vuelvo.
Rita. Cuando?
te parece que ese es modo
de cumplir, picaronazo,
con tu obligacion?
Nicolas. Muger,

qué dices? Pues en qué falto?

Rita. En qué faltas? Ciertamente
que está mui bueno el descaro
No han dado las once, i ya
sueltas la aguja, echas mano
á la monterilla i vas,
¿quièn lo sabe? á picos pardos
con alguna pelandrusca,
ó á gastar los pocos cuartos
que ganas, en la taberna;
i mas que se lleve el diablo
á tu muger, i á tus hijos.
Mira, Nicolas, que aguanto
porque soi muger de bien;
pero el dia que á los cascos
se me suba el berrenchin,
he de hacer una.... Cuidado,
que las mugeres podemos
á cada instante vengarnos.

Nicolas. Vaya, muger, que tu genio
es capaz de hacer á un santo
darse contra las paredes.
Si voi no mas de aqui abajo
por dos adarmes de seda
para el fraqueton de paño.

Rita. Pues yo no quiero que salgas:
larga el capoton volando
i remata los calzones.
(*Tira montera i capoton al suelo.*)
del Señor don Laureano
Molinete.

Nicolas. Hasta mal haya
el dia en que nos casaron.
¡Qué no me hubiera mordido
un perro rabioso cuando
(*Se sienta á trabajar.*)
entré à tomarme los dichos!

Rita. Echa, infame, echa mas sapos
i culebras: la infeliz

fuí yo, que le di la mano
á un borracho, á un holgazan,
i desprecié un mayorazgo
que tenia diez olivos,
i una casa con dos patios
en Lebrija. ¡Qué locura!
venir à pasar trabajos,
cuando pudiera rodar
coche.

Nicolas. Si quisieres carro,
el capataz es mi amigo,
verás como te lo planto
à la puerta, i en dos horas
visitas á todo el barrio.

Rita. Eres un tonto, un jumento,
Yo me voi, porque si agarro
un demonio, te he de abrir
la cabeza en dos pedazos. *(váse.)*

Nicolas. Esta no es muger, que es sierpe:
que me hubiera yo casado!
Los primeros ocho meses,
vaya, parecia el majo
de mi muger; pero luego
que arrojó al mundo un muchacho
que me ensuciara, empecé
á encorvar el espinazo:
se acabó la guirindola
almionada, el zapato
pespunteado, i quedé
un almacen de guiñapos.
Ai qué vida! Nicolas,
si no fuera por los tragos
que te tiras, á estas horas
te hubieras sin duda ahorcado.

Sale Pablo con gorro, chupa larga, sombrero gacho i capa.

Pablo. Compadre ¿no sabe usted
la noticia que me ha dado
un sugeto inteligente?

Nicolas. Nada sé, compadre Pablo.
Pablo. Pues, compadre, este sugeto
me dijo, que habian llegado
dos botas de manzanilla
á la tienda de ahí abajo,
que puede beberla un rei.
Nicolas. Vaya, deme usté un abrazo:
en dando las doce iremos
los dos á paladearlo.
Pablo A las doce, i yo crei
que bajase usted rodando
la escalera! Vaya, vaya
que tiene usted lindo cuajo!
Nicolas. Por un hora mas ó menos....
Pablo. Yo soi pronto en estos casos.
Cuando estaba mi muger
(que Dios haya) agonizando,
salí con una receta
como á las once i tres cuartos
de la mañana, i al pie
de la torre de Recaño
encontré á Miguel Perales
que venia en su caballo
de la Isla: á Dios Miguel:
Dios guarde á usted, señor Pablo.
Qué hai de nuevo por la Isla?
Que en la tienda de Naranjo,
hai un vino para hombres
de gusto; pasó de largo,
i yo tomé el arrecife
hasta la Isla pian piano.
Compadre, si viera usted
qué néctar! Hasta las cuatro
me tiré cuarenta medios,
i á no ser por el cuidado
de mi muger, hago noche
en la taberna; mas cuando
volví á Cádiz la encontré
amortajada. Qué paso

tan doloroso! Ojalá
no hubiese vuelto en un año,
pues á lo menos hubiera
pasado el dolor á tragos.

Nicolas. Compadre, que feliz fué
usté en haber enviudado!
usted trabaja si quiere;
bebe, pasea, hace cuanto
le dá la gana, sin que
nadie le corte los pasos.
Pero yo, pobre de mí,
tengo una muger al lado
que no me deja siquiera
respirar.

Pablo. Ustè es mui blando,
compadrito, mi muger
(téngala Dios en descanso)
era lo mismo que un tigre,
pero yo con mis halagos,
mi prudencia i mi dulzura,
i una vara de á dos cuartos,
en poco tiempo logré
que no moviera los labios.

Nicolas. Amigo, bien se conoce
que no tuvo usté un cuñado
que por cualquiera friolera
quisiese desafiarlo.

Pablo. Es verdad: pero hai mil modos
de manejarse. Atanasio
es de los nuestros: le gusta
como es regular un trago
de buen vino; conque todo
se reduce à convidarlo,
i por dos ó tres chiquitas
será siempre su abogado.

Nicolas. Dice usted bien: i aun por eso
cuando me ha visto borracho
se ha encolerizado mas.

Pablo. Pues! la envidia. Si yo calo

á las gentes. Los que tienen
un olfato delicado
no se pueden contener.
Qué hacemos, compadre? Vamos
á probar aquella bota?

Nicolas. Escurrámonos volando
(*Toma montera i capoton.*)
antes que Rita nos sienta.

Sale Rita. Adonde te vas?

Nicolas. No tardo
tres minutos.

Pablo. Comadrita,
usted no tenga cuidado,
que vá conmigo.

Rita. Primero
es atender al trabajo,
que salir à emborracharse.

Pablo. Comadre, que está usté hablando?
Válgame Dios! tengo cara
de bebedor? Tomo un trago
cuando se ofrece un bautismo,
un entierro, ó cuando salgo
cón la demanda, i no mas;
fuera de esto ni probarlo.

Rita. Pero adonde ván ustedes?

Pablo. Mire usted, comadre, vamos
á tener á una señóra
casada, que está de parto,
i como he dado palabra....

Rita. Pues vaya usted solo.

Nicolas. Abajo.
lo espero á usted.... (*váse.*)

Rita. Mira infame.

Pablo. Déjelo usted con mil santos.

Rita. Ustè es su alcahuete.

Pablo. Vaya
que la ha cogido á usted el diablo
por ahí ...

Rita. Vejete loco.

Pablo. Usté es una.... Pero callo,
porque sino... Usté agradezca
que está esa muger de parto. (*váse.*)

Rita. Qué picaro! Ya no puedo
sufrir la vida que paso.

Sale Maria. Tenga usted muy buenos dias,
vecinita.

Rita. Qué milagro!
usted en mi casa?

Maria. Oí voces,
i como me sobresalto
de nada, vine á saber.....

Rita. No fué cosa de cuidado.
Me enfadé con mi marido,
y alcé la voz.

Maria. Me hago cargo,
ai que martirio es luchar
con un vicioso!

Rita. No hai clavo
mas agudo, que un marido
mala cabeza.

Maria. Qué ratos
pasará usted! pobrecita!
Vaya merecen mil palos
esas mugeres chuponas
que emboban á los casados.

Rita. Qué dice usted? Nicolas
tambien anda en esos pasos?

Maria. Lo ignoraba usted? Jesus!
me pesa de haber hablado
sin reserva.... Dios me libre!
por mi causa, ni pensarlo,
no quiero que se indispongan
los matrimonios. ¡Qué cargo
de conciencia! Si su esposo,
es jugador, si es borracho,
si mantiene una manceba,
i hace otras cosas que callo,
allá se las haya usted

no lo sabrá por mis labios:
Jesus! no quiero infernarme.

Rita. Eso es hacerme un agravio.
Siendo usted mi amiga, debe
advertirme todo cuanto
me perjudique.

Maria. I que luego
digan que yo he sido el diablo,
que he metido la zizaña
entre ustedes? No, no trato
de tener que confesar
culpas agenas. ¿Qué gano
con decirle á usted que ayer
lo encontraron merendando
en no sé que ventorrillo
con una moza del barrio?
No señora: yo no quiero
andar en chismes. Yo gasto
mucha prudencia. Caramba!
Matrimonios! guarda Pablo!
rabian, patean, se arañan,
se arma una gresca del diablo;
pero luego hacen las paces,
y carga todo el nublado
sobre el que habló, i el que dijo.
Dios me libre! Ni pensarlo.

Rita. No es menester que me diga
las gracias de este villano,
que bien lo conozco. Infame,
vive el cielo.....

Sale Currillo á caballo en una caña, corriendo con el bulto colgado.

Currillo. Arre, caballo.

Rita. Oye, pícaro, no miras
que hai gente?

Currillo. Si estoi domando
este potro.

Rita. Ven acá,

Currillo. Qué quiere usted?

Rita. Dí pillastre,
¿á donde está la cartilla?
Currillo. Si me la rompiò un muchacho!
Rita. No sé como no te ahogo.
Habrá lo menos tres años
que está en el Jesus. Maldito
cuando aprendes? (*le dá un pellizco.*)
Currillo. Ai mi brazo! (*llora.*)
Rita. Miren que cara de dogo
pone cuando llora; el diablo
es contigo un Narciso:
marcha de aquí. (*le amenaza.*)
Currillo. Ya me marcho.
No me pegue usté. (*vàse llorando.*)
Rita. En lo feo
y en lo maula es un retrato
de su padre.
Sale Atanasio. Buenos dias.
Rita. Esto ya es vivir rabiando. (*llorando.*)
Maria. Pobrecita.
Atanasio. Qué hai de nuevo?
Rita. Que tu bendito cuñado
no piensa mas que en beber
i enamorar: bribonazo!
Atanasio. Pero para qué es matarse?
Acaso hai mas que plantarlo
en medio de la corriente
con el lio de sus trapos?
Maria. Ese es el mejor remedio,
Jesus! si hubiera yo dado
con un hombre de esa clase,
ya no estuviera á mi lado.
Picaros! que los tolere
la que los parió.
Rita. Yo aguanto
porque no tengo á mi madre.
Atanasio. No tienes aqui á tu hermano?
pues para que es aflijirse?
Mientras yo cosa zapatos

no te puede á tí faltar
que comer.

Maria. San Cayetano
es un santo milagroso:
fuera de eso á cada paso
se hallan en Cádiz señores
tan buenos y tan humanos
que por devocion socorren
uno, dos ó muchos años
á mugeres desvalidas
que estan sin algun amparo.

Atanasio. Si me crees mándalo pronto
á escardar lana.

Maria. Tratamos
solo de su bien de usted.

Rita. Pues en viniendo lo planto
en lo del rei.

Atanasio. Donde está
su ropa?

Rita. Sus pocos trapos
los tiene en una talega. (*váse.*

Atanasio. Pues ve al instante á sacarlos.

Maria. Eso es lo mejor. Mas vale
ir pobremente pasando
con sus puntadas, que estar
lidiando con un borracho.

Atanasio. Ya se ve: toma! si en Cadiz
es la aguja un mayorazgo;
i sino que se examinen
las papeletas del barrio,
i si la mitad no son
costureras, pierdo un brazo.

Sale Rita con un saco.

Rita. Aquí están los jaramberes
de mi esposo.

Maria. Con tio Pablo
viene aquí.

Sale Nicolas y Pablo con una botella debajo de la capa.

Nicolas. Muger, qué haces

con mi ropa?

Rita. Te la saco
para que cargues con ella
i te vayas con mil diablos
á donde jamas te vea.

Nicolas. Pero qué motivo he dado
para echarme de esta suerte?

Rita. Qué motivo, bribonazo?
el ser un hombre perdido,
un holgazan, un villano
mal entretenido: presto,
carga con esos jarapos,
i vete con la chupona
que cortejas.

Nicolas. Como, ó cuando?
Válgame Dios qué calumnia!

Atanasio. Tunante, quieres negarlo?
con que no vienes ahora
de casa de Juana Gancho?

Nicolas. Es mentira: que lo diga
mi compadre.

Pablo. Ese es un falso
testimonio. Mi compadre
viene de beber un trago,
i ese no es ningun delito,
porque hoi se ven en los bancos
de las tabernas, marqueses,
vizcondes i mayorazgos;
i yo conocí à un señor
mui decente, que en el claro
de dos pipas se ponia
el peluquero á peinarlo.

Rita. Qué tambien usted lo tapa?

Atanasio. Pues si su compadre Pablo
lo alcahuetea.

Pablo. Quién? Yo?
Alcahuete un hombre blanco?

Rita. Qué se admira, si los hai
con casaca i empolvados.

Pablo. No serán hombres, serán
figuras de tres al cuarto.
Yo alcahuete! pues es cierto
que le servia á buen amo!
Rita. Dejémos conversaciones,
i cargue usted con sus trapos.
Nicolas. Pero es posible, muger.
Atanasio. Si no te marchas, te arrastro,
i aljofifo con tu cuerpo
los ladrillos.
Pablo. (*Saca botella i vaso.*)
Atanasio,
con que cuando yo venia
á que tomases un trago
de mi pipa, ahora te estremas?
Atanasio. Yo podia adivinarlo?
Qué tal es?
Pablo. (*Le echa i bebe Atanasio.*)
Si yo en mi vida
he bebido vino malo:
vaya una uvita.
Rita. Por cierto.
que tengo yo un buen hermano.
Atanasio. Qué buena boca!
Pablo. Es un nectar.
Yo no tengo por pecado
emborracharme con él.
Nicolas. Que quiero paladearlo.
Pablo. Dos deditos.
Rita. Yo no sufro
tales infamias.
Maria. Buen chasco!
Rita. A emborracharse á otra parte:
hijito mio, volando
échate el ajuar á cuestas.
Atanasio. Rita, ya esto se ha acabado.
vayan pelillos al mar,
i dense al punto un abrazo.
Rita. Primero me tiraria

por la muralla.

Pablo. Despacio
que esto se ha de componer.

Nicolas. Yo te juro no dar paso
sin tu licencia.

Rita. No quiero;
ya lo he dicho, i ni los diablos
me convencerán, vete,
ó yo soi la que me marcho.

Pablo. Es posible, comadrita?

Atanasio. Qué duros tienes los cascos.

Nicolas. Déjela: pues ella quiere
separacion, ya me marcho;
pero mira puede ser (*llorando.*)
que me eches menos.

Atanasio. Ea, vamos,
coge tu ropa, i no llores
por esa loca.

Pablo. Atanasio, (*le dá el vaso.*)
arrópese usted, que el tiempo
está fresco.

Rita. Què borrachos!
Vamos, Nicolas, acaba
de marcharte.

Nicolas. Ya este trato
pasa de raya. Indinota,
permita el Cielo que un rayo
me parta cuando yo pise
tus umbrares. Venga el saco.
Ya esto se acabó. Compadre,
sígame usted.

Atanasio. Yo no largo
á los amigos.

Pablo. (*hacen que se van i vuelven.*) Derechos
á la taberna, muchachos.

Nicolas. Esperarse. Rita, dame
al momento el relicario
que te regalé la pascua.

Rita. Pero si ya me lo has dado.

Nicolas. No quiero, infame, que tengas
prenda mia.
Maria. Qué villano!
Rita. Hijo mio, dices bien.
Toma i márchate volando.
Nicolas. Vamos, compadre.
Pablo. (*hacen que se van.*) A beber
porque me va dando flato.
Nicolas. Escucha, venga mi hijo.
Rita. Me libras de un espantajo.
Dónde estás cara de cielo?
Currillo.
Sale Currillo. Quién me ha llamado?
Rita. Niño, vete con tu padre.
Nicolas. Prontito, dame la mano. (*lo agarra*)
Vámonos de aquí.
Pablo. Comadre,
es posible que mi ahijado
no le tire á usted?
Rita. Ni esto.
Pablo. Vaya, si es usted de marmol.
Aborrecer à su hijo!
Si fuera de contrabando
lo debiera usted querer.
Atanasio. Véngase usted, señor Pablo.
Nicolas. Lo mejor se me olvidaba.
Mira, Rita, dame el gato.
Rita. El gatito? No primero
carga con todos los trastos.
Si me estoi mirando en él.
Nicolas. I mas que te estés mirando :
yo lo traje, por mas señas
que me dió cuatro arañazos.
Rita. I qué importa? para eso
me he desvelado en criarlo.
Nicolas. El gato es mio, i sin él
no me muevo.
Rita. Un rejonazo.
Pablo. Comadrita, mire usted

que está el gato vinculado.

Nicolas. Venga el animal prontito.

Maria. Désele usted con mil santos.

Rita. Si eso es arrancarme un ala
del corazon.

Nicolas. Venga el gato.

Pablo. Vaya, saque usté ese vicho.

Maria. Resolucion.

Rita. Bribonazo,
por no verte en mi presencia
un instante, me deshago
de la cosa que mas quiero. *(vase)*

Pablo. Bien se conoce que el gato
no es hijo de usted, compadre:
vaya, yo estoi admirado,
sobre que el ser animal
es hoi dia un mayorazgo.

Nicolas. Puede ser que ella se acuerde.

Atanasio. Aunque arroje los livianos
de pena no te me ablandes.

Nicolas. Yo ablandarme, no, canastos!
donde yo fuere ha de ir
el gatito.

Pablo. De ermitaño
se quedará en la taberna.

Sale Rita. Mono mio! dulce encanto!
como viviré sin tí?

Nicolas. Venga mi alhaja volando.

Rita. Déjame le dé mil besos.

Nicolas. Compadre á usted se lo encargo.

Pablo. Bien, yo cuidaré del micho.

Rita. Ai mi gatito! qué trago
de amargura! yo me muero!
Yo he perdido mi descanso,
mi consuelo, mi delicia....
Ai qué dolor! (*Se tira en una silla.*)

Nicolas. Rita, hagamos
las paces, i te lo vuelvo.

Pablo. Comadrita, suelto el gato?

Rita. No lo suelte usted, no quiero
vivir con este borracho;
mas quiero morir de pena
Infeliz de mí! qué ratos
sin mi gatito me esperan..

Nicolas. Límpiate los ojos: vamos,
yo me enmendaré, Ritita.

Pablo. Comadrita, suelto el gato?

Rita. No señor: es un perdido,
un bribon, un perdulario,
i lo aborrezco de muerte.

Nicolas Vámonos compadre Pablo,
que esto no puede sufrirse.

Rita. Espérate.... mas qué hago?
yo no sé lo que me digo.
Ai triste! que me desmayo!
que me vuelvo loca!
(*Tírase en una silla.*)

Nicolas. Niña,
los enojos se acabaron:
vaya, largo la talega?

Pablo. Comadrita, suelto el gato?

Rita. Suéltelo usted; que no puedo
resistir.

Nicolas. Dame un abrazo.

Rita. No, primero es mi gatito.
Ven, bien mio, mi regalo,
ven con tu ama; ai qué mono!

Pablo. Tenga usted mucho conato
con ese animal, compadre;
pues mientras que viva el gato
no le faltará padrino.

Rita. Pero ¡Nicolas, cuidado.
que te enmiendes!

Nicolas. Yo prometo
atender á mi trabajo.

Maria. Que tonta es usted, vecina.

Rita. I usted hace oficio de diablo,
pues procura indisponer

los matrimonios: volando
váyase usted de mi casa.

Maria. Bien temia yo este pago:
por fin, gente sin crianza. *(váse.)*

Rita. Déjenme que de un sopapo
le quite los moños.

Nicolas. Tente
Rita mia, i no hagas caso
de chismosas.

Atanasio. Tio Pablo,
qué hacemos nosotros?

Pablo. Vamos
á la tienda del cañon,
haremos la salva entrambos:

Todos. Pidiendo, pidiendo todos
perdon de defectos tantos.

FIN DEL GATO.

EL SOLDADO FANFARRON.

PRIMERA PARTE.

PERSONAS.

El Soldado Poenco.	*Berruga.*
Diego, majo.	*Un cabo de barrio*
Currita, hija de	*Dos disfrazados.*
La tia Juana.	*Pepa.*
Tomasa.	*Micaela.*
Tio Peneque.	*Estanislao.*

Casa pobre con una estera arrollada en un rincon, mesa con vasos, botella i unos vizcochos: sillas de paja.

Aparece Tomasa cosiendo, i canta la siguiente copla; i sale Currilla sobresaltada, trayendo de la mano á Diego.

Canta Tomasa. «Es mi majo soldado,
«pero tan pobre,
«que vale veinte pesos
«cada vigote.

Sale Currita. Entra, no te vea mi madre.
(*A Diego.*)

Tomasa. Vaya, Currita, qué es esto?

Currita. Que mi madre viene acá,
i si me encuentra con Diego,
me ha de dar una tollina.

Tomasa. Pues al avio; ¿qué hacemos?

escóndase usted detrás
de la tinaja.

Diego. Salero,
i será cosa que yo salga
con humedad en los huesos?

Currita. Pues métete tras la estera.

Tomasa. Vamos, menee usté ese cuerpo,
sangre de oro.

Diego. Despacio,
que no soi ningun muñeco
que se mete en cualquier parte.
(*Se esconde.*).

Tomasa. Vaya, doble usté el pescuezo,
i hasta que le avise yo
se ha de tragar el resuello.

Currita. Sobre que no gana una
para sustos.

Tomasa. ¡Chis, sosiego!

S. la tia Juan. ¿Què haces tù aquí?

Currita. Le pedia
una hebra de hilo negro
á la señora Tomasa.

Juana. Ya te he dicho que no quiero
que te metas en los cuartos
de las vecinas.

Currita. Si vengo....

Juana. Marcha á tu sala.
Le pega, i ella huye.

Currita. Ya voi. (*Váse.*)

Tomasa. ¡Carambola, i qué buen genio
tiene usted, señá casera!

Juana. Así es menester tenerlo
con estas mocosas.

Tomasa. Vaya
siéntese usted.

Juana. Tomaremos. (*Se sienta.*)
un polvo: tendrá usté en casa
i en esta noche jaleo.

Tomasa. Como es dia de mi santo...

Juana. Ya me hago cargo: me alegro.
I su marido de usted,
cuándo viene?

Tomasa. Ha poco tiempo
que se embarcó para Lima.

Juana. Y tiene usted parentesco
con ese señor soldado
que está aquí siempre de asiento?

Tomasa. Ese hombre es un amigo
de mi marido.

Juana. Yo vengo
á darle á ustè un consejito.

Tomasa. Mejor fuera algun dinero,
que me hace falta.

Juana. Conmigo
no valen soflamas: cuerno,
que soi la casera!

Tomasa. Bien:
la casera, i qué tenemos?
¿me pondrá usté en el hospicio?

Juana. No señora, pero puedo
espantar zánganos, siempre
que me lo pida á mí el pecho.

Tomasa. Y á qué Santo pago yo
cada mes un par de pesos?
es para que se hinche el amo
de gallinas el coleto,
ó para que me visite
quien me dé la gana?

Juana. Hablemos
mas bajito, niña mia:
ya ve usted que no es bien hecho
que la puerta esté entornada,
cuando está el Soldado dentro.

Tomasa. Quién lo dice?

Juana. Todas, todas
las vecinas

Tomasa. Nunca vemos
nuestras faltas. Mas valiera

que se dejasen de enredos,
i hubiese menos tapujos

Juana. ¿Cómo es eso
de tapujos?

Tomasa. Si señora:
yo lo digo, i lo mantengo;
hai doncellita que trae
tres monos al retortero,
de modo que por las noches,
si yo tuviese pequeño
el corazon, me asombrara
con los fantasmas que veo.

Juana. Yo jamas he visto nada.

Tomasa. Tendrá usted los hojos hueros;
porque yo por las mañanas
encuentro el patio cubierto
de virutas i caliza.

Juana. Sí, pues yo pondré remedio.
¡Jesus mil veces! el amo
es un sugeto de aquellos
que cada dia consultan
al confesor; i es tan recto,
que no se pasa un instante
sin estarme repitiendo:
casera, los alquileres;
casera, recogimiento.

Sale el Soldado Poenco.

Soldado. Felices, Señoa Tomasa.

Tomasa. Téngalos usted mui buenos.

Juana Yo me voi, que mi marido
está esperando el almuerzo.

Tomasa. A Dios, señora casera.

Juana. Señora, tenga usté abierto,
que entre la gracia de Dios.

Tomasa. Es que corre mucho fresco.

Juana. ¡Jesus, yo tengo bochorno!
Hijita, mia hasta luego. (*váse.*)

Tomasa. Quemadas sean tus palabras.

Soldado. Ya me estaba à mi gediendo

la visita.

Tomasa. Por usted
todos me roen los huesos.

Soldado. Conque por mí?

Tomasa. Sí señor;
i así busque su remedio
prontito, porque yo estoi
como cuando nada quiero.

Soldado. Sabe usted que me ha dejao
lo mismísimo que un yelo!
¡caracoles, i qué moo!

Tomasa. Es porqué me están saliendo
ya las muelas del juicio.

Soldado. Pero diga usted, salero:
ha reflexionado usted
de espacio, quièn es Poenco?

Tomasa. A menudo, ya se vé,
el nombre lo está diciendo,
un animal que anda siempre
dando carreras en pelo
tras las perdices: ¿me engaño?

Soldado. No va usted del todo lejos.
Pero no le ha visto usted
los colmillos?

Tomasa. Como es viejo,
se le habrán caido ya.

Soldado. De veritas?

Tomasa. Por supuesto.

Soldado. Crea usted que no lo sabia.

Tomasa. ¡Pobrecito! pues lo siento.

Soldado. Cachirulo, i qué calmita!
sobre que tengo revueltos
los sentidos garrofales
de escucharla á usted.

Tomasa. Y yo tengo
antojo de que se naje,
porque ya me hiede á sebo.

Soldado. Muger: ¿qué está usted charlando?
Vaya, ¿ si estará corriendo

levante? no sabe usted,
que á Mariquilla Espejuelos
le alargué cuatro pulgadas
la boca por eso mesmo?

Tomasa. ¿Qué significa esa historia?
me quiere usted meter miedo?
¡Caramba, con estos guapos,
que en diciéndoles no quiero
nos empiezan á cantar
los romances de Oliveros
i Francisco Estévan! Ea,
se acabaron los respetos,
no lo quiero á usted: clarito.

Soldado. Sobre que me estoi riyendo:
al poer me has de querer.

Tomasa. Yo al poer?

Soldado. Cabal.

Tomasa. Primero
me estrellara con un canto.

Soldado. Pues mie usted lo que le advierto,
el dia que con un mono
la encuentre tomando el fresco,
¿vé usted esta mano?

Tomasa. Ya estoi.

Soldado. ¿La vé usted?

Tomasa. Sí, ya la veo.

Soldado. Pues hasta el coo se la soplo
por la calle del garguero
al majo que á mí me dé
jachares: cuenta con ello,
que tengo mal alma.

Tomasa. Sí?
pues por lo mesmo le tengo
de pasar por los hocicos
dos charreteras.

Soldado. Callemos,
que esto se va engrimpolando,
i à mi me importan los sesos
dos blancas.

Tomasa. Vaya, señor.
apague usted tanto fuego
con un trago: tome usted.

Le presenta vaso i botella, i tose Diego.

Soldado. Canario quien tosió dentro
de la sala?

Tomasa. Será el gato,
que menea algun trebejo.

Soldado. Cuenta con lo que se hace:
advierta usted que el Poenco
huele la carne á diez leguas;
i que en pescándole un hueso,
se acabó al punto el fregao
para *requiem in eternum.*

Tomasa. Calle usté el jocico, i beba.

Soldado. Se conoce que hoi tenemos
visita; ya, como es dia
de su Santo, habrà bureo.

Tomasa. Por supuesto.

Soldado. ¡Ah, i qué jeor
se ha de armar, como ande tuerto
el asunto.

Tomasa. Tome usted
un bizcochito, i silencio.

Soldado. ¿Es como el beso de Judas?

Tomasa. Yo no gasto esos manejos.

Soldado. Pues muérdalo usted,

Tomasa. Ya está.

Soldado. Ahora, mas que sea veneno.

Salen Pepita, Micaela, Berruga i Estanislao.

Estanislao. Bueno! que están celebrando
á Santo Tomás.

Tomasa. Me alegro
que llegueis á buena hora:
vaya, niñas, un refuerzo. (*Les dà.*)

Berruga. A Dios, Señor Militar.

Soldado. Camaráa, tome usted asiento:
Señoa Tomasa, ese vaso,
que estoi escupiendo espeso.

Tomasa. Cuidado con atrancarse.
Soldado. Nadita menos que eso,
que hoi es dia de que un hombre
tenga espejao el cerebro.
Camaráas, vamos nosotros
á suavizarnos el pecho. (*beben.*)
S. *la tia Juana.* Vecinita, tiene usted
un pedacito de lienzo
para hacer una torcida?
Tomasa. Seña casera, no tengo.
Juana. Queden pues con Dios. Qué gentes!
todas son del mundo nuevo;
el dia quince las despido. (*váse.*)
Tomasa. Pepita, estoi que me quemo
con esta muger; no para
de estar entrando i saliendo
para oler cuanto se hace.
Pepita. Pues yo tengo mui mal genio
para tratar con fisgonas.
Micaela. Yo al instantito les pego
con la puerta en los hocicos.
Berruga. Lo que me causa mas eco,
es, que el Melitar se calle.
Soldado. Camaráa, si yo no puedo;
no ve usted que esa muger
tiene que perder?
Estanislao. Es cierto:
dice usted bien, Melitar.
Soldado. Pues si no fuera por eso,
quién le dice á usted que ya
no le hubiera yo al casero
metido la mano?
Estanislao. Nada.
prudencia.
Soldado. Si me condeno:
mire usted, cuando traté
con la Zamba....
Berruga. La del Puerto?
Soldado. La conoce usted?

Berruga. Si fué
mi novia un poco de tiempo.
Soldado. Hombre, ha visto que mandria
la trata ahora?
Berruga. Fulgencio,
el de Güelba?
Soldado. Sí señor:
lo menos su mes i medio
comió pan de municion.
Berruga. Camaraa, cuanto me alegro!
Soldado. Yo tambien: venga esa mano;
pues como iba diciendo,
el casero de la Zamba,
que era Juan el zapatero,
comenzó á torcer la geta
porque entraba caa momento,
hasta que un dia en el patio
se me presentó el monuelo,
i me dijo: Melitar,
mire usted que yo le advierto,
que no es cuartel esta casa.
Camaráa, ya tuve el dedo
levantado para darle
en las narices; mas viendo
que lo iba à lastimar,
le dije: señor casero,
habla usted conmigo? entónces
ya le estaba yo midiendo
un pescozon, de manera.....
me respondió, que no quiero,
porque pitos, porque flautas....
no es vaniá, ni lo cuento
con vino; pero al instante
lo agarré con estos dedos
por la parte superior,
como quien toma un muñeco,
i lo zampé en el algibe,
donde estubo zambuyendo,
hasta que al cabo de un rato

lo sacaron seis gallegos.

Berruga. Obró usted como quien es.

Pepita. Con un fachenda es bien hecho.

Soldado. Si yo muchas veces callo,
porque conozco mi genio;
despues, como Dios me ha dao
aquestas manos de fierro,
se necesita prudencia
por no matar caa momento.

Cáese la estera, i se descubre Diego.

Micaela. Qué se cayó?

Pepita. Ya hai camorra,
si Dios no pone remedio.

Soldado. Qué hace usté aquí, señor majo?
Seña Tomasa, qué es esto?
tiene usted para alegrarnos
algun entremés dispuesto?

Tomasa. El señor no es naa mio.

Soldado. Sobre que estoi satisfecho:
este sin duda es el gato
de enantes.

Tomasa. Señor Poenco,
usted quiere le regalen
los oidos con el cuento;
pues sepa usted, que es el majo
de una amiga.

Soldado. Ya lo entiendo
i se lo han prestado á usted
sin duda para ponerlo
en la ventana por mono.

Diego. Camaráa, ¿conmigo es eso?

Mic. i Pepita. Ea, que esto se acabó.

Berruga. Vaya, bueno està lo bueno.

Tomasa. Caracoles, que ya estoi
de amor hasta los cabellos:
quién me paga á mi la casa?
me ha traido usté el almuerzo
alguna vez? Pues si nunca
se ha metido en ese empeño,

á qué son los alborotos?

Soldado. Sonsoniche, i no gritemos
porque si echo mano al chisme,
tendré que calar dos cuerpos.

Diego. Camaráa, cual es el otro?

Soldado. Se le antojó á usté el saberlo?

Diego. Me ha hecho el dicho tanta gracia.

Soldado. Me parece usted, salero,
alentaito, i de brios

Diego. Tengo yo mucho resuello.

Soldado. Me conoce usted?

Diego. Yo no.

Soldado. Pues sepa usted que Poenco
es del barrio de la tripa,
i estudió en el matadero.

Diego. Sabrá usted manejar bueyes.

Soldado. Apártese usted dos dedos,
que jace calor.

Diego. Si me gusta
verle de cerca el pellejo.

Soldado. Conque le he gustado á usted?

Diego. Remucho.

Soldado Pues yo deseo
hacerle á usté un cariñito.

Diego. A que se lo hago à usté primero?

Soldado. A que no, gaché?

Diego. A que si?

Soldado. Si no me lo píe el cuerpo.

Diego. Pero si á mi me lo píe.

Soldado. Si no ha de ser.

Diego le dá un bofeton. Ya está hecho.

Mugeres. Por Dios, melitar.

Hombres. Ya basta,
no haya camorra.

Soldado. Sosiego:
esto ha de quear mas delgao:
camaraa, saber deseo
si esto ha sido torniscon,
ó bofetáa.

Diego. Usted mesmo,
que lo ha sentido en la cara,
podrá dar razon del hecho.

Soldado. Ya; pero como usted anduvo
tan súpito, yo no puedo
saber si fué à mano abierta.

Diego. Pero para qué es saberlo?

Soldado. Porque tengo vaniá
de que naide me haya puesto
los cinco dedos tendidos
en la cara.

Berruga. Ya està bueno,
Melitar.

Soldado. Me condenara
si no aclarara yo el cuento.
A mí bofetáa!.... churrurrú!.. .
ai qué gustito, Poenco!
caramba, que soi capaz
de agugerearle el cuerpo
á una hormiga!

S. la tia Juan. Quién dá voces? (*A Currita.*)
parece la casa infierno.

Tomasa. Oiga usted, Seña casera,
no venga con aspavientos
á marearme, que yo
en su casa no me meto.

Juana. Pues yo me vengo á meter
porque exponerme no quiero
á que se maten sus majos
en mi casa.

Tomasa. Cómo es eso?
no piense usted que es concurso
de acreedores. Señor Diego
es la prenda de su hija.

Juana. De mi hija?

Tomasa. Por supuesto.

Juana. Ah, perra! tú tienes novio?
(*Acomete á pegarla.*)

Currita. Madrecita, por San Pedro.

Juana. Te he de sacar los redaños.
Currita. Que me matan.
Diego i Ber. Zepos quedos.
tia Juana.
Juana. La he de matar.
Sale Casero. Què escándalo hai aqui dentro?
Juana. La señora que á tu hija
me la pierde.
Casero. Cómo es esto?
Tomasa. Poco á poco, so señora;
i sepa usted que yo tengo
mas honor que toa su casta.
Casero. Ya todos nos conocemos,
i asi lo mejor será
que se mude en el momento.
Soldado. Compadre, en cuanto á mudarse,
ni ella quiere, ni yo quiero.
Casero. Quién le mete á usté en la renta
de lo escusado?
Soldado. Mi pecho,
porque como soi bonito,
en todas partes me meto.
Casero. Quítese de aquí. *Le arrempuja.*
Soldado. Tomasa,
por tí sola aguanto esto:
quieres que le meta el puño?
Tomasa. No, por Dios, señor Poenco,
no me pierda usted.
Soldado. Si estoi
de corage que no veo:
tio Peneque, sepa usted,
que lo que conmigo ha hecho,
naide, naide en este mundo
lo ha pensao.
Casero. I qué tenemos?
Soldado. Mire usted que si no fuera
por guardarle los respetos
á esta muger....
Casero. Si es chanela.

Soldado. A que no tiene usté aliento
para volverme á empujar?
Casero. Mírelo usted. *Lo arrempuja.*
Soldado. Esto es hecho;
aqui lo remato á usted.
Todos. Señor melitar, sosiego.
Soldado. Caramba, que aqui no hai gente
paa mí. Salga usté, casero;
i usté, so montera, salga
que està puesto un hombre enmedio.
Juana. Que matan á mi marío!
Tomasa. No haga usté esos espavientos,
que no habrá naa.
Currita. Ahí está
el cabo de barrio.
Juana. Presto
Señor don Blas, entre usted.
Soldado. Guarda ese chisme corriendo.
Tomasa. Malaya sea la mistela.
Sale el cabo. Señores, qué ha sido esto,
que un remolino de gente
por la ventana está oyendo?
Juana. El melitar, que sacó
para mi esposo un flamenco.
Soldado. Ni frances, ni italiano
he sacado yo.
Cabo. Al momento
quítenle ustedes el arma.
Soldado. Ni hai arma en too mi cuerpo,
ni un alfiler: esto ha sido,
que al desenvainar los deos
me relucieron las uñas,
i pensaron que era fierro.
Cabo. Mas sepamos quién ha sido
la causa de tanto estruendo.
Casera. Por esta señora es todo.
Tomasa. Usted es un embustero.
Juana. Mire usted, señor rondin..
Berruga. Yo diré á usted todo el cuento-...

Estanislao. La casera entró...
Berruga. Y estaba
escondido el señor Diego!..
Tomasa. Porque mire usté....
Todos. El soldado...
Cabo. Señores, tengan silencio,
i hable uno.
Soldado. Ese soi yo,
que causaré mas respeto:
señor rondin, esta moza
es casada: el señor Diego
estaba tras de la estera;
yo como tengo este genio,
que en picándome un mosquito
lo desmondongo al momento,
le dije no sé qué cosa;
hubo aquello de... te pego,
dígalo usted.., torne usted...
i toito el cuchufleteo
de cualquier lance de honor:
en fin, nos vimos de medio
rabo, le escupí, escupió,
le hice gracia i me dió un pesco,
pero fué broma, i asi
todo se volvió festejo.
Juana. No fué así, señor rondin.
Cabo. Señora, ya considero
lo que habria. Melitar,
retírese usté al momento.
Soldado. Me voi ya; pero usted sepa
que ningunito à Poenco
le alza el gallo: camaráa,
si hai quien tenga sentimiento
de lo dicho, yo me llamo
najencia. Cara de cielo:
aprenda usté en estos casos
de un hombre: tenga usté pecho;
i si alguno la ofendiere,
escupir i hacerse fresco.

Cabo. Usted buscará al instante
otra casa.

Tomasa. Mi casero,
por fin, usté ha conseguido
se me condene á destierro.
Paciencia, la vida es larga,
todos somos arrieros,
puèe que algun dia.... quién sabe!...
toitos nos encontremos
en donde no haya rondines.

Estanislao. Tomasita, sufrimiento.

Cabo. Ustedes vengan conmigo,
no haya en la calle un encuentro.
Que haya paz, señora Juana.

Juana. Descuide usted, nunca ceso
de celar la vecindad.

Pepa. A Dios, Tomasa, hasta luego.

Tomasa. I aqui dá fin el sainete,
perdonad sus muchos yerros.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL SOLDADO FANFARRON.

SEGUNDA PARTE.

PERSONAS.

El Soldado Poenco.
Verlanga, marinero.
Blas Perilla. } Majos.
Juan Pico.... }
Don Juan.
Don Antonio.
Un oficial.
Tomasa.
Teresa... } Majas.
Curra... }
Lora..... }
Un criado, que no habla.

La escena representa un punto de vista de Puerta de Tierra, con un ventorrillo al lado.

Salen por la derecha Teresa i Curra tocando panderos, i Blas Perilla la guitarra, i llegan á la puerta del ventorrillo cantando.

Cantan. Ai zorongo, zorongo, etc.
Curra. Hasta que venga Tomasa
se ha de bailar á la puerta
del ventorrillo.
Teresa. Blasillo,
dale sebo á la vigüela,
que quiero echar too el resto.
Blas. Vaya, largue usté las velas.
Todos. Que toma, que toma, toma.

Bailan alguna cosa, i salen Don Juan i D. Antonio, de cazadores, i un criado con unas alforjas.

Juan. ¡Viva la gente morena!
Teresa. Don Juan, ¿adonde vá usté
con ese equipage?
Juan. Buena
pregunta! ¿No se está viendo
que voi á cazar?
Teresa. ¡Canela!
No es eso lo que queria
decir; sino cuantas leguas
se retira usté de Caiz.
Juan. Yo no paso de la iglesia.
Todas las mañanas vamos
cuatro amigos á las huertas
tiramos quinientos tiros;
i luego que el sol calienta
nos retiramos, trayendo
en la cinta una docena
de gorrioncitos, i alguna
gallina que se deserta.
Curra. ¡Jesú señor! Yo pensé,
como llevan bayonetas,
coletos, botas i tantos
cachivaches, que se fueran
á cazar osos i lobos
dos meses por esas sierras.
Juan. Nada de eso; pero todo
lo que llevamos acuestas
es preciso para el campo;
porque mil veces es fuerza
atravesar un gran bosque
de coles i berengenas,
i entónces con el cuchillo
se va un hombre abriendo senda.
Teresa. Dice usté bien: ¿i qué guardan
las alforjas?
Juan. Las botellas,
i jamon para hacer boca.

Teresa. Vaya, descargue esa bestia,
que estará cansada.
Juan. Mucho.
tomemos una friolera.
Saca botella i vasos, i dà de beber.
Teresa. Brindo por los cazaores
de la gran Puerta de Tierra!
Todos. Que viva!!!
Curra. Yo por no errar
digo lo mesmo.
Antonio. Morena,
usted sola me dá golpe.
Curra. A lo que estaba yo hecha!
Juan. Beba usted.
Blas. (*Bebe.*) Pues á que Dios
nos junte en Ingalaterra.
Todos. Arriba, arriba!
Blas. Al muchacho
no es menester se lo aviertan.
Juan. ¿I hácia donde se vá hoi?
Teresa. Hoi es dia de correrla;
porque esperamos á ciertos
sugetos, que habrá una gresca
en esta fonda too el dia.
que se junda Puerta-e-Tierra.
Juan. Pues yo en tirando dos tiros
me he de venir á la fiesta.
Antonio. Echemos otro traguito.
Teresa. Ea Blasillo, las playeras!...
Canta Blas, i todos jalean.
Todos. Viva, viva!!
Sale Pico. ¿Teresilla?
Teresa. Juan Pico, ¿porqué no llegas?
Juan. Tome usté un trago.
Pico. Pues venga
una vez que usté se empeña.
Jesus i cruz! Se agradece.
Juan. Usted mande cuanto quiera.
Pico. ¿No ha parecio Tomasa?

Teresa. No.
Pico. Estoi echando candela.
¿Qué demonio *de fregao*
estará haciendo esta jembra?
Teresa. Juan Pico, tenga usté pecho.
Pico. ¡Por via, que si no fuera...!
Todos. A bailar, ¡fuera penas.
Teresa. Toca el ole. (*Baila.*)
Juan. ¡Jui qué cuerpo!
Curra. Dale castigo.
Deja de bailar, á cuyo tiempo sale Poenco.
Todos. Otra vuelta.
Teresa. Ya no mas.
Poenco. Oiga usté mi alma:
perdone usté la llaneza.
Teresa. ¿Qué se ofrece?
Poenco. ¿Me quiee usté
hacer el gusto, siquiera
porque he llegao á los postres,
de menear la talega
de los peçaos?
Teresa. No señor,
porque me duele esta pierna.
Poenco. ¿Usté no me ha conocio?
Teresa. No señor, ni Dios tal quiera.
Poenco. ¡Jui qué salero!
Teresa. Señó,
que se vuelve usté jalea.
Poenco. Otras veces no; porque
tan bonita i tan risueña
como pongo la carita
con las mugeres, tan fea
se la pongo yo á los hombres
cuando por gusto me tientan.
Pico. Vayá, Poenco, por Dios
que no se agüe la fiesta!
Juan. Militar, á divertirse,
i vaya un trago.
Poenco. Pues venga:

lo mismo soi pa un fregao
que pa un barrio.

Pico. Si empiezas
á descomponerlo too....

Poenco. Si me jurgan: yo quisiera
que Dios no me hubiera dao
tanta caliá.

Juan. Pues beba,
i dejemos tonterias.

Poenco. Jesú! vaya por la buena
compañia, i á que Dios
no premita que se vea
entre estas manos nengun
amigo mio! (*Bebe.*)

Juan. Pues, ea,
en el ventorrillo entremos
i alli armaremos la gresca.

Todos. *Adentro, si, adentro.*

Entran tocando en el ventorrillo, i detiene Pico á Poenco.

Pico. Escucha
una palabra aqui fuera.

Poenco. Vaya, qué te píe el cuerpo?

Pico. Hombre, yo aguardo una jembra
que ando amansando, i recelo
que al gachon que la jalea
le dé el humo en la nariz,
i se meta por las puertas.

Poenco. ¿I qué quieres?

Pico. Yo quisiera....

Poenco. Ya te entiendo: tu deseas
que yo le pegue á ese mozo.

Pico. De modo que si èl viniera
solo, entonces de hombre á hombre
disputáramos la prenda;
pero si trae compañero,
ya ves tú!...

Poenco. Que traiga treinta:
yo arrempujo las cuadrillas

de hombres, como si fueran
manás de pavos.

Pico. Lo sé.

Poenco. ¿Supiste tú la quimera
que tuve por una moza
en la calle de la Higuera?

Pico. Estaba yo en Arco entónces.

Poenco. La tal era una trigueña
gordita, bien emperná,
mucho aire en la trasera,
en fin, prenda de Poenco
que sabe lo que se pesca.
Pues el caso fué que el dia
de su santo estando llena
de visitas toa la sala,
salió detras de la estera
un majo mui estirao:
hazte cargo de la flema
con que yo lo miraria!.....
Largué entónces la botella
que tenia entre las manos,
le dí á la gorra dos güeltas,
me la puse, i fuime á él,
haciendo la mosca muerta.
Desde que yo me estiré,
i le di sobre la geta
con la barba, conoció
mi poer, i se echó á tierra,
rogando que lo dejase
salir vivo: ¡si tú vieras
aquel hombre alli temblar!....
Vaya, si fuè una vergüenza!....
Entónces le dije: «marcha,
so mona; toma la puerta!!!»
Mira, Pico, no hice mas
que tocarlo, i la mollera
la refregó en los ladrillos!!..
Vino entónces la casera
dando gritos, i el casero

entró con mucha fachenda:
yo lo agarré asi, i rompió
seis platos con la cabeza.
Vaya, era too griteria!
no se oia en la azotea
mas que á la guardia! á la guardia!...
Cátate que el rondin llega,
la patrulla, seis ministros,
todos entraban de priesa...
i yo en medio de la sala,
venga gente! venga! venga!
que aquí está un hombre!... Cerré
así que entraron, la puerta,
i sacando el alfiler,
les dije: ¡Bandera negra!
un acto de contricion,
porque ninguno lo cuenta!...
¡Ai Pico, qué terremoto
se armó allí! Mira, con estas
manazas de tres en tres
por el balcon iban fuera,
de modo que en un instante
dejé limpia la vivienda,
y bajé pisando gente
como por una escalera.

Pico. Tú sabes quedar lucío
en cualquier lance.

Poenco. Me pesa
mucho esta mano, Juan Pico!

Pico. Yo no te he visto en quimera,
pero me han dicho que sabes
tu obligacion.

Poenco. Pue que veas
si acaso viene ese hombre,
del modo que se maneja
Poenco.

Pico. Si yo lo dije:
¡cátalo allí!

Poenco. No te muevas:

así que pase, me iré
à la ronza, y cuando quiera
volverse atrás, de un sopapo
lo meto bajo la mesa.

Pico. Si se ofrece....

Poenco. Sonsoniche!
Espera Pico á la jembra
sin cuidado.

(*Sale Verlanga fumando, i mira la escena con atencion: entretanto Poenco saca un cigarro hecho y llega á pedir la candela á Verlanga.*)

Verlanga. No la veo...
Como la encuentre, ¡qué felpa
le he de dar!

Poenco. Camaraita,
¿me quié usté dar la candela?

Verlanga. Tómela usté.

Poenco. Si no soplo,
se nos apaga la mecha!

Verlanga. Despache usté, melitar.

Poenco. Si estos pitos son de yerba!
Se agradece, camará.

Verlanga. Vaya usté con Dios!

Pico. Las telas
del corazon se me cansan
de aguardar: ¿qué hará esta jembra
que no viene?

Poenco. Camará, (*Le para otra vez*)
hàgame usté la fineza,
porque esta flauta no toca!

Verlanga. En Matagorda hay candela:
chúpese usté las quijaas
hasta llegar: ¡eh! najencia!...

Poenco. Si no habla usté de veritas!...

Verlanga. Yo jamás gasto chanela:
vuélvase usté para atras,
ó le aplico à usté la tienta
por un hijar.

Poenco. Se acabó:

usté sin dua desea
que yo le haga el favor
de najarme! Ya está hecha
la gracia. Mande otra cosa

Verlanga. Déjeme usté, y no me muela.

(*Vase Verlanga i Poenco se queda mirándolo, en jarras i meneándose.*)

Pico. ¿Qué ha sido eso, Poenco?

Poenco. ¿Qué ha e ser? Las cosas!

(*Viene Poenco hácia Pico, riéndose i meneando la cabeza.*)

Pico. ¿Lo dejas?
¿Porqué no lo sigues?

Poenco. Hombre.
si al instantito la oveja
conoce al lobo.

Pico. ¿Qué hubo?

Poenco. Sobre que algun santo ruega
por estas monas!

Pico. Despacha:
¿qué le dijiste?

Poenco. Ocho letras:
¡que te pego!

Pico. ¿Como fué?

Poenco. Naita: me fuí á la oreja
y le dije, camará,
tire usté pa la derecha,
que le quico platicar.
Al punto como una cera
me respondió: ¿tiene ustè,
melitar, algo en que puea
yo servirlo? No señor:
lo que yo quiero es que sepa
que en volviéndome á pasar
por aquí!... Crují las muelas,
y me puse un poco feo....
Pues mira, Pico, por estas,
que como una criatura
iba á llorar! Dile suelta

de cariá, y me juró
irse de Puerta de tierra.

Pico. Mejor, con eso cesaron
los tapujos... Mas espera;
ya viene allí la real moza
que me tiene muerto.

Poenco. ¡Buena
ropa! Sobre que parece
que quiero yo conocerla. (*Sale Tomasa.*)

Tomasa. Señó Pico!...

Poenco. ¡Tomasita!

Tomasa. ¡Jesú, señò! ¿Qué culebra
le ha picao? ¡Caracoles,
que me ha deshecho la oreja
con ese grito!

Poenco. ¡Qué gusto
si hubiera sido una piedra
de diez arrobas!

Tomasa. En ese
hocico de perro de presa.

Pico. Poenco, ¿qué ha sio esto?
¿qué te ha dado?

Poenco. Sino fuera
porque eres, Pico, mi amigo,
abriera un joyo en la tierra,
i enterrara á esa muger,
paque jamas pareciera!...

Pico. Estando yo aquí, Poenco,
naide á esta muger la llega.

Poenco. ¿Y tú te quieres meir,
con Poenco?

Pico. Aunque tuvieras
mas uñas que un gavilan,
sabria Pico defenderla.

Tomasa. ¿Pero á qué viene, señó,
ese empeño? ¿Usté navega
en mi serení? ¿Juré
comer mientras que viviera
el pan de múnis? Prontito

diga usté por qué me cela.

Poenco. Porque basta que hayas sido
en otro tiempo mi prenda,
pa que naide. . No me hagas
hablar, porque me hormiguean
ya las manos! ¡Ai, Juan Pico,
que esto ha e parar en tragedia!

Tomasa. ¿En tragedia? Vaya, vaya,
que el hombre se vuelve lengua!
Sobre que tiene este guapo
cara de madera vieja,
porque todos le sacuden,
i siempre está cenicienta.

Poenco. A que lloras, Tomasita!

Tomasa. A que no!

Poenco. A que te pesa!

Tomasa. ¿De qué modo?

Poenco. ¿Quieres verlo?

Tomasa. Haga usté que me divierta.

Poenco. Ahora lo verás: camina
pa Cádiz, ¡so retrechera!

(*La agarra, i Pico se pone en medio.*)

Tomasa. No quiero.

Pico. Mira, Poenco,
que se me tapan las venas
del mieo! Cuenta conmigo!

Poenco Pico, mira que te lleva
la cariá!

Pico. Naa me importa.

Tomasa. No temas, que es un fachenda.

Poenco. Que te lastimo!

Pico. ¿A que no?

Poenco. No me hagas ir á la iglesia.

Pico. Yo quiero morir.

Poenco. Probe hombre,
¿quién te ha engañao?

Pico. ¿Me pegas,
ó te pego? ¿Qué se hace?

Poenco. No quiero: me dá vergüenza

de meterte á tí la mano.

Pico. ¡Voto á los diantres, que llega
mi muger!

Tomasa. Bien dije yo,
que la funcion seria buena. (*Sale Lora.*)

Lora. Hombre, ¿con que en vez de ir
à trabajar á la tienda,
te vienes á pasear
con pelandruscas?

Tomasa. So puerca,
tenga usté mejores modos!

Pico. Muger, valga la prudencia:
la señora no es naa mio.

Lora ¿Pues qué haces tú aquí con ella?

Tomasa. Conmigo nada, i así
puede cargar con la prenda
si se le antoja, que yo
no gusto de llevar cerca
contrabandos.

Pico. ¿Lo ves, Lora?
Yo vine á una diligencia,
i me paré á platicar
con el melitar.

Lora. ¿Tú piensas
que yo he bailado en Belen?
Melitar, ¿habla de veras?

Poenco. Yo no sé naa: solo digo
que si de aquí no se lleva
á su mario, puee que luego
vaya en unas parigüelas.

Pico. ¿Qué estás platicando?

Lora. ¿Còmo?
¿Por qué causa?

Poenco. Por frioleras!
Ya se vé, cuando hai mugeres
de por medio!... ¿Y con quién pegan?
Con Poenco. ¡Ai ya ya ai!
Que tengo el alma mas negra
que un alquitran!

Lora. ¿Lo ves, hombre,
como es cierta mi sospecha?
Pico. Tú, endino, tienes la culpa.
(*Pico saca una navaja, Lora se abraza con él, forcejea para embestir á Poenco, i este con un cuchillo se pone en la otra punta del tablado.*)
Poenco. Que te canto el requieternam
probe Pico!...
Tomasa. Yo me rio
de ver esto!
Pico. Muger, suerta!
Lora. Por amor de Dios!
Poenco. Tomasa,
déjeme usté una verea,
que este hombre ha de morir,
aunque el mundo lo defienda!
Tomasa. Hijo, el camino está limpio:
pase usté.
Pico. Mira, fachenda,
la cara te he de cortar!... (*Forcejea.*)
Lora. Hijo mio, no te pierdas!
Poenco. Dios te perdone, Juan Pico!
Lora. Que se matan!
Tomasa. Linda fiesta!
(*Salen todos del ventorrillo.*)
Todos. ¿Qué es esto?
Hombres. Téngase usted,
militar.
Poenco. Sino hai quien puea
con Poenco!...
Teresa. Sosegarse:
¿qué ha habido aqui?
Poenco. Naa: desea
comer tierra el señó Pico.
Pico. ¿Para qué es mover la lengua?
Ya nos veremos!...
Teresa. Tomasa,
¿por qué ha sido la quimera?
Tomasa. ¿Qué quimera? Si estas son

chulaitas de la feria!
Ese señó melitar,
como se le vá la fuerza
por la boca, comenzó
con hablaurias: la gresca
se empezó: los dos leones
sacaron las herramientas.
Poenco lo auxilió,
lo oleó, cantó el requiescan;
pero el otro no se quiso
morir, por no aguar la fiesta.

Lora. Vámonos à Cádiz, hijo.

Pico. Mira, muger, no me muelas.

Juan. Esto se acabó, señores,
dénse las manos i beban
à mi salud.

Poenco. Por mi parte
no se toca la materia.

Lora. Ni por la de mi mario.

Teresa. Pues saco las castañuelas.

Juan. Militar, vaya esta uvita. (*Le dá el vaso.*)

Poenco. Una vez que usté se empeña....
Hágame usté el corto equis,
señá Tomasa.

Tomasa. Se aprecia!

Poenco. No me haga usté una trastá.

Tomasa. Se me sube á la cabeza!

Poenco. Tóquelo usté con los labios.

Tomasa. Ea, la gente ligera!
no me dá gana, lo dije.

Poenco. ¿Con que de moo i de manera
que me hace usté ese desaire?

(*Sale Verlanga le quita el vaso y bebe.*)

Verlanga. No señor, que hai quien lo beba.

Poenco. Buen provecho! Eso me gusta:
no dejar la gente fea.

Verlanga. Señá Tomasa, me alegro
que usté tan bien se divierta.

Tomasa. Hago mui bien; pues se muere

mucha gente de tristeza,
y yo al hoyo quiero ir
con panderos i vigüela.

Pico. Señó Verlanga, ¿por qué
ha faltado á la promesa
que le hizo usté al melitar?

Verlanga. Vaya, que usté se chancea!
¿Qué le prometi al señor?

Pico. Apartarse cuatro leguas
de este sitio.

Verlanga. Camarà,
¿usté me ha impuesto esa pena?

Poenco. ¿No se acuerda usté?

Verlanga. Yo no.

Poenco. Puede ser que no lo oyera.
Vaya, no hay nada perdio!...

Verlanga. No señor, en la hora mesma
me largo yo. Deme usté
un traguito.

Juan. Y cuantos quiera.

Verlanga. Melitar, tóquelo usté.

Poenco. Con mucho gusto.

Verlanga. A la leva:
(Le tira de la chupa, i le dice al oido.)
nájese usté, que tenemos
que platicar.

Poenco. Si es quimera,
no me llegue usté á la ropa,
que echo fuego.

Verlanga. Se desea
verlo.

Poenco. Pues apure usté. *(Le da el vaso.)*

Juan. Señores, que las almejas
aguardan: vamos adentro.

Tomasa. A divertirnos, Teresa,
que la sangre que aquí corra
no ha de mancharnos la suela
de los zapatos.

Teresa. Bien dices:

Blas, araña la vigüela.

(*Se entran tocando en el ventorrillo, i quedan Verlanga i Poenco.*)

Verlanga. ¿Melitar?

Poenco. ¿Qué quiere usté?

Verlanga. Vamos ajustando cuentas.
¿Cuándo le he dado palabra
de no pasar por la vera
del ventorrillo? Hable usté
bajito que no se sienta.

Poenco. Si ha sido todo una chanza.
Mire usté: Pico babea
con la Tomasa; mas como
ese mono luego tiembla,
me pidió que lo amparase
cuanto vió la chamarreta.
Ya se vé!... yo por reirme
le pedí á usté la candela,
i le dije too aquello...
La verdà, son cosas nuestras!...
Los que tenemos las manos
mui pesaas, usamos estas
humorás.

Verlanga. ¿Con que ese mueble
anda detrás de la jembra?

Poenco. ¿Pensaba usté que yo era?
¡Ai zorongo! Pues si fuera
la Tomasa mi compinche,
¿no probáramos las fuerzas
ahora mismo? Camará,
usté y yo para otros treinta!...

Verlanga. Pues hoi mesmo le de dar
á ese monuelo en la geta
con un zapato.

Poenco. Bien hecho.

(*Sale Pico del ventorrillo.*)

Pico. ¿De qué se platica aquí?

Verlanga. ¿De qué ha de ser? De la puerca
de Tomasa i de su majo

el señó Pico.

Pico. La lengua
que lo dijo merecia
estar colgada en la puerta
del muelle. I ya que ha charlao
el señor, ¿por qué no cuenta
que fué mueble de Tomasa,
i que ha querido pendencia
conmigo, tan solamente
porque la traigo á la fiesta?

Verlanga. Melitar, ¿eso tenemos?
Pues saque usté la herramienta,
que despues que lo rebane,
entraré con lo que quea!

Poenco. ¿Con que quiere usté reñir?

Verlanga. No me voi sin una oreja.

Poenco. Mire usté que soi mui duró,
i que á la tierra he mandao
mucha gente!...

Verlanga. Si yo quiero
que usté me mate.

Poenco. Pues, ea!
no quiero que usté se quede
con la gana: ropa fuera!...
(*Se quita la chupa.*)

Pico. ¿Con que yo me sigo luego?

Verlanga. Usted, y mas que *vinieran.*

Poenco. Camará, ya estoi de boa.
Pero primero usté avierta
lo que hace: ¡mire usté
que yo juego esta lanceta
con mucho tino! cuidao
que al que le tiro resuella
por el mondongo!

Verlanga. Ande usté,
i cuide de su zalea.

Poenco. Si ha de ser, Pico, hazte á un lao.
¿Está usté ya?

Verlanga. Cuando quiera.

(*Se ponen frente uno de otro, con las chupas en el brazo.*)

Poenco. Pues encomiéndese á Dios!
Verlanga. Ahora lo verás!
Poenco. Espera. (*Le detiene.*)
Verlanga. ¿Que se ofrece?
Poenco. Camarà,
mire usté que mi primera
entrá no la ha resistio
nengun hombre, i que en la geta
le he visto á usté la herraura
de la muerte.
Verlanga. ¡Habrá fachenda!
Defiéndete que te tiro! (*Se tiran.*)
Poenco. Que te mato, si te acercas!
Pico. Asegúralo, Poenco!
Poenco. Que espiras como arpa vieja!
(*Salen todos del ventorrillo.*)
Todos. ¿Qué es esto?
(*Sale un oficial por el otro lado.*)
Oficial. ¡Qué picardía!
Todo el mundo se detenga.
¿Qué ha sido esto?
Tomasa. Pues! el señor
que anda buscando quimeras,
solo por la vaniá
de que le den en la geta!...
Oficial. Militar, vaya usted preso
á la prevencion.
Poenco. No crea
mi teniente á esa muger,
que está quemá.
Tomasa. ¿Yo? De veras!...
Calle usté, boquita... vaya,
que me dá la pataleta!...
¡Ai que perdí los dos cuartos
de las sobras! Azucena,
maldita sea esa cara,
¿no me dejó usté por puertas?

Poenco. Si está usté quemaa! quemaa!
Oficial. Vaya usted preso, i no vuelva
á replicar.
Poenco. Mi teniente,
¡válgame Dios, qué dureza!
Si hubiera usté camelao
un dia, diez, veinte ó treinta,
pongamos la comparanza,
á una señora marquesa
mui salá, pero endinota,
i luego un conde viniera
i le ijese: Camarà,
su señoría chorrea
por mi cuenta: ¿qué haria usté?
Oficial. ¿Y usted compararse intenta
conmigo?
Poenco. Yo creo que toos
en llegando á esta materia
hacemos los mismos gestos,
i mucho mas si se juega
con una buena baraja;
ya ve usté, como esta jembra!...
Tomasa. Señó teniente, ese hombre
no sabe lo que chanela.
Es verdá que en otro tiempo
entró i salió en mi vivienda:
¡cabal! me gustaba entónces;
porque! ya se vé! las jembras
muchas veces semos locas,
i nos pagamos de bestias
como el señor, que Dios guarde.
Pero se cayò la venda;
lo miré con reflexion
á la cara, y dije: ¡Ea,
no quiero ya mascarones
á mi lao: pasa fuera!
Dile con el pié, y se fué
á poner en almonea.
Con que así, no habiendo causa,

fué escusada la pendencia.

Poenco. Mire usté, señá Tomasa,
dice un refran en mi tierra:
Dos cuerpos que se conocen
desde lejos se hacen fiestas.

Oficial. No quiero oir mas dislates.
Váyase usted.

Poenco. De manera,
¿que no voi preso?

Oficial. Si vuelvo
á saber que anda en quimeras,
le he de podrir en el cepò.

Poenco. Señó teniente, usté pierda
cuidado. Viva este mandria,
una vez que usté se empeña.
Señores, naide me jurgue,
miren que el teniente ordena
que no mate. Es menester
andar un hombre sin lesna,
porque esta mano... esta mano!...
Me voi de Puerta-de-Tierra.
¡Ai que calià que tengo!
Conmigo naide campea,
naide, naide, nengunito,
que tengo el alma mui negra. *(Vase.)*

Tomasa. Gracias á Dios, que se fué
ese arrastrado!

Juan. El que quiera
seguirme verá que pronto
caen al suelo una docena
de gorriones.

Teresa. Pues vamos,
andaremos por las güertas.

Juan. Señor oficial, si quiere
divertirse, la escopeta,
la provision, la persona,
todo estará á su obediencia.

Oficial. Acepto el ofrecimiento.

Teresa. ¿No vienes, Tomasa?

Tomasa. Es fuerza
acompañar al señor
hasta la lancha.
Verlanga. A la leva.
Tomasa. Ven, salado: mi mantilla
tiene de ser tu bandera. *(Vanse.)*
Pico. Yo me najo.
Lora. ¿Adónde vas?
Pico. Estoi echando centellas!
Teresa. Pico, deja pesadumbres.
Todos. Vámonos, pues, à las huertas.
Teresa. Vámonos, pidiendo todos....
Todos. Perdon de las faltas nuestras.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

EL SOLDADO FANFARRON.

TERCERA PARTE.

PERSONAS.

Poenco, soldado.
Panzacola, tambor.
Un oficial.
Un cabo.
Curro Frijones.
Tomasa, maja.
Lora, maja.
Un montañés.
Un criado.

El teatro representa una taberna con dos mesas i mostrador con embudo, vasos, etc.

(Salen el tambor i el montañés.)

Tambor. Mira, montañes, ¿has visto
si ha estado aqui aquel soldado
de ayer tarde?
Montañes. ¿Quién, Podenco?
Tambor. Ese propio.
Montañes. ¡Toma! Cuatro
ó cinco veces no más.
Tambor. ¿Si volverá ese borracho?
Montañes. No tardará, porque nunca
deja la esquina.
Tambor. Este barrio
le gusta mucho.

Montañes. Yo creo
que tiene su contrabando
aquí á la vuelta.

Tambor. Me alegro.
Echame del abocao
lo que tú sabes. ¡Qué frio!
Si yo no bebo me cuajo:
tu, tu; tu, tu.

(*Al pedir medio, el montañes le echa en el vaso, i el tambor se restriega las manos como que tiene frio.*)

Montañes. Tome usted.

Tambor. Jesus, i no me haga daño!

(*Estando bebiendo sale Poenco, i hace señas al montañes de que está pagado.*)

Tambor. Toma una peseta, i dame
poco cobre.

Montañes. Està pagado.

Tambor. ¡Cómo! ¿Quién es el garboso?
(*Se vuelve i vé á Poenco.*)

Poenco. Cachirulo!... venga un trago:
vaya, si quies enjugarte,
que te despachen.

Tambor. ¡Canario,
que parece que has venío
en la flota!

Poenco. Yo no gasto
dolores, porque á mí siempre
me sobra un redondo.

Tambor. Vamos,
¿qué minilla has descubierto?

Poenco. Una moza que ahora ha dao
en regalarme.

Tambor. ¿De veras?
Hombre, dime; ¿con qué gancho
las agarras?

Poenco. ¿Yo? Tan solo
con espantarle los majos.
Ya se vé, como al instante
que estornudo en cualquier cuarto,

hai hombre que sale á gatas
por la puerta, yo me ensancho
i lo ocupo too!...

Montañes. Ahí vá medio. (*á Poenco*)

Poenco. ¿Tú no quieres?

Tambor. Yo no hago
á los amigos desaires.
Tráeme á mí del abocao.
Hombre, la verdà, me gustas
por jaqueton.

Poenco. Soi muí malo!
Panzacola: soi mui duro!...
¿No me miras esta mano?
Al hombre que yo le tiro
(como si fuera jugando)
un pesco, muelas i dientes
tiene que pedir prestaos
para comer. Mira, el dia
que en casa de la que trato
puse yo el pie...

Montañes. Vaya medio.
(*Le dá el vaso.*)

Tambor. ¿Es Teresilla Cenacho?

Poenco. Si tengo yo mejor gusto.

Tambor. No, que Teresa es buen paño.

Montañes. El primero no moler.

Poenco. Si hablas mas, te despampano
de un sosquin.

Montañes. Poca fachenda.

Poenco. ¿Qué has dicho, tunante?

Tambor. Vamos:
esto se acabó, Poenco.
Cachirulo; dame el vaso,
i nàjate.

Poenco. Mira tú
con quien se metia!...

Tambor. Al grano.

Poenco. Vaya, si tú no te pones
por delante, yo le aplasto

como una breva.

Tambor. Bien hecho.

Poenco. Si yo tengo
tan duro como un guijarro
el corazon.

Tambor. ¿No bebemos?

Poenco. Vaya un brindis: ten cuidao.
A la salù de una jembra,
por quien mi cuerpo ha pasao
muchísimas las fatigas,
pena negra, i sobresaltos!...

Tambor. Pues vaya! (*Sale Lora, maja.*)

Lora. Señó Poenco,
que pruebe yo de ese vaso.

Poenco Salero, si sabe usté,
que Poenco está espirando
por ese cuerpo!...

Lora. Pues ea,
al momento deme un trago,
antes que venga Tomasa
i nos pegue!...

Poenco. Si le he dao
ya la baja á esa muger.
Es verdá que me ha gustao:
pero ya se vé, las cosas
no pueden durar cien años.
Ademas, que los quereres
entre las jembras i machos
es como la treinta i una
que á cada momento hai paso.
Ella se fué, i yo me hallé
desde que encontré ese garbo...

Tambor. ¿Quién es esta?

Poenco. La del majo
que te conté.

Tambor. ¡Buen pellejo!

Poenco. Vamos, Lora, hagamos rancho,
que esto vá despacio. (*Se sientan.*)

Lora. Yo,

la verdad, estoi temblando
no venga esa moza, i haga
en la taberna un estrago.

Poenco. ¡Ai! ¿Qué queremos nosotros?
¿Montañes?

Montañes. ¿Qué hai?

Poenco. Volando
café á esta niña.

Lora. Si yo
quiero del que está en la mano.

Poenco. Salero, ¿tanta fineza
con mi cuerpo?

Lora. Me ha gustao.

Poenco. Mire usté que huelo á almiscle
cuando estoi celoso.

Lora. Vamos,
(*Tomándole el vaso.*)
despache usté, que Tomasa
puede venir.

Poenco. ¿Piensa acaso
que yo me asusto? Si viene
le limpia á usté los zapatos.

Tambor. Calla, que viene!...

Poenco. Que venga
yo lo que digo lo hago.
¡Mie usté quien! ¡Ai, Poenco,
que tienes mui malos cascos!

(*Salen Tomasa i Curro Frijones.*)

Tomasa. Puf, ¡cómo jiee á cochambre!
¿Se ha freio aquí pescao,
montañes?

Montañes. En la otra esquina

Curro. Siéntate aquí en este banco.

Tomasa. Bebamos pronto, i najencia,
que mi genio no es parao.

Lora. ¡Qué amarillo que está usté,
porque viene con su majo
la Tomasa!...

Poenco. Es su marío,

que llegó antier en un barco
de Veracruz.

Tambor. ¿Lo conoces?

Poenco. Lo mesmito que á mis manos:
si le llaman por mal nombre
Curro Frijones.

Curro. Un trago (*al montañes.*)
de buen gusto, pá los dos.

Tomasa. Sobre que apesta esto à rancio:
algun demonio sin duda
ha reventado en el barrio.

Tambor. Eso lo dice por tí.

Poenco. ¿A que los pongo en el palo?

Lora. Calle usté.

Poenco. Si solo quiero
con dos chuladas quemarlos.
Montañes, dame una libra
de frijones.

Tambor. ¡Si es el diablo!

Curro. Melitar, le advierto á usté
que con nenguno yo gasto
chanzas pesaas.

Poenco. Camará,
diga usté quien lo ha llamao!...

Tomasa. Usté, que es un baladron
provocativo.

Poenco. ¿Yo? ¿Cuándo?
Salero, si yo pedia
los frijones para el rancho.

Curro. Melitar, le advierto á usté
que yo con nenguno gasto
chanzas pesaas.

Poenco. Me parece
que usté tiene algun empacho
de frijones.

Tomasa. So petate!
¿quiere ver como le planto
los deos en ese jocico
de mastin?

Poenco. ¡Jui, jui, qué garbo!
Viva el frijon!...
Curro. Melitar,
le advierto á usté que no gasto
chanzas pesaas.
Tomasa. Vaya usté
á jugar con esos trapos
con quien trata.
Lora. So muñeca,
hable ustè bien, ó le arranco
los grifos!
Tomasa. ¿A quién? ¿A mi?
Tiene usté los deos blandos,
i tengo el alma mui dura.
Lora. Es que yo tiro por bajo.
Tomasa. Y yo lo repaso too. (*Se arañan.*)
Poenco. Soniche, que por un saco
de frijones no se pierde
la gente!
Curro. Que yo no gasto
chanzas pesaas.
Poenco. ¿Usté quiere
que yo le siente la mano?
Tomasa. ¿A mi mario, so mueble?
Poenco. Ea, fuera, que lo remato!...
Tambor. Tente, Poenco!
Todos. A la guardia.
(*Sale el Cabo i dá de palos á todos.*)
Cabo. Fuera de aquí!
Tomasa. Señó cabo,
téngase usté!
Lora. So demonio,
que me ha roto usté los brazos!
Cabo. Fuera, ó les tiendo la vara!
Curro. Señò Cabo, yo no gasto
chanzas pesaas.
Tomasa. Ahora mismo
voi al teniente en un salto,
á ver si asi se apalean

las mugeres.

Lora. A quejarnos
iremos las dos.

Cabo. Yo voi
á decir que les he dado.

Tomasa. Vámonos, Curro.

Curro. ¿No basta
el decir que yo no gasto
chanzas pesaas?

Tomasa. Ea, corriendo
ven conmigo!

Poenco. Señó Cabo,
sobre que la desazon
no compone ni un puñao
de frijones.

Tomasa. ¡Yo me quemo!
Anda con cuarenta diablos. (*Vánse.*)

Lora. Mire usté, cara de rosa,
he de tener el gustazo
de que duerma usté en el cepo. (*Vase.*)

Poenco. Montañes, despacha al cabo.
Vaya, si ha tenio gracia
para repartir los palos.

Cabo. De manera, que yo entré,
i como los ví agarraos....

Poenco. Hizo usté lo que debia.
Eso me gusta: en llegando
la ocasion, dar con salero.
Sobre que al primer varazo
que sentí, dije: Este hombre
es de los mios!... ¡Canasto!...
Si al segundo lapo estuve
por haberle á usté chillao!...

Montañes. Ya están aquí tres chiquitas.

Poenco. Y todas tres yo las pago.

Tambor. Señó Cabo, á su salú.

Poenco. Por la de toos! (*Beben.*)

Cabo. Ahora vamos
á casa de mi teniente,

no le metan en los cascos
un embuste.

Tambor. Si se ofrece,
yo diré cuanto ha pasao.

Poenco. Yo vivo en el calabozo
lo mesmo que en un palacio:
con que churrùs, i marchemos.

Cabo. Charlar poco y con cuidao. (*Vanse.*)

Salon corto.—*Salen por la izquierda el teniente i un criado; i llaman.*

Teniente. ¿Qué ruido es ese, Benito?

Criado. Señor, están en el patio
dos mugeres que pretenden
hablar á usted.

Teniente. Bribonazo,
¿por qué las detienes? Marcha,
i llámalas.

Criado. Si ya al cuarto
se cuelan.

Teniente. Pues vete afuera,
i atiende por si te llamo.

Vase el criado, i salen Tomasa, Curro Frijones i Lora.

Tomasa. Tenga usté mui buenos dias.

Teniente. ¿Qué se ofrece, niñas?

Lora. Vamos,
yo lo diré en dos palabras.

Tomasa. Yo canto como un canario,
con que asi, cierre usté el pico
hasta que yo haya acabao.
Pues señó, yo entré en la tienda
por darle gusto al borracho
de mi mario... Maldito,
ya jamás contigo salgo!
En fin, la señora estaba
con Poenco, aquel soldao
quimerista que en el cepo
vive casi todo el año.
Asi que nos vió el tunante,
le pidió con gran descaro

frijones al montañes,
porque los pillos del barrio
han dado en llamar así
á mi mario.

Curro. Y yo no gasto
chanzas pesaas.

Tomasa. Finalmente,
que nos fuimos agarrando
de palabras: la señora
levantó tambien el gallo:
yo me enardecí: Poenco
al instante metió mano
al chisme, en fin ¡ya se vé!
se alborotó todo el barrio.
Y estando metiendo paz,
entró el cabo Sacatrapos
repartiendo tanta leña,
que todos juntos bailamos
sin gana. ¡Vea usté que hombre
tan infame! Haber faltao
al respeto de las naguas!
Vaya, si el dichoso cabo
me trató como à un reculta!
¡Endinote!... ¡A mí varazos,
cuando en saliendo á la calle
no hai gallego ni soldao
que no me requiebre! Vaya,
que el tal cabo se ha portao...
Téngalo usté, mi teniente,
en el calabozo un año.

Lora. Yo con dos meses de cepo
me contento.

Curro. Yo no gasto
chanzas pesaas, mi teniente.

Teniente. Ahora mandaré á llamarlo.
¿Benito? (*Sale el criado.*)

Criado. ¿Señor?

Teniente. Que venga

aquí el cabo Sacatrapos.

Criado. Con Podenco está á la puerta.

Teniente. Diles que entren. *(Vase el criado.)*

Lora. El tal cabo
me la ha de pagar.

Teniente. Ahora
se sacarà en limpio el caso.
(Salen el cabo i Poenco.)

Cabo. Mi teniente, mande usté
cuanto guste á su criado.

Teniente. Dígame usted: ¿porqué causa
ha levantado usté el palo
á estas niñas?

Cabo. Fué de suerte,
que yo entré precipitao,
i como ví un peloton
de gente, fué necesario
esparcirla para ver
lo que era.

Teniente. Ya sé yo el caso,
i sé que el señor Poenco
tiene la culpa.

Poenco. Mi cabo,
¿qué le decia yo á usté?
poco me falta pá santo,
i ni por esas. Pacencia;
mas sufrió Poncio Pilatos
i era mejor que no yo.

Teniente. No se haga usté el mogigato,
que bien le conozco: diga,
¿por qué causa à este paisano
le ha llamado usted Frijones?

Poenco. Mi teniente, que es un falso
testimonio: yo pedí
frijones para un guisao
i al instante se picó
este mocito paisano.
¿Podrá usté jurar que yo
jamàs le he frijoneado?

Chanela usté, señó Curro?

Curro. Si ya he dicho que no gasto
chanzas pesaas.

Teniente. Y despues
¿por qué quiso usted matarlo?

Poenco. ¿Yo matarlo? Mi teniente,
ni siquiera le he tocao.
Es verdá que le dí un soplo
i lo tiré contra un banco:
pero ¿qué se le ha de hacer?
Yo tengo por mis pecaos
la falta de resollar
un poco recio.

Tomasa. Es engaño,
que le dió usté un pechugon.

Poenco. Señá Tomasa, me espanto
de que usté me prejuique.
cuando yo i usté.... Me callo,
porque basta que el señó
sea mario ...

Curro. Que no gasto
chanzas pesaas.

Tomasa. ¿Cómo es eso?
¿Qué es lo que está usté charlando?
Mire usté lo que se raja;
porque yo tengo á mi lao
à mi mario, i nenguno
puede decir nada malo
de la Tomasa. ¡Caramba!
Que eso es güeno pa los trapos
con quienes trata.

Lora. Señora,
mire que aunque no tengamos
fantasma que nos defienda,
nos sale por los zancajos
la honra.

Teniente. Basta de riña.

Poenco. Si estos son lances rodaos;
porque, como dice el moro;

sangre jerve.

Teniente. ¡Buen descaro!
¿Cuándo ha de ser usted bueno,
señor Podenco?

Poenco. ¿Yo malo?
Válgame Dios, mi teniente!
¿es posible? Yo aunque he estao
en el hespital, no ha sido
por nada mas que un araño
de una gata; i ¡ya se vé!
al instante quedé sano
con cuatro cuartos de ungüento;
porque aunque algunos hablaron
sobre si estaba Poenco
de esta suerte, así, ó asao,
ello fué naa, i á Dios gracias,
como dijo el cerujano,
me quede como un cristal,
porque yo....

Teniente. ¿Qué está usté hablando?
¿Qué tiene que ver ahora
su enfermedad con sus malos
procederes?

Poenco. De manera,
que mi sargento Calaños
me tiene un poco de tirria,
desde que un dia en el campo
llegó su moza, i me dió
una punta de cigarro
que jumaba: ¡ya se vé!
esto no es nengun pecao
contra ordenanza: i con too
ese hombre me ha tomado
entre ojos ya de manera,
que estoi casi todo el año
de planton. Y sobre too:
soi un hombre mui honrado.
jamás he robao á naide.
Que digan toos los soldaos

si á mí me han dado baquetas
ó me han arcabuceado:
porque yo ..

Teniente. Pues yo prometo
podrirle en el cepo.

Poenco. Vamos,
mi teniente: advierta usté
que en los siete años que cargo
con la santa beca, nunca
en el cuartel he faltao
á la lista: apuraamente
estoi yo siempre pensando
en el servicio: que diga
la compañía si acaso
hai quien tenga mas aseo.
Vea usté cual tengo las manos
de refregar los botones
i el fusil. Pero Calaños
mi sargento... ¡vaya! el hombre
totalmente se ha empeñao
en perseguirme.... Paciencia;
i que viva muchos años;
porque cero mata cero
i cero mata al soldao.

Teniente. No hable usted mal del sargento,
que es un hombre mui honrado.
Yo sé bien quien es usted,
i he de ponerlo mas manso
que una oveja.

Poenco. Mi teniente,
ya no despego los labios.
Vamos, usté es el cuchillo
i yo la carne, me callo:
luego, como desde chico
he sido tan inclinado
á unas naguas, ¡ya se vé!
cuando yo veo un buen garbo...
vaya! me derrito: sobre
que no puedo remediarlo.

No nací yo para monja:
¡si por mi soi yo mui manso!
pero, ¡ya se vé! me encelo,
i como tengo esta mano
tan pesaa... Vaya, soniche:
ya en adelante soi santo.

Teniente. Pues yo haré que desde ahora
purgue todo lo atrasado.
Ponga usté en el calabozo
á ese hombre.

Cabo. Ea, vamos,
señó Podenco.

Poenco. Por fin,
señá Lora, no ha bastao
cuanto he dicho.... ¡Qué me vea
por un frijon encerrao!

Curro. Melitar, basta de chanzas.

Teniente. Llévelo usted, Sacatrapos.

Poenco. Vamos allá: la prision
se ha dicho siempre, mi cabo,
que se hizo para los hombres:
i sobre todo ¡canario!
aunque yo no sé escrebir,
alguien me hará un garabato
pa el espetor, i veremos.
Pero vamos á palacio,
cabo de escuadra... ¡Churrú!
siempre lo paga el soldao.
(*Vanse el cabo i Poenco.*)

Lora. Señò teniente, ¿con que
se nos queda riyendo el cabo?

Teniente. Si todo fué sin querer,
¿cómo puedo castigarlo?

Tomasa. Yo me alegro de que vaya
el señó Poenco al cuarto
de los vichos. Vamos, Curro,
que ya le ha costao caro
el llamarte á tí frijones.

Curro. Mira, muger, que no gasto

chanzas pesaas.

Tomasa. Mi teniente,
agradecida.

Teniente. Cuidado,
con no volverse à meter
con ese hombre.

Tomasa. Es mui largo
i mui feote. ¡Jesus!
Ya que me llevara el diablo,
que fuese en coche. Ven, Curro:
¡qué sangre de oro!

Curro. Vamos.

Todos. Pidiendo todos rendidos
perdon de defectos tantos.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

LA CASA NUEVA.

PERSONAS.

Don Blas.
Don Narciso.
Don Lorenzo.
Doña Tecla.
El conde.
Laura.
Petra.
Pintor.
Escribano.
Oficiales de Pintor.
Don Cristóbal.

Sala: el pintor i tres oficiales pintando las paredes i acomodando la sillería, cómodas i mesas.

Pintor. Antonio, remata pronto
ese zocalillo: mientras
yo doi cuatro pinceladas
á esta pilastra. Baeza,
coloca ese canapé
en el testero: tú, Sierra,
arrima la sillería.
Vamos, que es tarde y desean

esta noche los señores
dormir en la casa nueva.

Sale Narc. Con que, maestro, ¿podremos
estrenar la casa?

Pintor. Aun queda
bastante que hacer.

Narciso. Pues no,
mi esposa quiere, i es fuerza
darle gusto.

Pintor. Seis dias ha
que ya la casa estuviera
concluida, sino hubiese
cambiado tantas ideas.

Narciso. ¿Qué he de hacer? si los amigos
conforme vienen á verla
me las sugieren, i yo
ciertamente no quisiera
que nadie le hallase pero.

Pintor. Pues prevenga usted talegas
si ha de complacer á todos.

Narciso. Seguro está que se mueva
un taburete. Maestro,
dé usted á la gente priesa.

Pintor. Cómo? si usted no me dá
dinero?

Narciso. De aquí á hora i media
les pagaré.

Pintor. No habrà falta?

Narciso. No la habrá.

Pintor. Muchachos, ea,
trabajemos, que hai dinero.

Sale Blas. Amigo, dà usted licencia?

Narciso. Pase usted señor don Blas:
vamos, diga con franqueza,
¿qué le parece la casa?

Blas. Mui mal.

Narciso. Por qué?

Blas. Por cincuenta
bestialidades, que ustedes

han cometido: una de ellas
es haber puesto la cama
en esa segunda pieza
que mira al oriente.

Narciso. Pero
qué importa?

Blas. Qué? ¡vagatela!
todo el que duerme al oriente
al año i medio revienta.

Narciso. Lo oye usted, Pedro?

Pintor. Mas donde
han de dormir?

Blas. Dónde? en esta
sala que está al occidente:
si señor: Galeno observa
que cuando desciende el sol
al océano, se quiebran
sus rayos con los vapores,
i pierden aquella fuerza
resecante, que consume
el jugo nutricio.

Narciso. Apriesa,
que se traiga aquí la cama.

Pintor. A qué vendria este bestia?
ven tú conmigo, Melchor.

(*Entran el pintor i el oficial por la izquierda i sacan la cama: otros llevan el canapé.*)

Blas. El maestro es un trompeta.

Narciso. Un pedazo de animal.

Blas. Cuando pasé por la puerta
de la cocina, sentí
un olorcillo á pimienta
que vivificaba; ¿acaso
se estrena la casa nueva
con algun banquete?

Narciso. Vienen
á comer unas parientas
de mi muger, i unos cuantos
amigos.

Blas. Usted me tenga
por uno de los mas finos.
Narciso. Así lo creo.
Blas. Yo fuera
un hombre ingrato, si no
lo acompañase en la mesa.
Narciso. Si usted quiere honrarnos...
Blas. Mucho.
(*Se quita la espada i el sombrero.*)
¿para qué son etiquetas?
Ya tiene usté un sobrestante
todo el dia.
Sale Laura. Con licencia
de ustedes, ¿dónde está el maestro?
Pintor. Señorita, ¿qué me ordena?
Laura. Se ha portado usted, mil gracias:
sobre que todos se esmeran
conmigo!
Narciso. Laura, qué tienes?
Laura. Qué tengo? que me destierran
à un cuarto con un balcon
que mira á una callejuela
por donde no pasa un alma.
Narciso. Mas si la casa es estrecha.
Laura. Estrecha? linda disculpa!
¿Quién ocupa esas tres piezas
principales?
Narciso. Mi muger.
Laura. Y que tu hermana se meta
en aquel zaquizamí?
No hijo mio, no lo creas.
Narciso. Es posible que te quejes?
no tiene el balcon dos puertas
de cristales?
Laura. ¿Y qué importa?
si solo miro por ellas
perros, gatos, é inmundicias.
Blas. Dice mui bien. Las solteras
deben tener á la vista

de todo el mundo la muestra;
pues en habiendo mirones
no hai cosa que no se venda.

Laura. Ea, vaya á chancearse
con quien aplauda simplezas.

Blas. Si yo abogo por usted.

Laura. Yo tengo mui buena lengua
para defender mi causa.
Sí: lo digo, i diré treinta
mil veces, si es necesario:
no quiero aquella vivienda,
no la quiero, no; mal haya
la casa: si se cayera!
si se la llevara el diablo!

Narciso. Ya me falta la paciencia.
Vòime por no reventar
de rabia. (*vase.*)

Laura. Que no le diera
un tabardillo á la loca
de mi cuñada! ella, ella
tiene la culpa de todo.

Blas. Toma! si es una coqueta.

Laura. Una tonta vanidosa.

Blas. Si no hai muger mas soberbia.

Laura. Y mi hermano es un Juan Lanas.

Blas. Un simple de cuatro suelas.

Laura. Asi se arruina.

Blas. Y así
á todo el mundo trampea.

Sale Petra. Esta es la casa? parece
un palomar.

Laura. Oyes, Petra,
vienes sola?

Petra. Con el ama.

Laura. Quién la acompaña?

Petra. El postema
del señor conde Ruibarbo.

Blas. Ya se vé, si la corteja.

(*Sale doña Tecla con el conde de bracero.*)

Tecla. Qué esto? quién ha mandado
que se ponga en esta pieza
la cama?

Pintor. El amo, señora,
porque el señor le aconseja
que se ponga aquí.

Tecla. Qué chiste!
el señor es una bestia,
si tal mandó.

Blas. Muchas gracias,
madama, por su fineza.

Tecla. Sepa usted, señor maestro,
que aquí ninguno gobierna
sino yo. Pronto á su sitio.

Pintor. No me atrevo hasta que venga
su merced.

Tecla. Cómo? bribon!
mis órdenes no respeta?

Conde. Obedezca prontamente,
ó le rompo la cabeza.

Blas. Vaya la cama allá dentro.

Pintor. Ya irá; pero mejor fuera
que no se hubiera sacado.

Blas. No me desplegue la lengua.

Pintor. Solo por ver si me pagan
no tomo al punto la puerta.

(Comienzan á desbaratar la cama i la van entrando: sacan el canapé i vuelve á quedar la escena como primero.)

Tecla. Si mi marido es un tonto:
¿Señora, está usté indispuesta?

Laura. No señora.

Tecla. Como usted
no nos saluda.

Laura. A quien entra
le corresponde.

Tecla. Por fin,
ya tengo en casa maestra
de politica.

Laura. Usted sabe
demasiada.
Tecla. Puf! me apesta.
la conversacion.
Laura. I á mí.
Tecla. Si no mirara...
Laura. Qué hiciera?
(*En accion de embestirla.*)
Tecla. Le diria....
Conde. Señorita....
Blas. Vaya, madama, prudencia:
templanza, que este palacio
no se estrene con quimeras.
Tecla. Palacio! ya! si lo habita
mi señora la Princesa
doña Laura.
Laura. Si ese honor
me viene de doña Tecla
reina de Estarambambug.
Tecla. Oiga usted, si no soi reina,
soi tan ilustre, que á muchos
he honrado con mi nobleza.
Laura. Es verdad, mi hermano es uno.
Tecla. Tan solo en eso no yerra.
Conde. Se acabó ya.
Blas. Yo no he visto (*aparte.*)
mamelucas mas completas.
Tecla. Qué sofoco!
Laura. Què furor!
Tecla. Para esto ya no hai paciencia.
Conde. Ya basta. (*mediando.*)
Blas. Que las palabras
se enredan como cerezas,
i pensarán que aquí vive
gentuza de la Caleta.
Laura. Pues si dice que á mi hermano
ha ennoblecido, ¿no es fuerza
que responda?

Tecla. Lo repito:
i ustedes todas debieran
agradecer, que mi mano
le diese la preferencia
entre un millon de señores
de la primera nobleza;
i usted lo sabe mui bien. (*á D. Blas.*)

Blas. Eso es una cosa cierta:
es fijo, que la señora
le negó la mano bella
á un marques, porque dijeron
que á sus abuelos en Ceuta
los conocieron vendiendo
tomates i berengenas:
la verdad debe decirse.

Laura. Si quiere se lo agradezcan,
agradezcamos tambien
el no tener la molestia
de sazonar el potage
que daba la Providencia.

Tecla. Desvergonzada.... insolente.

Laura. Ea, reprima la lengua,
porque si no....

Conde. Señorita... (*deteniendo.*)

Blas. Basta que un hombre de prendas
como yo, medie.

Tecla. Tomad,
(*Le dá un bofeton.*)
i volved por la respuesta.

Blas. Santa Polonia bendita
(*Llaman i Petra vá á abrir.*)
¡ai qué dolor!

Conde. Doña Tecla...

Tecla. No vé usted que me amenaza?
Vamos, señora, ¿què espera?
arránqueme los cabellos.

Laura. Si yo no soi corralera,
como muchas que presumen
de señoras.

Tecla. Ya es vergüenza
que yo sufra...
Sale Petra. Las vecinas
del cuerpo bajo desean
hacerles una visita.
Laura. A quién?
Petra. A las dos.
Laura. No, Petra,
ó á la señora, ó á mí. (*vase.*)
Tecla. Pues dí que ni á mí ni á ella. (*vaes.*)
Petra. Pues sera á mí: yo no he visto
dos mugeres mas soberbias. (*vase.*)
Conde. Qué decis de esto, don Blas?
Blas. Que yo he pagado la fiesta.
Qué par de locas! no sé
como usia tiene fuerzas
para sufrir una dama
tan ruidosa.
Conde. Sino fuera
porque estàn malos los tiempos.
Blas. Ya! tendrá usía las rentas
interceptadas?
Conde. Sí, amigo,
con estas lluvias tan recias
se ha desplomado la torre
de mi título.
Blas. Mi hacienda
tampoco está mui boyante,
porque tengo en esta pierna
cierta humedad, que me impide
hacer pagar la inocencia
á muchos bobos.
Sale Narc. Mal haya
una i mil veces mi estrella!
estoi por ahorcarme.
Conde. Amigo,
sepamos por qué se queja?
Blas. Vamos á comer, que luego
podrá contarnos sus penas.

Narciso. Qué comer? Si los cubiertos,
todo el servicio de mesa,
i los baules que estaban
en la otra casa, se quedan
en poder del dueño.

Conde. Cómo?

Blas. Pero que usted lo consienta?

Narciso. Si le debo dos mil pesos
de alquileres.

Conde. De manera,
que habiendo amigos....

Narciso. No encuentro
nadie que me favorezca;
i así espero, señor conde,
que usted de mí se conduela
en este lance.

Conde. Veremos....
(*Mirando el reloj.*)
ya han dado las dos i media.

Narciso. Advierta usted que no sufre
demora alguna la urgencia
en que me hallo.

Conde. Veremos:
hasta luego. (*vase.*)

Narciso. Así me deja
un hombre que me ha debido
tanto aprecio!

Blas. Y que corteja
á madama: vaya! vaya
si el mas amigo la pega!

Sale Laur. Hermano, vengo á decirte
que ya no tengo paciencia
para sufrir á tu esposa.

Narciso. I qué remedio?

Laura. Que veas
lo que has de hacer, porque yo
no vivo un hora con ella.

Narciso. Déjame i no me atormentes.

Sale Tecla. Ya es preciso que resuelvas,

Narciso: tu hermana ó yo
hemos de tomar la puerta.

Narciso. ¡Se ha conjurado el infierno
contra mi!

Tecla. Mas que lo sientas,
te digo que la aborrezco.

Laura. Yo la detesto!

Tecla. Es soberbia!

Laura. Es vanidosa!

Tecla. Es un tígre!

Narciso. Dónde encontraré una cuerda!...

Blas. No lo despechen ustedes.
Vamos á ver si nos prestan
las vecinas los cubiertos,
el mantel, las servilletas,
los platos, i...

Narciso. Qué dirán?
No señor, aunque supiera
no comer, no haria tal cosa.

Sale d. Lor. Deo gratias!

Narciso. Quién es quien entra?

Lorenzo. Está en casa don Narciso
Peranzules?

Narciso. Que me ordena?

Lorenzo. Caballerito, el señor
canónigo, á usted le besa
la mano: le hace presente
que hasta el dia de la fecha
van dos meses i dos dias
que tiene usted por su cuenta
la casa: que cuatro veces
(i cinco serán con esta)
urbaniter le he pedido
los mil quinientos i treinta
reales, i un maravedí
que importan *rationem certam*
los alquileres: que usted
mirum in modum desprecia
sus peticiones. Por tanto

ipso facto, le amonesta,
que se sirva de pagarle
en *numerata* moneda
statem et inmediate
aliter, que usted se atenga
facto seqüestro, á los daños
i á las costas: *etcetéra.*

Narciso. Amigo, usted con su idioma
me ha deshecho las orejas.

Lorenzo. Señor, *habeo tibi gratiam*
del afecto que me muestra.

Narciso. Diga usté á su señoría
que pagaré.

Lorenzo. Pero sepa....

Narciso. No hai que saber!

Lorenzo. *Ergo*, usted
manifiesta resistencia?

Narciso. Váyase con los diablos!

Lorenzo. Pues señor, *si michi negas*
debitam pecuniam, ego
ostendam justiciam mean. (*vase.*)

Narciso. Lo sensible es que no hai
en qué comer.

Pintor. Usted vea
cómo pagar á la gente,
pues dicen que no menean
una mano sin dinero.

Tecla. Está buena la insolencia.

Oficial Sin plata no se trabaja.

Blas. Vaya usted de puerta en puerta
pidiendo; porque ya es hora
que los convidados vengan.

Narciso. Si mi tio no me hubiese
abandonado por esta
fatal boda, me sacara
de esta afliccion.

Tecla. A qué esperas?
hoi se ha de acabar la casa,
con que toma providencia.

Narciso. Voi á tomar un cordel
para terminar mis penas!... (*vase.*)
Blas. Esto vá malo: yo voi
á tomar alguna presa
en la cocina. (*vase.*)
Tecla. Un sonrojo
como éste quién lo creyera!
qué vergüenza!
Sale conde. Madamita,
qué es esto? Si por mi ausencia
está usted tan enfadada...
Tecla. No,
mi congoja es mui diversa.
Laura. Petra?
Sale Petra. Que me manda usted?
Laura. Ven conmigo.
Petra. A dónde?
Laura. Es fuerza
remediar el infortunio
de mi hermano. (*vanse.*)
Pintor. Hasta que venga,
vámonos al corredor. (*vanse con él.*)
Conde. Vaya, idolatrada Tecla,
no se abandone usted tanto
á una profunda tristeza.
Tecla. ¡Ah conde, que la que siente
lo que yo, no se consuela
tan fácilmente! (*Se sienta.*)
(*Sale Blas con una sarten en la mano comiendo.*)
Blas. Qué es esto?
le ha dado acaso jaqueca?
Tecla. Qué loca! qué simple he sido!
he despreciado cincuenta
pretendientes, todos hombres
de calidad, que me hubieran
cubierto de plata i oro
de los piés á la cabeza;
i al fin, vine á embarrancarme
con un pobreton, que apenas

puede mantenerme.

Blas. Todo
tiene remedio en la tierra
menos la muerte.

Tecla. Tambien
es cosa fuerte, que vengan
á chuparle el corazon
al miserable, i si llega
un lance, no halle un amigo
que le sirva.

Conde. A usted vá esa.
(*A don Blas.*)

Blas. Si lo dice por usía:

Tecla. Y una muger de mis prendas
de mi mérito i talentos
ha de mirarse hoi espuesta
al desprecio, al abandono
de todo el mundo!....
(*Se sienta en otra silla.*)

Conde. Quién piensa
semejante cosa! Usted
será respetada, mientras
haya marqueses i condes.

Tecla. Ah! que en no habiendo una mesa
de estado, desaparece
al instante la caterva
de los hambrones.

Conde. A usted
se dirige esa vareta.

Blas. Yo discurro que á los dos.

Tecla. Pero dónde está ese bestia
de mi marido? se ha ido?
se ha ocultado? Qué, me deja
en el cenagal?

Conde. Señora,
usted misma se atormenta.

Tecla. Y dònde está mi cuñada?
me ha plantado tambien ella?
todos me abandonan! todos!

Quieren que rabiosa y ciega
me desespere i me mate? (*Se sienta.*)

Conde. Aquí estoi yo doña Tecla.

Blas. Y yo tambien.

Conde. Para ahora
es el valor.

Blas. Bueno fuera
que tomara usté alimento.

Tecla. Otra cosa me interesa
mas que la comida.

Blas. No,
mire usted que es mal sistema:
antes que todo es el vientre.

Tecla. Tráigame, ya que se empeña,
rejalgar, veneno.

Blas. No,
voi á traerle una presa
de la cocina... (*vase.*)

Tecla. Narciso
me ha burlado. ¡Qué vileza!
qué indignidad! yo me muero!
yo rabio! que no vinieran
(*Se tira de los cabellos.*)
mil furias á destrozarme!

Sale Narc. La pobrecita me quiebra
el corazon!

Tecla. Hombre infame,
¿dónde has estado? en qué piensas?
para qué me has engañado?

Narciso. Toma este cuchillo, Tecla, (*se lo dà*)
i pásame el corazon.

Tecla. Hombre loco, sin vergüenza
sin reputacion...

Pintor. Qué hacemos?
se trabaja?

Narciso. No me muelan,
no tengo un cuarto.

(*Salen Lorenzo, escribano y ministros.*)

Lorenzo. Señor

ex toto corde le besa,
la mano, este servidor.

Narciso. Qué es lo que ustedes me ordenan?

Escribano. Traemos órden de embargar
la casa i cerrar la puerta
hasta que usted satisfaga
los alquileres.

Tecla. Qué afrenta!
Qué bochorno! Yo no sé
como no me caigo muerta!

Narciso. Pero señor, ¿es posible
que por tan pequeña deuda
se atropelle á un caballero?

Lorenzo. Si señor: *tuta conciencia*
unisquisque semper potest
á cualquiera que le deja
capere pignus, si acaso
ullam pecuniam no encuentra.

Escribano. Mañana temprano haremos
inventario de las prendas:
con que caballeros vamos
à la calle.

Tecla. Qué vergüenza!
Señor conde, usté es mi amigo,
i espero que no consienta
que sufra yo esta ignominia.

Narciso. Ahora es tiempo resplandezca
su generosidad.

Conde. Bien,
veremos: las dos i media,
ya es hora de ir á comer
en casa de la marquesa
de Aguas Turbias: pensaremos...
Beso sus piés, doña Tecla... (*vase.*)

Tecla. Falso, indigno, petardista!...

Escribano. Vengan las llaves.

Tecla. Qué pena!
ai que me muero! (*Cae en una silla.*)

(*Salen don Cristóbal, doña Laura i Petra.*)

Cristóbal. Qué es esto?
Narciso. Qué miro! mi tio! clemencia!...
Tecla. Señor, tenga usted piedad
de nosotros.
Narciso. Que nos echan
de la casa, i nos hallamos
en la calle.
Cristóbal. Ha sido cierta
mi prediccion! No te dije
que por la loca i soberbia
de tu muger te verias
arruinado?
Tecla. Sí, me pesa
de haber sido yo la causa
de su desgracia: ¡qué necia!
qué loca he sido! qué tarde
reconozco mi flaqueza!
Pero que digo? Señor,
no es tarde, no, pues mi estrella
me tiene á sus piés; en ellos
juro mil veces la enmienda;
i en ellos espero hallar
el consuelo que me niega
todo el mundo.
Cristòbal. Vamos claros:
se olvidarán las promesas
en saliendo del ahogo?
Tecla. No señor, si falto á ellas,
que me encierren en un cláustro,
que hagan de mí lo que quieran.
Cristóbal. Pues á mi casa al instante.
Mi sobrina Laura á fuerza
de lágrimas i de ruegos
me ha traido: dénle á ella
las gracias.
Narciso. Querida hermana! (*se abrazan*)
Tecla. Perdone usted las ofensas
que ha recibido de mí.
Laura. Olvidemos bagatelas.

Sale Blas. Vamos, coma este aloncito,
i perdone la cazuela
que á bien que todas son gentes
de confianza.

Tecla. No sea
importuno.

Cristóbal. ¿Es usté acaso
el cocinero?

Blas. No es esa
mi profesion: otros guisan,
i yo devoro.

Cristóbal. Pues ea,
váyase usted con los grajos
á devorar á las selvas.

Blas. Con que no hai banquete?

Cristóbal. No.

Blas. Pues á llenar la talega
en casa de cierto indiano
que ahora tiene plata fresca.
(Por si acaso llego tarde
me he echado en la faltriquera
una gallina dorada)
Señores, hasta la cena. (*vase.*)

Cristóbal. Yo saldré con un garrote
á recibirte.

Pintor. Hai moneda
para esta gente?

Narciso. Señor....

Cristóbal. Yo soi quien pago tus deudas:
vengan todos à mi casa.

Lorenzo. Con razon decir pudiera
veni, vidi, vici: vamos
ad pecuniam accipiedam.

Narciso. Qué regocijo! en efecto.
no hai mal que por bien no venga.

Todos. Y aquí concluye el sainete
perdonad las faltas nuestras.

FIN.

LOS CABALLEROS DESAIRADOS.

PERSONAS.

El marqués de Campo Claro.
El conde de Campo Obscuro.
Don Juan.
Doña Isabel, hermana del marqués.
Doña Ines, muger de don Juan.
Perico, criado del marques.
Tadeo, peluquero.
Curro, torero.
Mariano, majo.
Felipe, criado del marques.
Ana, criada de doña Isabel.

Habitacion del marques con taburetes, mesa con barajas, botellas, vasos, platos con nueces i queso: una espada torera sobre una silla i dos cuchillos sobre la mesa. Perico i Felipe aparecen, i por la derecha sale Tadeo.

Tadeo. Se peina el señor don Pedro?
Perico. Ya saldrá su señoría,
aguàrdese usté un poquito.
Tadeo. Ola! bálsamo de viña.
Pajarete: con licencia
me enjuagaré las encías. (*bebe.*)
Felipe. Buen provecho.
Tadeo. Con que queso

i nueces? una rájita
para que sirva de taco.

Sale marq. Hombre, tú eres una pipa.

Tadeo. Nadie como yo maneja
los cubiletes; usía
se peina?

Marques. Salgo de majo.

Tadeo. Estarà usía de conquista?

Marques. Si sabes de alguna moza
que lo merezca...

Tadeo. Qué chica
se me ha presentado! vaya,
es ciertamente bonita.
Mire usía: el cuerpecito
es fino como una higa:
si con dos jemes se puede
abarcar la cinturita:
el pellejo.... qué pellejo!
morenito, pero brilla
lo mismo que si estuviera
charolado: sus dos niñas
son tan vivas que parece
que han venido de las minas
del azogue: despues de eso,
cuando sus patitas pisan
la calle Ancha á las doce,
apuesto que en la bahia
no hai buque mas tormentoso.
Ya se vé, si desollina
con el fleco los balcones,
cuando navega la niña
viento en popa.

Marques. So tunante,
no vengas con pinturitas
á engañarme.

Tadeo. Como soi
peluquero, que en mi vida
he visto mas linda moza.

Marques. Pues bien: le haré una visita.

Ya sabes tú que yo tiro
la plata.

Tadeo. Toma! si usía
sabe gastar el dinero;
i qué caridad! me admira:
lo menos, menos conozco
mas de ochenta pobrecitas
que con sus limosnas echan
boleros en las mantillas.

Marques. Si yo tengo un corazon
que no puede ver desdichas.

Tadeo. Con que volveré á la tarde
para ir á ver á esta ninfa?

Marques. Por supuesto.

Tadeo. Pues ahora
voi en un vuelo á decirla
que no salga. De usía soi... (*vase.*)

(*Al irse tropieza con Mariano, que sale.*)

Mariano. No es mala la cortesía!
el demonio del pendon,
como me ha puesto de harina.

Marques. Ja, ja, ja, ja.

Mariano Ciertamente
que es el paso para risa!
Yo no sé como permite
que estos muebles cada dia
vengan á amasar pasteles
en su cabeza.

Marques. Daria
mi nobleza i mi caudal
por andar toda la vida
con la capa i la montera,
i un eslabon de a seis libras.

Mariano. Ya se vé, si esos pegotes
revuelven todas las tripas.

Marques. Ven, i tomarás un trago.

Mariano El trago venga aprisa.
A ver un habano.

Marques. Toma.

Mariano. Con que se nos casa usía?
Marques. Quien te lo ha dicho?
Mariano. No hai
en el barrio de la Viña
otra noveà.
Marques. Pues siento
que se publique.
Mariano. Y qué avispa
le ha picao para hacer
esa gran majadería?
Marques. Hombre, la razon de estado.
Mariano. Y es buena la figurita?
Marques. La verdad, no me dá golpe;
porque á quièn no le fastidian
esas damas arrastrando
dos varas de muselina,
mas tiesas que un mastelero
i con el talle á la orilla
del cogote? yo me caso
porque la tal niña es rica,
i un hombre no está boyante;
pero en teniendo yo asidas
las talegas, la señora
irà á visitar amigas,
i nosotros andaremos
de borrasca todo el dia.
Mariano. Muchito: con nuestra gente.
Marques. La verdad, á mi me hechiza
mil veces mas una olla
de caracoles encima
de una cabeza, que cuantos
polvos, plumajes i cintas
se ponen las petimetras.
Mariano. Bien haya su señoría,
que tiene gusto!
Marques. Cabal:
i ahora he mandado á Sevilla
por un maestro de lengua
germana.

Mariano. Bueno! i usía
la hablarà con mucha gracia.
Marques. Vaya, dí una palabrita.
Mariano. Pues diga usía conmigo:
Sosnabelar.
Marques. Ya está dicho:
(*Repite el marques.*)
Sosnabelar.
Mariano. Prajandí,
maripor.
Sale Isab. Qué algarabía
es esta?
Marques. Vaya, qué traes?
Isabel. Ven i verás á Juanita
qué maja viene.
Mariano. Quién es?
Marques. Esta es una trigueñita
que está enseñándole el ole
à mi hermana.
Mariano. Buena avispa!
Ya la conozco: i qué tal
lo baila usted?
Isabel. Soi mui viva:
mire usted; ya sé poner
levantadas las manitas,
i dar vueltas de este modo.
Mariano. Viva la gracia!
Marques. Repica
esos piés.
Isabel. De esta manera?
Marques. Con mas salero.
Sale Curro. Madrina,
yo quiero arroz.
Isabel. Pues chuparse
los dedos á toda prisa,
que ya se acabò.
Curro Si acaso
me iré para que prosiga.
Isabel. No es eso; sino que el ole

para gustar, necesita
de una moña, un gran jubon
con treinta varas de cinta
en los hombros, unas naguas
con las alforzas cogidas,
i por fin, un relicario
lo mismo que una salvilla;
con que amigo, si quisieres
babear, ven otro dia
que esté de humor.

Curro. Pues vendré
aunque sea de rodillas
para ver empavesado
ese buque.

Marques. Y qué venida
es ésta? Se ofrece algo?

Curro. Solo vengo á ver á usia,
i à rogarle que me preste
la torera.

Marques. En esta silla
està; matas esta tarde?

Curro. El sesto toró.

Marques. Pues mira
que está mui bien enseñada.
Con esta espada en Lebrija
maté un toro de diez años
que la tierra se comia.
Me acuerdo que le tendí
la muleta recogida;
pero al citarlo, colóse,
i sin que pudiera huirla,
al tirar la cabezada
me ensartó por la pretina:
yo volé como una pluma
mas como una lagartija
me arrastró el toro: me planto,
i lo llamó con mas ira.
Yo estaba asì en esta accion:
me temblaban las rodillas

de cólera, y los calzones
ya casi se me caian:
toda la gente gritaba.
«no se empeñe tanto usía.»
Las mozas, unas lloraban,
à otras daba alferecia;
qué chillidos! qué accidentes!
mas sin dejar la porfia
gritaba yo: «embiste toro:
«ah cobarde! te retiras?
«me temes? entra tunante:»
en fin, me acomete: brinca.
ensártole la estocada;
pero tan bien dirigida,
i con tal fuerza, que fué
preciso en la plaza misma,
para sacarle la espada,
abrirlo por la barriga.

Curro. Usía se pinta solo.

Isabel Si mata bien, mejor pica:
qué gusto que dá mirarlo
sobre la jaca tordilla,
metido en el albardon
con la chaqueta morisca,
su aldabon en la mollera,
i luego su monterilla
con un millon de caireles!
Qué! Si hai toro que lo tira
cada instante por saciar
su curiosidad.

Marques. Mi vida
yo he gastado en aprender
à manejar una pica,
i asi tengo entre las uñas
todo el arte.

Curro. Buena hojita!
(*Toma la espada.*)

Marques. Esa fué de un bisabuelo
de mi abuelo, que en Castilla

en unas fiestas reales
mató ante el rei Witiza,
i desde entónces quedó
vinculada en la familia.

Curro. Vaya, es halaja de gusto.

Sale D. Juan. Mi don Pedro, buenos dias.

Mariano. Don Juan, à tomar un trago.

Juan. Lo estimo.

Isabel. Una nuecesita:
vaya, que yo se la doi.

Juan. Tantos favores me hechizan.

Marques. Ha visto usté á doña Inés?

Juan. No la he visto.

Marques. ¡Qué perdida
està por mí esa muger!

Juan. Puede que se engañe usìa.

Marques. Cómo engañarme? le apuesto
dos onzas á que en el dia
queda la boda ajustada.

Juan. Yo sé que esa señorita
no piensa en casarse.

Marques. Ya!
querrá ser monja! qué risa!
Toma! en hablando de boda
se tapa al punto la niña
los oidos.

Todos. Ja, ja, ja.

Marques. I ayer cantó una coplilla,
diciendo que los morenos
echan por los ojos chispas.

Todos. Ja, ja, ja.

Marques. I diò un suspiro
que creí se le salian
los hígados por la boca.

Todos. Ja, ja, ja.

Isabel. Pues Inesita
no puede hablarle mas claro.

Marques. Pero si à don Juan le pican
los celillos: la verdad.

Isabel. Válgame Dios, qué malicia!
mira, para que lo sepas,
te digo, que quien suspira
por mis ojos, es don Juan.
Marques. Bueno! con que Isabelita
lo tiene á usté amartelao?
¿I cuándo se determina
la boda?
Juan. Luego que esté
ajustada la de usía.
Marques. Pues será breve.
Isabel. Sí hermano,
al mal paso darse prisa;
porque estar enamorada
i soltera, es la fatiga
mayor, i cada momento
pierdo diez años de vida.
Marques. Todo queda por mi cuenta.
Sale Perico. Señorita, una visita.
Isabel. Quién es?
Perico. Doña Ines.
Isabel. Tu novia:
no vienes á divertirla
un ratito?
Marques. Sí, allà vamos.
Juan. Voi á hacerte compañía... *(vase.)*
Isabel. Aguárdese usted, don Juan.
Mariano. Que no se vá el hombre á Indias;
siempre ha de querer tenerlo
colgado como reliquia?
Isabel. Mucho, como que lo quiero.
Mariano. Pues tiene usted por mi vida
mui mal gusto.
Isabel. Calle usted,
que tiene unas orejitas
tan redondas, tan pequeñas
que parecen clavellinas.
Curro. Pues que vivan las orejas!
Isabel. Pobretes! Envidia, envidia.

Mariano. Vaya, que está enamorada
de todas.
Marques. Una copita
de pajarete i vendreis
á conocer mi costilla.
Curro. Veremos esa real moza.
Marques. La verdad, ella es mui fria;
pero tiene unas talegas
tan graciosas, tan bonitas...
Mariano. Pues brindemos por su plata.
Sale Tadeo. Que falta mi personilla.
Marques. Qué traes aqui, buena maula?
Tadeo. Yo pasaba por la esquina,
i el olor del pajarete
me obligó a subir arriba.
Mariano. Apàrtese usté un poquito
con esos polvos.
Sale Perico. A usia
pretende hablar un hidalgo
montañes.
Marques. Qué solicita
ese espantajo? ese mueble
anda que se descanilla
por casarse con la plata
de doña Inés.
Tadeo. Qué avaricia!
Pero usía por qué ya
no le ha dado una paliza?
Curro. Echarle abajo una oreja.
Mariano. Un navajazo en las tripas.
Marques. Chitito, dile que entre. (*vase Per.*)
Ya vereis la tropelia
que se arma.
Mariano. A bien que aquí estamos.
Se arriman los majos á un lado, y el marques se sienta en medio del teatro, y sale el conde.
Conde. Tenga usía buenos dias.
Marques. Sea bien venido: un asiento.
Perico, trae la copilla.

(*Enciende un cigarro.*)

Curro. El don Pedro es hombrecito.
Mariano. Con qué tunantá lo mira!
Conde. Diga usía, ¿me conoce?
Marques. Y á mí me conoce usía?
Conde. Yo no.
Marques. Pues ni yo tampoco.
Conde. Bien, yo traigo quien lo diga.
Mire usía si estas armas
(*Saca un escudo pintado.*)
son alguna niñería.
Marques. Esto me parece el arca
de Noé.
Conde. Pues oiga usía:
sobre este horrendo dragon
que en este cuadro se mira,
mi bisabuelo don Tello
á las batallas salia
antes que hubiese caballos.
Marques. No es mala caballería;
pero quién se lo ensillaba?
Conde. El demonio. Aquesta encina
en este cuartel morado,
claramente significa,
que en mi casa se cebó
el primer cerdo.
Marques. Seria
su pariente.
Conde. No desciendo
de serranos. Aquí arriba
hai un cuervo que es figura
de mi abuelo don Garcia
cuando le sacó los ojos
de una lanzada al rei Pipa.
En fin, todas estas fieras
insectos y sabandijas,
manifiestan que es del tiempo
del diluvio mi familia.
Marques. Perico, el árbol. Ahora

verá con quien habla usía.

Curro. Caramba que lo ha parado!

Mariano. El lance está por mi vida
bien jugado.

Tadeo. Si don Pedro
vale un Perú.

Mariano. Se las tira
con su padre.

Marques. Daca, hombre,
acerque usia la silla.

Conde. Me parece un ciento pies
el tal árbol.

Marques. Eche usía
los ojos sobre el papel,
i verá mil maravillas.
La primer raiz del tronco
de mi gran genealogía
fué el valeroso i forzudo
Hércules, el que su vida
la gastó solo en comerse
cuantos leones habia
en el mundo.

Conde. Por ventura
fué gringo su señoría?

Marques. Fué andaluz, segun lo dicen
todos los genealogistas.
Mas sigamos: tuvo tres
Herculitos en Mencía
hija del rei Chuchurumbo,
que son estas tres casillas
que estàn aquí.

Conde. Chuchurumbo
reinó segun las noticias,
en el pais de las monas.

Marques. Los autores no lo afirman:
En fin, el mayor de todos
Tetrarca de Andalucía,
fué el primero que sacó
la moda de las patillas.

Conde. Pero no hai comparacion
con mi preclara i antigua
nobleza.
Marques. Cómo? qué dice?
Conde. Que mis mayores habian
conquistado medio mundo
cuando andaba todavía
Hércules en chichoneras.
Marques. No hable y a mas heregías,
que esta hablando con don Pedro
de Campo Claro.
Conde. Y usía
sepa que habla con don Bruno
de Campo Obscuro.
Marques. Hidalguia
nocturna.
Conde. No es.
Marques. Pues seria
apellido con neblina.
Curro. Esto no ha e parar en bien.
Tadeo. Yo creo se desollinan.
Marques. Pero vamos, ¿qué pretende?
Conde. Advertirle que desista
de conquistar la hermosura
de doña Ines.
Marques. Es mui fina
para gente de montaña.
Conde. Esa es ya descortesía,
i sabré vengar mi agravio
si en un pelo se desliza.
Marques. De qué modo?
Conde. Haciendo aquí
de su cuerpo anatomía,
para poner su esqueleto,
como trofeo, en la cima
del morrion de mis armas.
Marques. Soniche: ya llegó el dia
de dar una campanada.
Mariano. Aquí hay sangre.

Tadeo. Habrá morcillas.
Marques. Cómo quiere usìa reñir?
Conde. A moquetes.
Marques. Esa es grilla.
yo riño con la torera:
Conde. Pues yo traigo prevenidas
las armas de mis mayores.
Entra escudero.

Sale el criado con lanza, morrion y rodela.

Curro. Arme usía
la muleta, y que se acerque.
Conde. Qué celada tan antigua!
diez siglos habrà que sirve
de nido de golondrinas.
Marques. Acabe usía de armarse.
Conde. Dame la lanza: qué fina!
ha servido de asador
tres siglos en mi cocina,
i no tiene ni una mella.
El escudo: ya me mira
de punta en blanco.
Marques. Pues vamos.
Conde. Tengo que hacer todavía:
¡oh vosotros infanzones
que en la antigua galería
de mi casa os conservais
entre el humo i la polilla,
vosotros, cuyos vigotes
de tal suerte se ensortijan,
que parecen vuestras caras
una guitarra embutida,
vosotros favorecedme
en aquesta triste cuita.
Marques. Es acto de contricion?
Conde. Don Quijote así lo hacia.
Marques. Empezemos.
Conde. Pues al arma,
Santiago, cierra.

(El conde enristra la lanza, i el marques ha formado

una muleta con una capa, le llama presentándole la espada.)

Curro. Usia
dele muy bien la estocada
á volapié.
Marques. Como usia
me presente bien la cruz
lo abro como una zandía.
Conde. Antes yo de una lanzada
le echaré por la barriga
el humor.
Mariano. Por ahí llamarlo.
Marques. Que viva la Andalucía!
Mariano. Con valor.

Salen doña Isabel, doña Ines y don Juan.

Todos. Qué ruido es este?
Isabel. Ai hermano de mi vida!
que me lo matan!
Ines. Qué es esto?
Conde. Esto es, hermosa homicida,
esponerme por tus ojos
á quedar como una criva.
Ines. Por mis ojos?
Marques. Sí señora,
porque el señor solicita
aguarme la boda, i yo
tengo alguna fantasía
en que nadie me dé zelos.
Conde. Doña Ines ha de ser mia.
Marques. Le tenderé la muleta.
Conde. Pues el combate prosiga.
Marques. Está mui bien.
Isabel. Deteneos:
vaya por Dios Inesita,
elige el que te gustare,
y así todo finaliza.
Ya miras tú que mi hermano
aunque algo feo, respira

majeza por todas partes,
i que el señor tiene pintas
de rinoceronte. Vamos,
no pienses.

Conde. Usted elija,
porque de no, subirá
nuestra sangre hasta las vigas.

Marques. Desengañe ustè á ese hombre.

Ines. Hàse muchísimos dias
que pudiera haber mudado
de pensamiento.

Marques. Vé usia?

Conde. Con que desprecia à don Bruno
de Campo-Obscuro?

Isabel. Mi amiga
no gusta de obscuridades.

Conde. Que esta injuria se le diga
á un octavo descendiente
de Tubal! vaya, la ira
casi me ahoga. Ingratona,
tú desprecias la hidalguia
de un ilustre montañés?
qué rábia! el amor permita
que esas montañas que injurias
se te desplomen encima.

Marques. Para que el pobre se muera,
venga esa mano Inesita.

Ines. Tambien usted se ha engañado
en discurrir que admitia
sus obsequios.

Marques. Cómo es eso?
pues esa mano no es mia?

Ines. No señor, que tiene dueño.

Marques. Se me ha helado la saliba.

Conde. Señorita, creo que es
tan feo su señoría
como yo.

Isabel. Qué disparate!
Si Inesita está perdida

por mi hermano, ¿no es verdad?

Ines. No lo imajines, amiga;
jamás le he tenido afecto.

Marques. Quién logra esa fortunilla?

Juan. Yo, don Pedro.

Marques. Don Juanito,
usted tiene la osadía
de competirme? pues sepa
que mientras don Pedro viva
no se ha de casar usted.

Juan. I yo se lo ofrezco á usía.
pues ha un año que lo hicimos
en secreto.

Curro. Qué paliza
le daba yo en este instante!

Isabel. Con que tambien me ofendias?
Qué alevoso! ciertamente
que mui fresca quedaria
sino tuviese seis novios.

Conde. Es alguna compañia
de granaderos?

Isabel. Son seis
currutacos, que suspiran
por mi belleza: uno blanco,
otro verde, otro mezclilla,
i los demás matizados
á la *dernier*.

Ines. Tú me hechizas
con tus gracias.

Isabel. Alevosa;
cómo tienes osadía
de respirar? qué traidora!
prometo desde este dia
no tratar con mis iguales.

Ines. Haces bien, porque es distinta
de tu clase tu conducta

Isabel. Con que tù me satirizas?
miren la sierra nevada
como revienta de envidia

porque tengo nombre en Cádiz
de salerosa! Pues hija,
aprende como yo aprendo
el ole, i otras cositas.

Marques. Vaya, estoi desazonado.
venga la vihuela: niña
se ha lucido usted conmigo.
A ver, venga una coplilla.
Ai ron, ron, ron, ron. (*canta.*)

Tadeo. Yo voi á ver esa ninfa.

Conde. I yo á apuntar en mi escudo
un toro y mote que diga:
con don Pedro Monteclaro
que parece una geringa,
el sin igual Monteobscuro
peleó por su querida.

Isabel. Yo me voi á repasar
el zorongo con Juanita.

Mariano. I á la Verònica todos
á dar sosiego á las tripas:
venga usía i pagará.

Marques. Vamos à olvidar fatigas.

Todos. I aquí concluye la idea;
si os ha gustado aplaudirla.

FIN.

EL CHASCO DEL MANTON.

PERSONAS.

Don Tesifon, *figuron.*
Don Pedro, *majo.*
Don Juan.
Doña Ines.
Doña Isabel.
Pepa, *criada.*
Nicolasa, *prendera.*

Sala con sillas i mesa. Aparece doña Ines sentada, tomando chocolate, i Pepa en pié con un vaso de agua.

Ines. Qué malo es el chocolate!
Pepa. Siempre le encargo á Lorenzo
que lo compre del mejor.
Ines. Luego que tome dinero
lo labro en casa. (*llaman*)
Pepa. Que llaman.
Ines. Deja el vaso i abre presto.
Deja Pepa el vaso, i abre.
Sale Tesif. Madama, Dios le dé á usted
mui buenos dias.
Ines. Corriendo

tráele al señor chocolate.

Tesifon. No gusto de sorbetcos.
A estas horas tengo ya
en el vientre un par de huevos
con jamon, y una botella
de pajarete: lo aprecio.

Ines. Agua.

Pepa le dá el vaso, i toma el pocillo.

Tesifon. Qué gana de aguarse
las entrañas. Yo recelo
que se nos vuelva usted rana.

Ines. Estoi hecha.

Tesifon. Con que puedo
hablarle á usted sin testigos?

Ines. ¡Testigos! ¿Quiénes son esos?

Tesifon. Infinitos: nunca falta
quien venga á contarle un cuento.
Aquí se junta una turba
de mozuelas à recreo.
Se sabe si fulanita
ha estrenado trage nuevo:
si à sutanita le ha dado
una tollina el cortejo:
si menganita ha elegido
para marido un camello.
Esta brinca, aquella baila,
estotra entona el bolero:
unas entran, otras salen,
charlan, rien, tan sin freno,
que es imposible no tengan
mil legiones en el cuerpo.

Ines. Ja, ja, ja: bien se conoce
que es madera de otros tiempos.
¿Con que, en fin, los cargos son
que en mi casa me divierto
con mis amigas?

Tesifon. No es ese
su mayor divertimiento.
Un majito sin juicio,

con mas moños que un borrego
de pascua, la tiene á usted
en un continuo embeleso.

Ines. ¡Jesus, i qué disparate!
¿Lo dice usted por don Pedro?

Tesifon. ¿Pues por quién lo he de decir?
Cada vez que aqui le veo
con aquella monterita,
que parece solideo,
aquel pedazo de chupa
respingada, con mas flecos
i con mas cascabelitos
que caballo calesero,
me admiro que una muger,
que presume de talentos,
tenga dares i tomares
con semejante muñeco.

Ines. Yo! Jesus, qué disparate!
Si no hubiera otro sugeto
en el mundo, me parece
que no le hiciera mi dueño.

Tesifon. Siendo así, yo me descoso
i se acaban cumplimientos.

Ines. Diga usted lo que gustare.

Tesifon. Si yo fuera algun monuelo
enturbiaria los ojitos,
y torciendo luego el cuerpo
como un garabato, diera,
un suspirillo de enfermo
moribundo: despues fino
le dijera: dulce dueño,
sepa usted que yo la adoro,
que me abraso, que me quemo;
i á sus piés me arrodillara
haciendo dos mil pucheros:
pero como soi un hombre
de faldon largo i sombrero
encanutado, no gasto
mas mimos, ni mas requiebros

que decirle con franqueza
solamente, que la quiero.

Ines. La bondad de usted: mas llaman.
Luego despacio hablaremos.
Abre Pepa.

Sale Pepa. Voi, señora. (*abre.*)

Tesifon. Ahora empieza el jubileo.

Sale Nicolasa, con un manton metido en un pañuelo, i Pepa se va por la izquierda.

Nicolasa. Buenos dias.

Ines. Nicolasa
siéntate aquí: ¿qué hai de nuevo?

Nicolasa. Déjeme usted que respire.
¡Qué calor hace! Me quemo.
Vaya, no sé como puede
sufrir este caballero
ese casacon de à marca.

Tesifon. Yo tengo frio.

Ines. Silencio,
i no empieces con locuras.
Dime: ¿qué traes aqui envuelto?

Nicolasa. Un manton de venta.

Ines. A ver.

Nicolasa. Es riquísimo. (*lo descubre.*)

Ines. En efecto:
¿i qué piden?

Nicolasa. Veinte onzas.

Tesifon. ¡Veinte onzas! ¡Yo estoi lelo!
Quizàs son de chocolate.

Nicolasa. Saque usted los espejuelos,
i mire usted si este encaje
es malla de un par de pesos.

Tesifon. ¡Pero gastar veinte onzas
en tales drogas, á riesgo
de que un perrito meon,
una astilla, un clavo viejo
las inutilice el dia
que se estrenan! ¡Si no hai seso
en las gentes! Plata i oro,

que siempre valen dinero.

Nicolasa. Vaya, vaya, que el señor
es genoves, i aun me acuerdo
de haberle oido vender
longanizas de podenco.

Ines. Pero siempre harán rebaja.

Nicolasa. ¿Bajar? Ni un ochavo menos,
Su ama tiene que comer.

Ines. Y quién es?

Nicolasa. Doña Ana Cueto:
se lo regalò un compadre
de cédulas, caballero
que arrastra coche, i que tiene
un escudo todo lleno
de animales i aguiluchos;
pero como el diantre ha hecho
que ahora venga su marido
de Lima con tantos pesos,
habrá registro, i es fuerza
el quitar sombras del medio.

Tesifon. ¡Qué infame lengua! Allá vá
esa honra por los suelos.

Ines. Si tuviera, lo comprara.

Nicolasa. ¿Pues de qué sirve, salero,
ese petimetre antiguo
en esa silla tan tieso?
Que sacuda los bolsillos,
i por fin que les dé el viento
á sus roñosos doblones.

Ines. Yo nunca ocupo á quien quiero.

Nicolasa. Y con razon, porque tiene
ese gorro tan bien puesto. .
i luego como le ha dado
esas colores el cielo...
Vaya, si es prenda de gusto.
Bien haya, amen, tu perjeño,
rosa de mayo, i qué lindos
ojitos de terciopelo.

Tesifon. ¡Qué pícara zalamera!

¡Cielos santos, no hai encierros
para enjaular á estas maulas!

Ines. Si me hiciera juramento
el señor don Tesifon...

Nicolasa. ¿Se llama así el caballero?

Ines. Así se llama.

Nicolasa. ¡Gran nombre!
El sonido está diciendo
que será algun infanzon.

Ines. Pues digo que en el supuesto
de volverlos á tomar,
me atreveria...

Nicolasa. Por hecho.

Tesifon. A Dios, caí en el garlito.

Nicolasa. Don Tesifon, este empeño
es digno de un montañes.

Tesifon. Yo, señora, soi gallego.

Nicolasa. Mucho mejor veinte onzas
necesita este lucero
prestadas.

Ines. Calla la boca.

Nicolasa. ¡Mal haya sean los genios
encogidos! Ya el señor
podrá formar sentimiento
si no las recibe usted.

Tesifon. Seguro está, ni por pienso.

Nicolasa. ¿Para qué es disimular
si se está usted deshaciendo
porque lo tome? Cuidado
que soi yo la que me empeño.
Mas esto será mejor:
ahí queda el manton: salero,
de aquí á un rato volveré
à recojer mi dinero. (*vase.*)

Ines. Usted viva muchos años.

Tesifon. De modo, que en este tiempo
veinte onzas... Ya se vé,
si el pan está à tanto precio,
si el aceite cuesta un ojo,

el vino se vá subiendo,
i como son veinte onzas
mas de cuatrocientos pesos...

Sale don Pedro, toma una silla, i se sienta.

Pedro. Señores, felices dias.
Ines. A Dios, mi señor don Pedro.
Tesifon. No puedo ver á este mono.
Pedro. ¡Qué suerte, qué suerte tengo
tan endiablada! ¡Tres sotas
á perder! Me recondeno.
Ines. ¿Qué tiene usted? ¿Ha tenido
algun disgusto?
Pedro. Me siento
un poco malo. ¡Qué sotas
tan malditas!
Tesifon. El sereno
le habrá resfriado. Ya:
si esos cucuruchos negros
solo tapan la piojera.
Pedro. Me han dejado sin dinero:
vaya, si no he visto manos
como las del tal banquero.
Jamás dió la chirimía
ni la facha, que es mi juego.
Ines. Diga usted qué le parece
de este manton.

Se levanta, i se lo enseña.

Pedro. Que es mui bueno
Ines. Veinte onzas me ha costado.
Pedro. Si fuera mio, ¡qué presto (*ap*)
lo trasmutara yo en oro!
Ines. No esté usted por Dios tan serio.
Pedro. Tengo dolor de cabeza.
Tesifon. Si lleva sobre el celebro
una cola de caballo,
no ha de dolerle.
Pedro. ¡Qué necio!
¿Por qué no se mira usted
con ese gorro?

Tesifon. Confieso
que el gorro no está ya en moda,
pero traigo el casco fresco.

Sale Pepa Señorita, doña Tecla
dice que por un momento
suba usted.

Ines. Voi al instante:
señores, al punto vuelvo. *(vase.)*

Pedro. Si pudiera desquitarme.
¿Pero con qué, sino tengo
para comprar una soga?

Tesifon. Porque este don majadero
no enrede conversacion
conmigo, voi al momento
á plantarme en lo del rei.
Si enderezaran el cuello
los del bigote i la pera,
qué dirian al ver estos
matachines, ni bien moros,
ni bien castellanos viejos. *(vase.)*

Pedro. Solo me miro, i el diablo
me está tentando. ¿A que vendo
el manton? Con quince onzas
que me den me voi al juego:
pongo cuatro sobre un rei:
cayó á la izquierda, le tuerzo
un poquito, vino al golpe:
paz de doce, dicho i hecho:
cobro veinte i cuatro onzas:
tomo la puerta: le merco
á doña Ines un manton
mucho mas rico, i me quedo
con diez ò doce medallas
para ganar otras ciento.
Yo le echo el guante: ya está
en franquia; pues larguemos
las gavias, i buen viage.

Sale Pepa. ¿A dónde vá usted corriendo?

Pedro. Voi tras de don Tesifon,

pues se lleva...

Pepa. ¿Qué, don Pedro?

Pedro. El manton: vuelvo al instante. (*vase.*)

Pepa. ¿Qué intentará ese estafermo?
Señora, señora.

Sale Ines. Pepa,
¿por qué das voces?

Sale Nicol. Mi dueño.
¿á dónde está ese elefante
para que me dé el dinero?

Ines. Ya se fué.

Pepa. Si se ha llevado
el manton.

Ines. ¿Qué estás diciendo?

Pepa. Don Pedrito lo atisbó,
i partió tras él.

Ines. ¡Qué un viejo,
un mueble tan despreciable
me haya burlado! Mas siento
el chasco yo que el manton.

Nicolasa. ¡Miren el don esqueleto
como supo ser tunante!
¿Si acaso será su abuelo
el rei de Angola? Zarazas,
que la indignidad se ha hecho
arte liberal.

Ines. Si logro
echarle la vista, tengo
de ponerle como un trapo.

Nicolasa. I dígame usted, salero,
¿quién me paga á mí la prenda?

Ines. El la pagará.

Nicolasa. Ese pleito
á usted le toca, mis ojos;
porque yo no quiero cuentos
con la señora justicia.

Ines. Pues yo no tengo dinero.

Nicolasa. ¿No tiene usté, i me parece
la emperatriz de Marruecos?

Vaya, vaya, muchos moños,
muchos untos en el pelo,
i estarân hasta las moscas
en ayunas

Ines. ¿Cómo es eso?
¿A mí tales insolencias?

Nicolasa. ¿Ya se atufa, i ahora empiezo?
¡Caramba con las usías,
que porque tienen dos dedos
de color en el hocico,
quieren las tengan respeto!

Ines. Advierte que estás hablando
con doña Ines Mondoñedo,
viuda de un capitan..

Nicolasa. De gallinas: fué un sugeto
mui conocido en su casa:
puf, como apesta un regüeldo
de nobleza de averia.
Por Dios niña, que doblemos
esa hoja que está puerca,
i hablemos de mi dinero:
¿quién me paga?

Ines. Yo no pago,
i así vé á un juez.

Nicolasa Ya estoi viendo
que el manton ha de volverse
sotana.

Pepa. ¿A mi ama?

Ines. Presto
vete á la calle.

Nicolasa. La trenza
he de cortarle primero.

Sale Tesif. ¿Qué ruido es este, señoras?

Nicolasa. Solo esa cara de cielo
serenarà la borrasca.

Ines. Usté es causa de este esceso.

Tesifon. ¿Yo la causa?

Ines. Si, pues, falso,
mezquino, vil i grosero,

se ha llevado usté el manton,
dejándome en el empeño
de pagarlo.

Tesifon. ¿Yo, señora,
tengo cara de ratero?

Nicolasa. De ratero no, de galgo,
segun la carrera en pelo
que usted dió con el manton.

Tesifon. Hoi es dia de bureo:
vaya, sóplenme este ojo.

Nicolasa. Con la boca de un mortero.

Tesifon. La verdad: ¿cuánto ha caido?
¿para qué son los misterios?
Ya se vé, se seca el pico,
i es preciso un refrigerio.

Ines. Vàyase mui noramala,
deslenguado, desatento?
¿Cómo viene á chancearse
despues de un hecho tan feo?

Tesifon. Si ustedes no hablan de veras.

Ines. Cómo no, cuando don Pedro
viò que tomó usté el manton.

Tesifon. Don Pedro es un embustero:
él le habrá echado la uña,
i aun á estas horas apuesto
que lo tiene encapillado
la sota de copas.

Pepa. Bueno,
don Pedro llega.

Sale D. Pedro Señora,
beso á usted los pies.

Ines. Me alegro
que haya usted venido

Tesifon. Y yo

Nicolasa. Dígame usted cuantos dedos
destacó contra el manton.

Pedro. Aun me parece lo veo
levantarse de la silla,
despues de dar un bostezo,

dar á la mesa tres pasos,
quitarse el gorro, i abriendo
las diez uñas, cepillarse
la calavera en tres credos.
Entónces dejó caer
con disimulo el sombrero,
i al levantarlo cogió
el manton à un mismo tiempo.
Luego, sacando la caja,
tomó la puerta mui serio,
marchando al compás de un sorbo
de rapé, mayor que un trueno.
Diga usted que no lo ví.

Tesifon. Basta ya de manoteo,
que me parece usté un mico.
¡Habrà mayor embustero!

Pedro. ¿Yo embustero?

Tesifon. Si señor,
que lo he dicho i lo mantengo.

Pedro. Si no estuviera en la casa
de una señora...

Ines. Don Pedro,
deténgase usted.

Tesifon. Que saque
el cuchillito, i veremos
si de una coz no le zumo
el ombligo para dentro.

Nicolasa. Antes que venga la guardia
deme usté aqui mi dinero.

Sale doña Isabel con el manton puesto.

Isabel. ¿Qué es esto Ines? Me parece
que disgustada te encuentro.

Ines. Ha sido con la criada.
No te sientas?

Isabel. Solo vengo
á que veas el manton
que me ha llevado un sugeto.

Ines. ¡Qué miro!

Pedro. Ahora se habia

de descubrir el enredo.

Ines. Es mui rico. Nicolasa,
¿qué te parece?

Nicolasa. Estupendo
Mi niña, perdone usted,
i en un instante saldremos
de una duda.

Se lo quita, i lo mira.

Isabel. En hora buena.

Nicolasa. El mismísimo: me alegro:

Lo empieza á doblar.

pan perdido vuelve á casa
i cuélguele á san Alejo
el milagro.

Isabel. ¿Qué hace usted?

Nicolasa. Doblarle, que así su dueño
me lo entregó.

Isabel. Venga acá,
que con nadie me chanceo.

Nicolasa. Ni yo tampoco, señora.
i para otra vez le advierto
que no se ponga jamás
prendas robadas, á riesgo
de que en medio de la calle
la deje su dueño en cueros,
i represente usté entonces
la blanca del cuerpo negro.

Isabel. ¿Qué es esto, Ines?

Ines. Una prueba
de tu vil procedimiento.
¿Cómo te atreves, traidora,
á recibir los obsequios
de un hombre que me visita...

Isabel. ¿Recibir? ¿De qué sugetò?

Ines. De un hombre vil, de un infame
que mientras con fingimientos
me pretende, á tí te lleva
los regalos que me ha hecho
Cúbrase usted de vergüenza

mirando ya descubiertos
sus engaños.

Tesifon En mi vida
he gastado chicoleos
con esa niña, i sino
diga usted; ¿yo en algun tiempo
le eché paja ni cebada?

Isabel. Ni mi gusto es tan perverso
que á semejante espantajo
le entregara yo mi afecto.

Tesifon. Hace usted bien; porque yo
enamorara primero
á la Paruleti, que
á usted con aquesos quiebros.

Isabel. No me importa, don Fantasma.

Tesifon. Tampoco á mí, doña Escuerzo:
con que patas.

Ines. De qué sirven
los disimulos?

Pedro. Yo pienso
escurrirme poco á poco.

Isabel. Satisfacerme no quiero:
venga mi manton i á Dios.

Nicolasa. ¿El manton? Ya tiene pelos
el asunto: veinte onzas
me parece mucho peso
para su cabeza.

Isabel. Venga,
que ya se me va encendiendo
la sangre.

Nicolasa. Pues vida mia,
à bien que hai pozo allá dentro
para echarse de cabeza;
i sino tome al momento
la calaguala que es fresca.

Isabel. Ya esto es mucho: ¡vive el cielo
que de mí no han de burlarse!

Nicolasa Só puerca, ya lo veremos.
Se quieren agarrar.

Ines. Nicolasa..
Pedro. Paz, señoras...
Tesifon. Dejarlas que se den recio.
Sale don Juan.
Juan. ¿Qué es esto, doña Isabel?
Isabel. Ha venido usté à buen tiempo,
don Juan mio.
Pedro. Ya hemos dado
con el embrollo en el suelo.
Juan. Qué es el disgusto?
Isabel. Que dicen
que el manton ha sido obsequio
del señor, i que es robado.
Juan. No es así, porque á don Pedro
se lo compré en quince onzas
i aqui le traigo el dinero.
Tesifon. Acabáramos con tantos
gritos, embrollos i enredos.
Señor don Pedro ó don diablo,
pintenos usté el suceso
con todas sus circunstancias,
pues tambien sabe usté hacerlo.
Ines Yo estoi aturdida!
Nicolasa Vaya,
que es usted en el comercio
desgraciado: ¡pobre hombre!
Ea, busque ustè un barbero
que le afile bien las uñas
pues ya no agarran al vuelo.
Ines. Si hubiera yo conocido
quien era usted, nunca asiento
le hubiera dado en mi casa:
ya le conozco i le ordeno
no pise mas mis umbrales.
Pedro. Esto yo me lo merezco:
yo, que elegí aquella sota
maldita. De mí reniego. (*vase*)
Isabel. ¿Estàs satisfecha?
Ines. Sí.

Ai don Tesifon! mi yerro
perdone usted.

Tesifon. ¡Ai doña Ines,
que ya escarmentado quedo!
Vaya usted con Dios, i busque
un majito, un chuchumeco,
que la mime, i que la estafe.

Ines. Desde este instante prometo
no darle silla á ninguno.

Tesifon. Yo juro no ser cortejo,
pues conozco que es oficio
solamente de muñecos.

Isabel. ¿Y con què manton me voi?

Juan Con el que trajistes puesto,
que yo lo compro.

Nicolasa La plata
por delante, caballero;
que este manton se hizo en martes,
i es dia aciago.

Juan. Entiendo:
tenga usté esas quince onzas,
i venga usted por el resto.

Todos. Y aquí acaba este sainete,
perdonad sus muchos yerros.

FIN.

EL BAILE DESGRACIADO

Y EL MAESTRO PEZUÑA.

PERSONAS.

D. Jaime.	Doña Petra.
D. Pedro.	Doña Jacinta
D. Mateo.	Doña Isabel.
D. Antonio.	Doña María.
D. Diego.	El Maestro Pezuña.
D. Juanito.	Roque.
D. Luisito.	Retaco, jorobado.
D. Miguel.	Teresa.
D. José.	Un mozo que no habla.

EL BAILE DESGRACIADO

y el Maestro Pezuña.

La escena es una sala corta con una mesa al foro con botellas, copitas i platos; la cortina de enmedio figura el entra i sale del baile que se hace dentro: aparecen doña Petra sentada en una silla i don Luis con una rodilla en tierra teniendo un vaso de vino donde moja doña Petra un vizcocho. Don Miguel i doña Jacinta en una esquina del teatro sentados haciendo lo mismo: Roque de majo i Teresa con un niño en los brazos haciendo lo mismo junto á la mesa en pié, doña María en otro lado sentada, i don Mateo brindándole con el vaso para que él beba.

Mateo. Para el histèrico, dicen
que es el vino buen remedio.
Maria. ¡Jesus! aparte ustè el vaso
que solamente de olerlo
me aprieta el dolor.
Mateo. Y á mi
se me mitiga bebiendo.
Miguel. Crea usted que deseaba
poderle hablar en secreto,

dos palabras.

Jacinto. ¿Cuáles son?

Miguel. Que ha mucho que la requiero.

Jacinta. ¿Desde esta noche?

Miguel. No hai tal,
si sabe usted que ha mas tiempo.

Jacinta. Soi mui flaca de memoria.

Luis. Dice usted mui bien los versos:
¡válgame Dios! como es
aquel paso... Ya me acuerdo:
el de Cleopatra.

Petra. ¡Qué lindo!
por esta entrada me muero:
Marco Antonio imprudente,
para con los cobardes mui valiente... (1)
Eccetera.

Luis. La otra noche
lo hizo usted con tanto afecto
que me enamoré de usted.

Petra. ¡Jesus, qué hombre tan chancero.
Y segun el clarin armonioso,
para con los cobardes venturoso. (2)

Luis. Bendita sea tal boquita.

Petra. No sea usted zalamero.

Sale don Pedro de bastonero sin sombrero.

Pedro. Pues, luego lo dije yo!
todos se vienen adentro,
i despues mas que se lleven
los diablos al bastonero.

Miguel. Si estàn tomando un vizcocho.

Pedro. La contradanza es primero.

Miguel. Vamos á ponerla

Jacoba. Vamos. (*vanse los dos.*)

Pedro. Señores, no pierdan tiempo.

Petra. Esta señora no baila.

(1) Versos de los ASPIDES DE CLEOPATRA, comedia de don Francisco de Rojas.

(2) Idem idem.

Pedro. ¿Pues qué hace?
Petra. Represento.
Pedro. Venga usted, doña Maria.
Maria. Tengo un flato en el celebro.
Pedro. Yo rabio! Jesus qué gente!
Teresa. Hombre, toma este muñeco,
i no bebas.
Roque. Tenlo tù,
porque esta noche lo estrello.
Mateo. Quién es? (*llaman.*)
D. Pezuña. La ronda del cisco;
ábrame usted, don Mateo.
Roque. Si es el maestro Pezuña.
Mateo. Pues abre pronto.

(*Abre la puerta de la derecha que estará desde la primera escena cerrada, i sale el Maestro Pezuña de majo antiguo, con gorro, capa azul con galon y sombrero blanco.*)

Pezuña. Laus Deo.
Mateo. Señor Pezuña; pues como
por estos barrios ¿qué es esto?
Pezuña. Naa, pasaba por la calle
i como oí el chinchorreo
del vigolin, vengo á ver
si sirvo de algo.
Mateo. Me alegro
que haya usté entrado; al instante
deje la capa y sombrero,
i encárguese de la puerta.
Pezuña. Cuenta con el castoreño
no se me machuque. (*lo da á Roque.*)
Roque. Aqui
hai clavo donde ponerlo. (*lo cuelga.*)
Mateo. En no siendo conocido
no abra usté à nadie.
Pezuña. Yo huelo
por el ojo de la llave

la gente. Iré componiendo
la pipa: hai un trago?

Mateo. Mucho.

Pezuña. Verá usté un hombre derecho.

Roque. Venga usté acà. (*á la mesa.*)

Luis. Si usté quiere,
mañana mismo le ofrezco
ajustarla en el teatro.

Petra. Hijo mio, no me atrevo,
porque tengo un tio sastre
i un primo ropavejero,
i al instante se opondrian.

Luis. Qué lástima! Yo lo siento.

Petra. Y usted representa?

Luis. Mucho.

Petra. Si quiere usted que ensayemos
aquel pasito....

Luis. Mas dónde?

Petra. En el patio.

Luis. Vamos presto.... (*vanse.*)

Maria. Ai don Mateo de mi alma!

Mateo. Qué tiene usted?

Maria. Que me muero!

Mateo. Quiere usté acostarse un rato?

Maria. Ai què punzada!

Pezuña. Què es eso?

Mateo. Un dolor

Pezuña. Se habrá enflautao
alguna tripa: al momento,
si quié usted ponerse buena
agarre una estopa ardiendo
i aplíquesela al ombrigo
sufriendo bien el resuello,
i usted me dará las gracias.

Maria. Eso es un boton de fuego;
Dios me libre.

Mateo. Recostada
se aliviará.... (*se la lleva.*)

Roque. Marcha adentro

i duerme ese niño. (*vase con él.*)

Teresa. Voy.

Pezuña. Compadre, y este festejo
á qué santo es?

Roque. Mire usted,
¿conoce usté á un caballero
llamado don Jaime?

Pezuña. Mucho:
¿no es un señor pelinegro,
trigueñito, que ahora poco
tuvo catarro en los huesos
i estuvo cuarenta dias
tomando leche en el Puerto.

Roque. Yo creo que fué en Chiclana.

Pezuña. Bien, ó seria mas lejos.

Roque. Pues compadrito, ese paga
el fandango.

Pezuña. Mui bien; pero
sobre qué carga de agua?

Roque. Por obsequiar á un sugeto,
de quien está enamorado.

Pezuña. No hable usted mas, ya comprendo.
Esta niña, no podrá
tener en casa el jaleo.

Roque. Si no entran allí calzones,
sino los de un tal don Diego
padrino suyo.

Pezuña. Ya sé,
i por eso don Mateo
presta su sala.

Roque. Es amigo.

Pezuña. Y acà somos los porteros?
pues tenemos buen oficio.

Roque. Compadre, quién piensa en eso,
echemos un trago.

Pezuña. Jui!
aun me acuerdo de mis tiempos.

Roque. Que llaman. (*llaman.*)

Pezuña. No están en casa.

D. Retaco. Abra usted con dos mil cuernos.
Pezuña. No hai por acá esas ganzuas.
D. Retaco. Dígale usté á don Mateo
que està ahí, Retaco.
Roque. Abra usted,
que es el famoso bolero.
Pezuña. Es saltaor? pues que entre
á ver si se rompe un hueso.

(*Abre i sale* Retaco *con jorobas, vestido de majo, y se quita la capa i montera.*)

Retaco. No me han conocido ustedes?
Pezuña. Si vienes entre dos cerros
metido como querias
que se conociese el eco?
Retaco. Hai gente de avío?
Roque. Toma!
si hai muchachas como cielos.
Retaco. Buenas mozas? hui! que toma
que toma, que toma. (*baila.*)
Pezuña. El mueso
se me revuelve de ver
á esa araña haciendo quiebros.
Retaco. Eso es envidia; hui! que toma.
Pezuña. Yo envidia? Si dices eso,
te mato con un gargajo.
Sal. Jaime. Que uno pague su dinero
para quemarse la sangre!
Ya es vergüenza sufrir esto:
por vida de.... quién demonios
ha traido ese mozuelo
del fraque verde?
Roque. No sé.
Pezuña. Desde que tengo el manejo
de la puerta, aqui no ha entrado
nadie mas que ese muñeco.
Jaime. Dónde está Mateo?
Roque. Está

en esa alcoba.

Jaime. Mateo?

Sal. Mat. Qué quieres.

Jaime. Tu has convidado
á ese señor chuchumeco
de lo verde?

Mateo. Yo? ni en chanza.

Jaime. Vaya, si estoi que no veo
de coraje!

Mateo. Pues qué ha habido?

Jaime. Que ese mono está luciendo
en el estrado: por vida....

Mateo. Pero vaya, dí, qué ha hecho?

Jaime. Que le ha quitado á Isabel
el abanico, i mui hueco
se ha sentado á cortejarla.

Sal. Isabel. Señores, tienen congreso?
de qué se trata?

Jaime. De tì.

Isabel. La memoria le agradezco.

Jaime. Con que despues que à mis ojos
estás con ese trastuelo
escandalizando al mundo,
me preguntas lo que tengo?
Vaya que es lindo descoco.

Isabel. Pues todo fué estar haciendo
burla de la contradanza:
por señas que hemos dispuesto
poner una mui bonita.

Jaime. Bailar tú con él? primero
le arrancára el corazon.

Isabel. Si tú bailaras, moreno,
no me atreviera yo entónces.

Jaime. Yo te daré compañero:
Retaco, baila con ella.

Retaco. Vengan de estos caramelos:
ai, toma, que toma, toma. (*baila.*)

Isabel. Vaya, deme usted espejuelos
para ver à mi pareja.

Pezuña. Amárrele usté al pescuezo
una soga, i jale usted
en perdiéndose el muñeco.

Retaco. Si tengo yo aunque chiquito
mas de mil varas de cuerpo.

Isabel. Ya, lo tendrá usted plegado.

Pezuña. Pues, recogido en el pecho.

Jaime. No seas burlona.

Isabel. Mui bien;
una vez que ha dado en eso
que venga, y la marmotita
entre los dos bailaremos.

Retaco. Hai Retaco, que te pierdes.
(*Vase con ella.*)

Jaime. Así quedo satisfecho.

Pezuña. Pero si ese figurin
como no se vé en el suelo
se ha é meter entre los pies
en empezando el enteo
de la contradanza.

Jaime. Y qué
me importa? si lo que quiero
es que no baile con ella
el de lo verde.

Roque. Bien hecho.

Pezuña. Me parece que ese loro
ha venido con deseo
de chocolate; pues cuenta
no le haga yo con un leño
tocar la trompeta.

Mateo. No,
yo no quiero en casa estruendo.

D.ª Isabel. Deténgase usted don Juan.

D. Juan. He de aplastarle los sesos.

Todos. Que lo matan.
(*Sale Retaco rodando.*)

Retaco. Ai, que me ha roto
este primer contrapeso.

Todos. Que ha sido eso, Retaco?

Retaco. Que ha lucido con mi cuerpo
el de lo verde.

Jaime. Qué dices?

Retaco. Que apenas entré allà dentro
i me puse á la cabeza
de la contradanza, haciendo
para templarme una octava
i algunos escobeteos;
cuando el señor de lo verde
me dijo, haciéndome un gesto
de Sayon, ¿qué hace usté aqui
entre los hombres? Si tengo
un chisme entónces, lo birlo,
pero yo con un meneo
natural, le respondì
que yo no aguantaba juegos
Pero entonces el tunante
sin darme siquiera tiempo
de correr, alzó la pierna
i me pegó en el trasero
tal puntapié, que rodé
como si fuera un muñeco.
Por vida! que me suceda
esto à mí! mas lo que siento
es el que me asegundó.

Pezuña. Con el pié?

Retaco. Toma! en el mesmo
sitio, de modo que vine
hasta aquí dando mil vuelcos.
Vaya! lo mato esta noche.

Jaime. Déjame, que ese monuelo
ha de espirar á mis manos.

Mateo. Por Dios, no escandalizemos
el barrio.

Pezuña. Silencio todos,
que yo sabré componerlo
con prudencia.

Jaime. De qué suerte?

Pezuña. Poniéndolo con salero

en la calle. Sonsoniche.
Vaya usted Roque, allá dentro,
i digale á ese mozito
que quiere hablarle el maestro
Pezuña.

Roque. Voi al instante. (*vase.*)

Pezuña. Pa que es aguar el festejo.
Ya verán como se vá
lo mismito que un cordero.

Jacinto. Y si no quiere?

Pezuña. Yo entonces
lo engancharé con los dedos
por el fondillo i saldrá
volando como un gilguero.

Retaco. Si tengo descuadernado
este lado: me ha deshecho:
toma, que toma, que toma.
(*Baila rengueando.*)
Vaya, sobre que no puedo
mover el pié.

(*Sale don Juan con fraque verde, i Roque.*)

Juan. Quién me llama?

Pezuña. Escuche usté aqui un secreto,
con licencia de too el mundo.

Juan. Qué quiere usted? (*gritando.*)

Pezuña. Mas dequeo:
quién ha traido á usté aquí.

Juan. Estos dos pies.

Pezuña. No gastemos
saliva en valde.

Juan. Y por qué
solicita usted saberlo?

Pezuña. Porque si usted no ha venio
con nenguno, en el momento
vá usté á plantarse en la calle,
que se lo pie el maestro
Pezuña, i no es regular

que nadie lo deje feo.

Juan. Y cuándo ha sido bonito?

Pezuña. Baje usté el pico.

Juan. No quiero. (*recio.*)

Pezuña. Hombre, mire usted que el fraque
me lo he poner por culero.

Juan. Vaya usted muy noramala,
so pillastro, desatento.

Pezuña. Ea, que le quiere pegar
á Pezuña! ai qué salero!
mono, ¿sabes con quien hablas?

Juan. Con un baladron.

Pezuña. Corriendo
nájate, pájaro verde,
mia que se me và subiendo
la cólera á las manazas,
i de un sopapo te estrello.

Juan. Será como este? (*le dá uno.*)

Pezuña. Ea, vaya,
se está el niño ivirtiendo
conmigo: pues ea, à la calle.

Juan. Ya le he dicho que no quiero:
váyase de aquí. (*lo echa á rodar.*)

Pezuña. Tunante
verás un hombre derecho.

Juan. Ya me canso de aguantar
tonteras; abra usted presto.

Pezuña. Esto se hace de este modo.
(*Abre la puerta.*)

Retaco. Antes que salga, tenerlo,
le pagaré el puntapié.

Juan. A mí echarme? Vive el cielo
que á silletazos.... (*toma una.*)

Matco. So mono,
en mi casa atrevimientos?

Retaco. Voi à ver si hallo un demonio
con que aplastarle los sesos. (*vase.*)

Juan. Vive Dios!

Roque. Dejadme á mí!

Pezuña. O te najas, ó te estrello:
nájate, pájaro verde.
(*Salen todos los del baile.*)
Isabel. Jaime, detente.
Todos. Qué es esto?
Mateo. So tunante, ahora verás.
Maria. Por Dios, señor don Mateo.
(*Sale Retaco con un desollinador.*)
Retaco. Yo solo basto, apartarse
veràn como me meriendo
à ese don Líquido:
Pezuña. Mira
que te veo i no te veo,
si tardas mas en largarte.
Roque. Ya yo la silla le tengo;
echarlo.
(*Va por detrás i le quita la silla.*)
Mugeres. Por Dios, señores.
Juan. Tantos contra uno indefenso. (*vase.*)
Todos. Afuera.
Mugeres. Que no le maten.
Mateo. Echad la llave.
Pezuña. Silencio,
(*Cierra la puerta Pezuña.*)
que ya yo le eché à la calle
á ese mono, con que pecho,
i divertirse, que á bien
que si vuelve, me lo meto
en la pipa, i á las cuatro
fumadas, ya no hai sugeto.
Todos. Qué golpes! (*llaman.*)
Roque. Quién llamará?
(*Mira por el ojo de la llave.*)
Pezuña. Lo sabremos en abriendo:
otra vez el de lo verde
viene, i con él, cuando menos
otros cuatro verderones:
pero naide tenga miedo
que aquí está un hombre: al instante

venga mi capa i sombrero
que yo voi à salir fuera, (*se la pone.*)
á comerme à ese muñeco.
Quién de ustees quiee prestarme
un trabuco naranjero?

Hombres. Esta noche hai mil tragedias.

Pezuña. Mas yo solo basto.

Mugeres. Ai cielos!
(*Lo agarran todas.*)
no salga usted.

Pezuña. Es preciso.

Mugeres. Señor Pezuña...

Pezuña. Silencio:
por quien me lo pien ustedes?

Mugeres. Por nosotras.

Pezuña. Ya no puedo
salir; vean aqui un hombre
cojido por los cabellos:
ai que me crujen dientes!

Pedro. Señores, vamos adentro. (*llaman.*)

Todos. Ai que vuelven á llamar!

Mugeres. Que echan la puerta en el suelo.

Jacinta. Ai, san Antonio bendito! (*cae.*)

Petra Ai que susto!

Isabel. Yo me muero! (*cae.*)

Jaime. Isabel mia, mi bien,
vuelve en ti, querido dueño.

Petra. Ai, que tambien quiere darme:
un hombre, un hombre corriendo
que me da, que me da.

Teresa. Echando,
(*Llaman recio.*)
están la puerta en el suelo.

Petra. Quién me tiene? que me dà,
don Luisito, don Mateo:
ya me diò: Jesus mil veces! (*cae.*)

Mateo. Téngala usted.

Luisito. Yo no quiero.

Dent. José. Abra usted.

Retaco. Si es el rondin,
abran no tengan recelo.
Pedro. Lo conoces?
Retaco. Lo mismito
que á usted.
Mateo. Señor don Anselmo,
es usted?
Dent. José. Yo soi.
Mateo. Pues abran.
Pezuña. Si es otro me lo meriendo.

(Abre Pezuña i sale don Juan i don José con espadas desnudas, tirando palos: ruedan las luces, i queda obscuro: las mugeres desmayadas se levantan i se apiñan todas á la izquierda, los hombres huyen menos Retaco i Pezuña.

Juan. Tunantes, esto queria. *(palo.)*
Pezuña. Pero si yo naa tengo
con ustees.
Mugeres. Ai que se matan!
Todos. Huyamos todos adentro. *(vanse.)*
Retaco. A la guardia. *(grita temblando.)*
Pezuña. Esta es la mesa:
aqui debajo me meto
no venga un palo, i me rompa
la cofaina de los sesos. *(métese.)*
José. Juanito, dónde te encuentras?
(A media voz.)
Juan. Dí qué quieres, compañero?
aquí estoi.
José. Vámonos pronto
porque à los gritos recelo
que venga el rondin.
Los dos. Pues vamos.
(Vase buscando la puerta.)
Retaco. Ai que me he roto este hueso
con la mesa: pero à bien
que bajo de ella me puedo

esconder.

(Va à meterse i topa con Pezuña.)

Pezuña. Fuera de aquí,
ò vive Dios que le meto
diez balas en el ombligo.

Retaco. Ai, que el nido está ya lleno:
pero este será un cobarde
como yo: salga de ahí presto,
ó lo mato.

Pezuña. Por san Pito
que estoi sudando de miedo:
retírese ó lo despanzo.

Retaco. Lo ensarto como un buñuelo.

(Salen todos los hombres.)

Mateo. Un farol traen.

Jaime. Serà ronda.

Luisito. Los otros se van huyendo.

(Salen don Diego i un mozo con un farol.)

Diego. Qué es esto? no hai luz aqui?

Retaco. Señor Pezuña?

Mateo. Qué veo! *(Aclara todo.)*
un hombre como un trinquete
está escondido? Qué es esto?

Pezuña. Como me cansé de estar
toda la noche derecho
quise doblarme un ratito.

Retaco. Sí, too es miedo.

Pezuña. Qué miedo?
si el tunante de lo verde
se me escapó de los deos,
i se metió tras la mesa.
Yo entonces me agacho, llego,
le echo esta mano á una pierna,
esta al gaznate, le aprieto,
i le dije, só tunante
de cariá no te pego
la lengua contra la tierra,
vete á la calle corriendo.
El se levantó temblando,

se fué con sus compañeros,
i yo me queé toavía
tomando un poco el resuello.

Jaime. Se ha portado usted.

Pezuña. No dije
que aquí está un hombre derecho?
á que no vuelve?

Jaime. Por fin,
qué busca usted, caballero?

Diego. Llámenme à doña Isabel.

Mateo. Yo discurro que està dentro:
doña Isabel? (*Salen todas.*)

Isabel. Ya se han ido?

Diego. Acérquese usted.

Isabel. Qué veo?
Padrinito de mi alma!

Diego. Con que se va usté à bureo,
sin decirme nada?

Isabel. Como
me hizo Petra tantos ruegos.....

Diego. Qué buena alhaja es usted.

Isabel. Yo padrinito....

Diego. Si tengo
quien siga todos sus pasos.
Vamos, tome usted corriendo
la mantilla, vàmonos.

Isabel. Tráela, Roque. (*vase Roque.*)

Jaime. Estoi ardiendo!

Pezuña. No se vayan.

Teresa. Yo no aguardo
un minuto.

Petra. Ni yo quiero
nada con hombres que dejan
revolcarse como un perro
à una señora de honor.

Luisito. Sírvate, pues de escarmiento
para no armar otro baile,
pues siempre en tales festejos
todos se divierten, mientras

rabia el que larga el dinero..

Jaime. Ya lo sé para otra vez.

Pedro. Pues á tomar los sombreros.

Pezuña. Vamos, i ninguno tema
que va aquí un hombre derecho.

Todos. I aquí da fin el sainete
perdonen sus muchos yerros.

FIN.

LOS PALOS DESEADOS.

PERSONAS.

Don Anastasio. Don Pedro.
Rosaura. Perico.

Calle con puerta transitable.—Sale don Anastasio, trayendo como por fuerza á Rosaura, despues don Pedro acechándolos.

Anastasio. Anda sobrina, no vayas
volviendo atras la cabeza:
las mugeres de tu clase,
que en la calle se presentan,
han de ir con modo.
Rosaura. Jesus!
i qué tio tan postema!
Si voi de prisa, se enfada
si ando despacio, patea:
si vuelvo la cara, gruñe;
i si me rio se emperra.
Anastasio. Ven muchacha.
Rosaura. Poco á poco,

que este zapato me aprieta.

Anastasio. No vuelvas atrás la cara.

Rosaura. Dale con la impertinencia.

Anastasio. Vamos, anda.

Rosaura. Ai, mi abanico!

Pedro. Señorita, pues mi estrella
me proporciona esta dicha,
vuelva usté á tomar su prenda
de la mano de un criado,
que desea complacerla.

Rosaura. Conózcame usted tambien
por su servidora, i crea
que estoi tan agradecida...

Anastasio. Calla i no digas simplezas.
Caballero yo os estimo
la atencion. No te detengas.

Rosaura. Esa es mi casa, i asi
puede usted favorecerla
cuando guste.

Anastasio. Anda demonio.

Rosaura. No quiero ser desatenta.
Ai, mi zapato!

Anastasio. ¿Tú quieres
acabarme la paciencia?

Pedro. Perdone usted, señorita,
que ose tomar mi fineza
este gracioso despojo
de un piececito que...

Anastasio. Venga,
usted viva muchos años.

Rosaura. Hai mui pocas escaleras,
suba usted.

Anastasio. Ven, picarona,
ò te rompo la cabeza.

Rosaura. Mi mantilla, mi mantilla.

Pedro. Este criado la lleva.

Anastasio. No señor: démela usted.

Rosaura. Deje usted que suba.

Anastasio. Perra,

yo haré que tengas juicio.

Rosaura. Que se me caen las medias.

(*Entran por la puerta, Rosaura como por fuerza.*)

Pedro. Qué infeliz soi! No he podido
entender ninguna seña,
ni tampoco preguntarla
á cual hora podré verla.
Si viniera mi Perico,
es dable que discurriera
alguna de sus marañas
para lograr lo que anhela
mi corazon, mas èl viene,
Perico, Perico.

Sale Perico. Bestias,
zoquetes, zotes...

Pedro. Perico.

Perico. Bolos, tarugos, badeas,
todos sois unos borricos,
i si os pillara en la escuela
de Salamanca...

Pedro. Perico,
¿qué viene à ser esa arenga?

Perico. Yo iré á mi casa por armas. .

Pedro. ¿I para qué son? Sosiega.
¿Estás, hombre, endemoniado?

Perico. Señor, la barba me tiembla.

Pedro. ¿Con quién dabas esas voces?

Perico. ¿Con quién? Con esa caterva
de estudiantes, mas jumentos
que toda mi parentela.

Pedro. ¿I no podremos saber
sobre qué era la contienda?

Perico. Sobre cierta contusion.

Pedro. Conclusion dirás, gran bestia.

Perico. Si señor, eso seria,
porque gritan i vocean
sin parar jamás.

Pedro. ¿I acaso
sabes tú de controversias?

Perico. No lo he de saber, si anduve
diez meses en esa gresca.
Pedro. Pero ¿dónde has estudiado?
Perico. En Salamanca, esa tierra
donde con una sotana
i un manteo de bayeta
sabe un hombre mas latin
que cualquier gata maltesa.
Pedro. Con que has cursado las aulas?
Perico. I las cursaba de perlas:
porque les llevaba el agua
en una mula gallega.
Pedro. Acabarás con mil santos.
Perico. Pues no lo tome usté á fiesta?
¡Oh, si usted hubiera visto
siempre que entraba en la escuela
cuàntos tomates en folio
llovian sobre mi cabeza!
Ya se vé: no he de tener
los cascos llenos de ciencias
si por mas de cien chichones
me reventaban las letras.
Pedro. Cada letra de las tuyas
es mayor que una carreta.
Perico. Pues dígame usted, ¿primero
qué es, la forma ò la materia?
Pedro. La materia, bruto.
Perico. Vaya,
usted es niño de teta
para mí. ¿I por cuántos años,
ya que usted tanto me aprieta,
ha estudiado?
Pedro. Diez i ocho.
Perico. ¡Qué lástima que no fueran
los diez i nueve cabales!
Pedro. Bestia, ¿por qué?
Perico. Porque fuera
usted el macho mas bien
adoctrinado.

Pedro. Babieca!

Perico. Si dice usted que primero
i ante todo es la materia,
siendo primero la forma:
i sino, voi á la prueba.
El otro dia corriendo
tras de una moza gallega
por la calle, con tal furia
tropezé con una piedra,
que al zapato, del dolor
se le descosió una suela.

Pedro. Hombre, ¿què tiene que ver
el zapato con la ciencia?

Pedro. Deje usted que yo concluya,
i verà la consecuencia.
Pues señor, el remendon
al punto que con la lezna
le dió en la herida seis puntos,
me pidió media peseta
por la cura: yo le dije
en castellano seis letras:
que es ladron: pero irritado,
llevò á mal la cuchufleta,
i enarbolando la forma,
sin andar en etiquetas
de recibe, ni te pego,
me la tiró á la cabeza.
Ya se vé; yo quedé absorto
de contemplar su franqueza,
i haciendo dos cortesías
fui á casa de un sacamuelas
con la boca mui cerrada,
pero la mollera abierta.
Mire usted despues de hacer
de la triste calavera
un calvario, me sacó
entre la sangre una flema,
que parecia agua blanca.

Pedro. Eso seria materia,

Perico. ¿I por qué materia se hizo?
Pedro. ¡Qué pregunta tan discreta!
Por el golpe de la forma.
Perico. Pues siendo de esa manera,
pruebo; con que *zapaterus*
tirabit formam in testam,
et cirujanis sacabit
cum ferro materiam meam·
luego primero es la forma,
i despues es la materia.
Pedro. Tienes razon: mas dejando
disparates que molestan,
bien sabes que por Rosaura
padezco indecibles penas,
que la adoro, la idolatro...
Perico. Pues cásese usted con ella.
Pedro. Contigo yo...
Perico. ¿Què decis?
Pedro. Digo que enviarla quisiera
un billete, por saber
á cual hora podré verla.
Perico. I que por dar el papel
el viejo me dé sesenta
garrotazos: yo no voi.
Pedro. ¿Harás por mí esta fineza?
Perico. Seguro está.
Pedro. Pues qué temes?
Perico. Los palos que el tio me diera,
que es un diablo.
Pedro. Te prometo,
como tal cosa suceda,
el darte por cada palo
un peso duro.
Perico. Ya es esa
otra cosa: deje usted
que antes ajuste la cuenta.
Yo valdré puesto en Argel
lo mas, mas, unos cuarenta
pesos, queá cada costilla

le tocan cuatro pesetas;
la mas endeble podrá
resistir si se ofreciera
(salvo sea el lugar) diez palos,
que entre catorce es friolera
lo que les toca de mas,
el espinazo se lleva
la tercer parte; i si baja
la mano por la trasera
hai otro sugeto mas
con quien partir: vaya, venga
ese papel, que diez palos
es un quebrado á mi cuenta.

Pedro. Pues ven, i te lo daré. *(vase.)*

Perico. Hoi me harto. ¡Santa Teresa!
¡Un duro por cada palo!
Si á este precio se vendieran
no digo yo, pero muchos
vestidos de grana i seda
sobre el banco de sus lomos
giraran todas sus letras. *(vase.)*

Salon: sale don Anastasio deteniendo á Rosaura.

Rosaura. Déjeme usted.

Anastasio. Yo no quiero
que te asomes á la reja.

Rosaura. Pero ¿por qué?

Anastasio. Porque eres
tan descocada i tan bestia
que á todos los que te miran
les haces al punto muecas.

Rosaura. Pero si todos me dicen
que soi bonita, ¿no es fuerza
que me ria, i que les dé
las gracias? ¡Pues está buena!

Anastasio. Eso lo dicen por burla.

Rosaura. Vaya, vaya: usted chochea.
Pues mire usted, aquel mocito
que cerca de nuestra puerta
llegó á darme el abanico,

me habló ayer en la alameda;
i si viera usted qué cosas
me dijo!...

Anastasio. Pero gran bestia,
¿qué te dijo? Vaya, dilo.

Rosaura. Si fué un paso de comedia.
Mire usted; primeramente
torciendo así la cabeza,
me miró con unos ojos
tan tiernos... si no me deja
la risa.

Anastasio. Vaya babosa,
¿qué te dijo? No me muelas.

Rosaura. Me dijo, dulce bien mio,
mona mia, amada prenda,
yo espiro por esos ojos
de fuego, por esas cejas
de azabache, i esa boca
mas pequeña que una almendra
porque es usted tan bonita...

Anastasio. Vaya, déjate de necias
alabanzas, i sepamos
en qué concluyò la fiesta.

Rosaura. En que nos casamos.

Anastasio. ¿Cómo?
¡qué desatinos intentas!

Rosaura. Toma, me pidió la mano,
i yo como no soi lerda
ni manca, ¿qué habia de hacer
sino dársela?

Anastasio. ¡Qué bestia!
¡con que se la diste!

Rosaura. Mucho:
¿i por eso usted se inquieta?
Mui buen provecho le haga.

Anastasio. No te rompo la cabeza
porque eres simple: es preciso
hacer hoi la diligencia
de buscar á ese sugeto

para lavar esa afrenta
con su sangre, ó con tu boda.

Rosaura. No se hará el novio de pencas,
porque por casarse está
con tanta lengua de fuera:
i yo si he de hablar verdad,
tengo unas ganas tremendas
de ser novia, porque usted
no me tenga tan sujeta.

Anastasio. Calla esa lengua maldita.
¡Dios mio! Mejor quisiera
tener por sobrina un tigre
que no una tonta... ¿Quién entra?

Sale Perico con un cartabon mui grande que no se vea.

Perico. Dios sea en aquesta casa.
Don Anastasio Viruelas
¿no vive aquí?

Anastasio. Si señor:
yo soi.

Perico. Sea enhorabuena.
Yo vengo...

Anastasio. ¿Quién es usted?

Perico. Yo me llamo Juan de Aprieta,
para servirle.

Anastasio. ¿I qué quiere?

Perico. El maestro Diego Lezna
està en la cama algo malo,
i así me ha dicho que venga
à tomarle la medida
de los zapatos. Dios quiera (*aparte.*)
que me dé cincuenta palos.

Anastasio. ¿I es cosa de consecuencia
la enfermedad del maestro?

Perico. No señor; una friolera
viene á ser: por todo el cuerpo
le ha salido una gragea
perruna, que causa risa
verle tocar la vihuela.
Despues doce golondrinos

le han salido en las aletas,
i por el pescuezo tiene
mas ventanas que troneras
tiene un palomar: es cierto
que está hecho una blasfemia.
Si parece que los pobres
se corrompen mas apriesa.

Anastasio. Lo siento mucho: un zapato
le traeré para que vea
como los quiero.

Perico. Mui bien;
i de camino usted vea
de sacar el mejor vino.

Anastasio. Pues qué, ¿mi casa es taberna?
Estamos buenos. (*vase.*)

Perico. Señora,
este papel.

Rosaura. Venga, venga,
que ya sé quien me lo escribe.

Perico. Don Pedro espera á la puerta.

Rosaura. Pues mira, voi á escribir
dos garabatos siquiera,
para decirle que yo...
que él... que mi tio... que es fuerza,
que es preciso; i concluiré
poniendo el requiem eternam. (*vase.*)

Perico. Vaya, vaya que mi amo
carga con gran damisela.
El viejo viene, ¡ojalá
se digne darme una felpa
para ganar esta plata.

Sale Anast. ¡Este zapato es la muestra:
cuidado con que la punta
sea roma.

Perico. Enhorabuena,
siéntese usté i tomaré
la medida.

Anastasio. Maestro, cuenta...
¡Jesus, i qué cartabon!

Perico. Con este tomo á las bestias
la medida.
Anastasio. Picaron.
¡tú tienes la desvergüenza
de tratarme á mí de bruto!
Perico. Ahora me carga de leña.
De modo, que como veo
que tiene usté un par de tercias
de pezuña, me parece
que no es hacerle una ofensa
el llamarle à usté animal.
Anastasio. Vete á la calle, i no quieras
impacientarme.
Perico. (Este hombre
tiene muchísima flema.)
¿Sabe usted que me dá gana
de pegarle en la mollera
un puñetazo?
Anastasio. ¿A mi, perro?
¿En dónde hai un palo?
Perico. Ea,
ya vá à molerme los huesos.
Anastasio. Agradece á mi prudencia,
que sino con un garrote
te rompiera la cabeza.
Perico. (¡Por vida de los demonios!
pues está buena la fiesta!
vaya, que el hombre es de mármol.)
Pues señor, haga usted cuenta
que sin que me dé esos cuartos,
yo no salgo por la puerta.
Anastasio. ¿Qué cuartos?
Perico. Los que me debe.
Anastasio. ¿Deberte yo?
Perico. Usted me niega
lo que le he dado? Si digo
que es usted la quinta esencia
de la indignidad.
Anastasio. Bellaco,

yo te pagaré la deuda
con una vara.

Perico. Por fin,
ya parece que se altera,
qué gusto! lo menos, menos
sus veinte palos me pega.

Anastasio. Toma, tunante.

Hace Anastasio despues de tomar la vara, accion de darle, aunque no le pega.

Perico. Uno; dos,
tres, cuatro...

Anastasio. Tengo prudencia:
vaya vete, i escusemos
desazones i quimeras.

Perico. Miren con qué sale ahora.
¡Maldita sea mi estrella!
Voi á ver por otro lado.
Si usted me toca siquiera
con un dedo, diré á todos
que desciende de la nieta
de Zabulon.

Anastasio. ¿Yo judío?
Toma por la desvergüenza...

Perico. Dé usted, dé usted...

Anastasio. Yo no quiero;
porque seria una mengua,
que ponga en un vil las manos,
un hombre de mi nobleza.

Perico. A que me vuelvo á la calle
sin ganar un real siquiera.
¿Usted noble? Vaya, vaya:
sin duda que usted chochea.
¿Piensa usted que yo no sé
que fué cochero en su tierra,
despues pregonero en Soria,
i verdugo en Antequera?

Anastasio. ¡A mí este ultraje! Atrevido,
recibe por la insolencia! (*le dá dos.*)

Perico. Uno, dos...

Anastasio. Pero te dejo
por loco: vete, i no vuelvas.
Perico. ¿I me he de ir con dos duros?
Seguro está que me mueva.
Sale Ros. Tio mio, ¿qué ruido es ese?
Anastasio. Este picaron que intenta
sofocarme.
Perico. (Ahora le pico,
como no sea de piedra.)
Por tí es todo, dueño mio,
dame un abrazo, morena,
pùes sabes que te requiero.
Rosaura. Tio, tio, que se acerca,
toma el papel.
Anastasio. Insolente,
¡este agravio en mi presencia!
Toma, infame. (*dale cinco.*)
Perico. Tres, cuatro,
cinco, seis, siete.
Anastasio. Escarmienta
para otra vez. Vete al punto,
que ya mi enojo se tiempla.
Perico. ¿I me he de ir sin una onza?
Rosaura. Váyase el grande tronera.
Perico. Yo no me voi sin decirle
que es borracho de taberna.
Anastasio. Por vida...
Perico. Ladron, cuatrero,
i por remate de cuentas,
ùn soplon.
Anastasio. Si fuera cierto,
las espaldas te moliera.
Perico. ¿Qué haré yo para irritar
á este cachazudo? Fuera;
envidemos todo el resto.
¿A que le mojo la oreja
con saliva?
Anastasio. Indigno vete.
Perico. Vaya este sopapo á cuenta.

Anastasio. ¡Ah perro!
Perico. Ocho, nueve, diez,
once, doce, trece, (aprieta)
catorce, quince, (¡qué punto!)
diez i seis: onza completa.
Anastasio. Ya me canso de pegarle,
busca un diablo que te muela.
Perico. Usted viva muchos años,
i mande usted cuanto quiera. (*vase.*)
Anastasio. Este es un loco: en mi vida
me sofoqué mas de veras.
Rosaura. ¡Qué gracioso estuvo el hombre!
Le volvia la trasera
i usted le estaba cascando
como á los niños de escuela.
Anastasio. Vete allá dentro, bestiaza.
Rosaura. ¿A mí me llama usted bestia?
Pues sepa usted que en sus barbas
le he dado ahora una esquela
para mi novio à ese hombre:
con que así, si yo soi bestia,
usted no se queda en zaga. (*vase.*)
Anastasio. Tú eres tonta ó una culebra. (*vase.*)

La calle del principio: sale don Pedro.

Pedro. Mucho tarda Periquillo...
pero él viene. I bien, ¿qué nuevas
me traes?
(*Sale Perico de la casa.*)
Perico. Tome ésta carta,
i sobre la marcha venga
una onza.
Pedro. ¿De qué, bruto?
Perico. Del resúmen de una cuenta
de diez i seis garrotazos,
que me han destrozado
media quilla.
Pedro. Enhoramala,
que yo no estoi para fiesta.
Lee. Dulce i estimado novio...

Perico. No andemos en cuchufletas,
que me echa el cuerpo mas humo
que si fuera chimenea.
Pedro. Vete de aquí, embusteron.
Lee. Estoi echando centellas
por casarme...
Perico. Yo las echo
dé ver que usted se calmea.
Con que digo: ¿usted parece
que se retracta?
Pedro. No seas
embrollon.
Perico. ¡Cómo embrollon!
¡Caramba! ¿que usted piensa
que le engaño?
Pedro. Ya se vé.
Perico. ¡A Perico tal afrenta!
Eso no: llámeme usted
ladron, borracho, tronera,
pero jamás embustero.
Pedro. Anda á un simple que te crea.
Perico. Esto pasa ya de ultraje,
i asi es preciso dar pruebas
de mi verdad.
Pedro. ¿Dònde vas?
Perico. A vindicar mi inocencia;
que por usted he sufrido
dos carreras de baquetas.
Ah señor don Anastasio!
Don Anastasio.
Pedro. No vuelvas
à gritar.

Sale don Anastasio à la puerta, i Rosaura á la ventana.

Anastasio. ¿Qué buscas, perro?
Perico. Declare usted en conciencia
cuantos palos me ha pegado.
Anastasio. Diez i seis segun tu cuenta;
pero conforme á la mia

te resto cuatro docenas.

Perico. Si usted me los paga á duro
recibiré mas de ochenta.
¿Lo vé usted, señor?

Pedro. Canalla,
yo te cargaré de leña.

Rosaura. Mi novio, mi novio, tio.

Anastasio. Digo: ¿con que usted me inquieta
la muchacha?

Rosaura. Mucho, mucho,
que me tiene casi ciega.

Anastasio. Calla, demonio.

Rosaura. Cabal:
——i si por otra me deja...

Anastasio. ¿A que te tiro un guijarro?

Pedro. Señor, la gracia i belleza
de su sobrina ha rendido
mi corazon, el que anhela
la dicha de ser su esposo.

Rosaura. Lo admito aunque no lo quiera.

Anastasio. Vamos, porque ese demonio
ha de juntar á la puerta
todo el barrio. *(se entra.)*

Perico. Señor mio,
¿quién satisface esta deuda?

Pedro. Anda noramala.

Perico. Bien:
¿usted me paga?

Pedro. No muelas.

Perico. Pues señor, será preciso
devolverle á usted la leña;
i así vaya usted contando. *(dale.)*

Pedro. ¡Ah bribon, que me revientas!

Perico. Cinco, seis, siete, ocho, nueve!

Pedro. Socorro.

Sale Anast. ¿Qué bulla es esta?

Perico. Es que estoi restituyendo
de garrotazos la deuda;
i pues ya no debo nada,

venga el que quiera á mi tienda
le tomaré la medida,
como la tomé á ese bestia. (*vase.*)

Los dos. ¡Ah pícaro!

Anastasio. Si lo cojo
lo haré zampar en la trena.

Rosaura. Tio; que quiero casarme
esta tarde.

Anastasio. Ya no hai fuerzas
para sufrirle: entre usted
para hablar de la materia.

Todos. I aquí se acaba el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

FIN.

LOS NOBLES IGNORADOS.

PERSONAS.

Basilio.	Anton.
Don Fernando.	Felisa.
El tio Melchor.	Jacinta.
El tio Fulgencio.	Teodora.
Bato.	Pastores.
Pascual.	Pastoras.

LOS NOBLES IGNORADOS.

Selva corta con algunas cabañas repartidas por ambos lados: el sol se dejará ver en su primer horizonte sonando el canto de algunos pajarillos, i tocando piano la orquesta el ritornelo del cuatro que abajo se pone, durante él cruzan el teatro algunos pastores conduciendo sus rebaños, que serán unos grupos pintados en cartones; de las chozas saldrán algunas pastoras, unas con cestas, otras con cántaros, i otras con canastos grandes al hombro, entreteniendo toda la escena hasta que acabe el cuatro, que queda el tablado solo.

Música. Pues ya el sol hermoso
nos muestra sus rayos,
i los pajarillos
nos estàn llamando.

Voz 1.ª Pastoras, pastores,
dejad el descanso.

Coro. I todos alegres
vamos al trabajo.

Salen cada uno por su parte Teodora i Jacinta.

Jacinta. No sacas hoi tu ganado?

Teodora. No, porque mala me siento.

Salen Bato por el lado que está Teodora, i Pascual por el lado de Jacinta, i las dos se suspenden.

Pascual. Sol hermoso...
Bato. Rosa fresca...
Las dos. Ai qué susto!
Bato. Soi tan feo,
Teodora, que así te espanto?
Pascual. Jacinta, soi tan horrendo
que tiemblas de verme?
Bato. Pues
yo conozco hombres diversos
á quien muchas cortesanas
quieren con grandes estremos,
i son mas feos que yo;
bien que tienen mas dinero.
Pascual. Lo mismo te digo yo.
Jacinta. I yo escucharlo no quiero;
vete Pascual.
Teodora. Vete Bato;
que ya sufrirte no puedo.
Jacinta. No vuelvas á verme mas.
Teodora. No tienes ya que molernos,
que yo te aborrezco, Bato.
Jacinta. I yo, Pascual, te aborrezco.
Pascual. Eres una fiera, una...
Bato. I tú eres un cancerberio,
una cocodrilla, una...
una... pero aquí me quedo...
tú serás... lo que quisieres,
i lo que serás veremos.
Pascual. Qué haremos Bato?
Bato. Morirnos,
pues tan desgraciados semos,
de repente.
Pascual. Si, muramos;
pero sabe que lo siento,
que no queria morirme

yo en mi vida.

Bato. Yo lo creo;
pero para qué la vida
ni tú ni yo la queremos,
despreciados de estas dos
fieras, que tienen los pechos
mas duros que las vigornias
de un herrador?

Pascual. Es mui cierto:
vamos pues à ahorcarnos.

Bato. No,
que quedaremos mui feos.

Teodora. Mas feos que sois en vida
no quedareis.

Bato. Un veneno
tomaremos.

Pascual. No, que causa
unos vómitos tremendos.

Jacinta. Pero se sale del paso
prontamente.

Pascual. Nos daremos
de puñaladas.

Bato. Un diablo.
que si nos damos en hueso
nos dolerá mucho.

Pascual. Pues
de qué modo moriremos?

Bato. Eso es menester, Pascual,
que despacio consultemos;
vámonos, porque las dos
no sepan nuestros secretos.

Pascual. Bien dices: á Dios ingrata,
que ya verte mas no espero.

Bato. De Josafat hasta el valle,
Teodora, no nos veremos.

Pascual. A Dios, parece que un nudo
me han echado en el gargüero.

Bato. A mi se me ha atravesado
que sé yo en el tragadero.

Pascual. Tengan làstima de mi...
Bato. I de mí tengan lo mesmo...
Pascual. Las cuatro partes del mundo.
Bato. I todos siete elementos.

Se abrazan los dos estrechamente, i llorando con amargura se entran, siguiéndolos con la vista atentamente Teodora i Jacinta hasta que se ocultan.

Teodora. Por qué, Jacinta, à Pascual
le tratas con tal desprecio?
Jacinta. Teodora, i tú por qué à Bato
no le quieres?
Teodora. Yo no puedo
quererle.
Jacinta. Ni yo á Pascual.
Teodora. Que ha dias...
Jacinta. Que ya hase tiempo...
Teodora. Que estoi queriendo á otro hombre.
Jacinta. Que tambien à otro hombre quiero.
Teodora. Pues somos amigas, nada
Jacinta, nos ocultemos. *(acariciándose.)*

Bato i Pascual cada uno á su lado al bastidor.

Bato. A decir vuelvo à Teodora ...
Pascual. A Jacinta á decir vuelvo...
Jacinta. I es buen mozo ese á quien quieres?
Bato. A que mal tiempo que llegó!
Teodora. Mucho, i por eso yo á Bato
no puedo ver.
Bato. Ya lo veo:
no tardarás, pobre Bato,
mucho en ir al cementerio.
Teodora. I al que tú quieres, Jacinta,
es buen mozo?
Jacinta I mui perfecto.
Por eso aborrezco tanto
à Pascual.

Pascual. Permita el cielo,
pues con celos me degüellas,
que te degüellen con celos.
Teodora. Còmo se llama el que quieres?
Jacinta. Basilio es el que yo quiero.
Teodora. Pícara, desvergonzada,
tú tienes atrevimiento
de quererle, cuando yo
á Basilio estoi queriendo?
Jacinta. A Basilio quieres tú? (*con sorpresa.*)
Teodora. Sí, le quiero, i le requiero.
Bato. A él le quieren dos, i á mí
ninguna: de mi reniego.
Pascual. Qué desgraciado he nacido!
Teodora. A Basilio le merezco
yo sola.
Jacinta. Mejor que tú
le merezco yo!
Teodora. Apostemos...,
yo tomaré providencias.
Jacinta. Yo las tomaré i bien presto.
Teodora. I cuenta que soi lo mismo
que un Lucifer.
Jacinta. Yo te advierto
soi peor que Satanás.
Teodora. Lo veremos.
Jacinta. Lo veremos.

Vanse cada una por su lado jurándose una á otra, i van saliendo poco á poco Bato i Pascual, i sin verse.

Bato. Aves, plantas, hombres, brutos,
i cuantos me estais oyendo...
Pascual. Tabardillos, perlesìas,
cólicos, vòmitos negros...
Bato. Tened làstima de mi.
Pascual. Matadme todos à un tiempo.
Bato. Ai de mí!
Pascual. I ai de mí!

Bato. Quién
se queja tanto, i tan recio?
Pascual. Quien es en punto de amor
tu infelice compañero?
Bato. Pascual mio.
Pascual. Bato mio.
Bato. Lloremos juntos.
Pascual. Lloremos.
Bato. Ya hemos llorado bastante;
ahora, Pascual, consultemos
qué hemos de hacer.
Pascual. Dilo tú,
que yo á todo me convengo.
Bato. Ellas, en verdad, merecen
les diéramos un solfeo.
Pascual. Duro.
Bato. Mas poner las manos
en mugeres, no es bien hecho.
Pascual. En dàndolas de patadas
queda ese reparo absuelto.
Bato. No: el picaron de Basilio
es el que infame i perverso,
pif, á las dos nos birló;
pues que lo pague su cuerpo,
i como á gato goloso
el escarmiento le demos.
Pascual. Bien dices: pronto á buscarlo,
i en donde quiera le hallemos...
Bato. Tente bruto, que es preciso
que nos armemos primero:
yo tomaré el cuchillon
grande con que los carneros
degüello, que en verle solo
hará temblar á un gallego.
Pascual. Pues yo al tio Cascarreta
un chafarote mui viejo
que tiene, le pediré,
que pueda ser que de verlo
solamente de repente

se caiga á nuestros pies muerto.

Bato. Pues arriscados...

Pascual. Furiosos...

Bato. Furibundos...

Pascual. I resueltos...

Bato. Pascual mio, á la venganza...

Pascual. Noble Bato, al desempeño...

Bato. I asombremos estos valles ..

Pascual I aturdamos esos cerros...

Los dos. Como venados heridos
del amor i de los celos.

Vanse por la derecha, i por la izquierda. Sale Felisa, pastora jóven, con sombrero caido, i un ramo de flores en la mano, se sienta en un peñasco, quedando como pensativa: Sale Basilio con una jaulita de mimbres, i dentro un pajarito mui alegre.

Basilio. Felisa, Felisa mia.

Felisa. Qué quieres, Basilio?

Basilio. Vengo
à darte un retrato mio,
le quieres?

Felisa. Sí que le quiero,
Basilio mio, i á dónde
le tienes?

Basilio. Ya le estás viendo.

Felisa. En aqueste pajarito?

Basilio. Sí, Felisa mia, puesto
que aunque se vé aprisionado,
i en esta jaula sujeto,
al ver que yo le regalo,
i lo cuido con esmero,
no sintiendo la prision,
mui alegre i mui contento
con su canto la celebra:
pues yo vengo á ser lo mesmo:
en las redes de tus ojos
hermosos i placenteros

gustoso, i aprisionado
vivo, i mi dicha celebro,
porque como tus finezas
pagan mis finos afectos,
no apetezco libertad,
la prision solo apetezco.

Felisa. Toma, Basilio, este ramo,
i póntele en el sombrero,
i estímale mucho, pues
yo por mi mano le he hecho.

Basilio. No me lo encargues, que yo
tendré cuidado de hacerlo:
Felisa mia, á mi padre
hablar al punto resuelvo
porque trate con el tuyo
nuestro feliz casamiento.

Felisa. Ai Basilio!

Basilio. Qué suspiras,
Felisa?

Felisa. Qué sé yo! temo...

Basilio. Qué temes?

Felisa. Que como es pobre
mi padre...

Basilio. Gracias al cielo
que al mio ha dado, Felisa,
harto para mantenernos;
sin interés á tí sola,
i à tu virtud amo tierno.

Felisa. No obstante, puede tu padre
pensar de modo diverso,
porque tú hablas con amor,
i el amor de él está lejos.

Basilio. No temas, porque mi padre
tiene un corazon mui bueno!
voi á hablarle: ven Felisa,
que hasta tu cabaña quiero
acompañarte.

Felisa. Basilio,
¡ojalá nuestros deseos

se cumplan!

Basilio. Se cumplirán;
que siendo justos i honestos
los mismos cielos, amada
Felisa, han de protegerlos.

Felisa. Dices bien.

Basilio. Vamos, Felisa,
i no perdamos el tiempo.
tuyo he de ser.

Felisa. I yo tuya.

Los dos. Porque vivamos contentos.

Vanse por la izquierda: si puede ser cae otro telon, quedando siempre selva corta, i salen por la derecha Teodora, que trae al tio Melchor por la mano, andando i mirando recelosa.

Melchor. Qué diablos de mogigangas
son estas, i qué rodeos!
Para qué á lo mas oculto
me traes?

Teodora. Porque un secreto
os quiero confiar.

Melchor. Demonio.
i me has hecho para eso
andar media legua? vaya,
paciencia, pues ya nos vemos
en el borrico: vomita
lo que traes en el cuerpo.

Teodora. Lo digo?

Melchor. Con buena fresca
me sales! Dilo, ó me vuelvo.

Teodora. I acaso por atrevida
me tendrá usted? (*como vergonzosa.*)

Melchor. En sabiendo
lo que tienes encerrado,
te lo diré.

Teodora. No me atrevo.

Melchor. Voto al diablo!

Teodora. Lo digo?
Melchor. Con mil diablos dilo luego.
Teodora. Es que estoi enamorada...
no os espanteis.
Melchor. No por cierto,
que las mas de las mugeres
adolecen de lo mesmo.
Teodora. I como estriba en la mano
de usted todo mi consuelo,
i mi gusto...
Melchor. Arda Bayona!
Teodora. Os lo digo, porque espero
que condolido de mí...
Melchor. A la verdad, yo no tengo
el corazon de guijarro:
esplícate mas.
Teodora. Deseo
hacer, señor, alianza
con usted.
Melchor. Yo me convengo.
Teodora. Con que no tendreis reparo?
Melchor. Ninguno: i en prueba de ello
esta es mi mano de esposo.
Teodora. Ai Dios mio! segun eso
usted se quiere casar
conmigo.
Melchor. Pues tus deseos
no son esos?
Teodora. No señor.
Melchor. Zape!
Teodora. Yo casarme quiero
con Basilio.
Melchor. Con mi hijo?
Teodora. Si señor.
Melchor. Pues quedo fresco!
que tan frágiles seamos
para consentir los viejos!
Si hubieras hablado claro.
Teodora. Tio Melchor, qué culpa tengo,

si usted lo entendió al revés?

Melchor. Pues concluye, i despachemos.

Teodora. Jacinta tambien le quiere;
mas pues yo vine primero,
yo me llevo la palmeta:
demas, que sabe usted mesmo
soi mucho mas rica que ella,
que casi llegan á ciento
mis ovejas, i tambien
sabe usted que hai mas carneros
entre mis parientes, que
entre los suyos; tenemos
dos borricas, i por fin,
que yo mas bien merezco
à Basilio, que no ella,
pues ella no tiene seso,
i es una loca, mui puerca,
le huele mal el aliento,
i anda sin vergüenza siempre
con Pascual en cuchicheos,
i además es...

Dent. Jac. Tio Melchor.

Melchor. A mí me llaman.

Teodora. Yo pienso
que esta es Jacinta, me esconde
porque yo verla no quiero,
ni que sepa que os he hablado;
pero si habla en casamiento
con Basilio, sabe usted
que yo he venido primero,
i que además...

Dent. Jac. Tio Melchor.

Teodora. Ai que llega! (*se esconde.*)

Melchor. En qué embelecos
quieren meterme estas locas.
Quién me llama?

Sale Jac. Sin aliento
vengo de andaros buscando.

Melchor. Pues aquí estaba yo quieto:

vaya, qué quieres?

Jacinta. Deciros,
tio Melchor, que mi remedio
en la mano de usted pende,
pues...

Melchor. Porque no nos llevemos
al fin i al cabo un petardo
los dos, pues ya con un perro
tengo bastante, Jacinta,
dime, vienes con intento
de decirme que casarte
quieres con Basilio?

Jacinta. Eso
decirle queria à usted;
mas de vergüenza no puedo.

Melchor. Pues yo te he quitado ya
la vergüenza.

Jacinta. Pero...

Melchor. Pero,
qué te queda mas?

Jacinta. Deciros,
que tambien está queriendo
á Basilio. la gran loca
de Teodora, i será un yerro
casarla con él, porque
ella es chismosa en estremo,
tan mala lengua...

Teodora. Por vida...

Jacinta. Con tan poco entendimiento,
que consiente sin reparo
que Bato, ese majadero,
la enamore i galantee.

Teodora. La paciencia voi perdiendo.

Jacinta. I ademas es tan golosa...

Sale Teod. Mientes, mientes: cómo es eso?
Yo golosa? he de arrancarte
los ojos.

Melchor. Ved. (*conteniéndolas.*)

Jacinta. Me mantengo

en lo dicho: sí golosa.

Teodora. Embustera, vive el cielo...
eso es ponerme mal
con usted.

Melchor. Ya estoi en ello.

Jacinta. Yo juego limpio.

Melchor. Sin duda.

Teodora. Yo tengo razon.

Melchor. La veo.

Jacinta. I qué me responde ustéd?

Melchor. Quedo: voi a responderos;
quién quiere mas á Basilio
de las dos?

Las dos. Yo, yo, yo.

Melchor. I luego
Basilio á cual de las dos
quiere mas?

Las dos. No lo sabemos.

Melchor. No? Pues yo le propondré
á las dos; él al momento
me dirá con la que quiere
casarse, i yo mui contento
le daré licencia; mas
esto ha de ser ofreciendo
las dos, que la que él no quiera
se ha de casar sin remedio
conmigo.

Teodora. Fuego, i qué cuña! (*ap.*)

Jacinta. Puf, qué aceite tan añejo! (*ap.*)

Teodora. De modo es, i de manera...

Melchor. Que? ahora andais con regodeos?
Pues con ninguna se casa
Basilio.

Teodora. Señor...

Jacinta. Teneos:
Basilio es preciso que (*ap.*)
me quiera à mì, i con el viejo
cargará aquella: no hai duda.

Melchor. Hablad, que el tiempo perdemos.

Teodora. Basilio me querrá á mí, *(ap.)*
i aquella cargará, es cierto,
con el vejestorio.

Melchor. Vaya,
resolved.

Teodora. Ya resolvemos:
te convienes?

Jacinta. Yo sí, i tú
te convienes?

Teodora. Me convengo.

Melchor. Pues en mis manos las vuestras
afiancen el concierto.

Las dos. Tomad.

Melchor. Pero allí Basilio
hablando está con Fileno:
voi á hablarle, idos las dos.

Jacinta. Dice usted bien: yo me quedo *(ap.)*
agazapada, no sea
me la peguen.

Teodora. Yo pretendo
quedarme escondida: ya *(ap.)*
estará usted satisfecho
de que yo no soi golosa.

Melchor. Ya. Basilio?

Teodora. I asi espero
que en mi favor ..

Melchor. Ya. Basilio?

Dent. Bas. Padre i señor, voi corriendo.

Teodora. Vóime pronto. *(vase por la izquierda.)*

Sale Basil. Qué mandais?

Melchor. Sabes, hombre, que te quiero
como que eres mi hijo?

Basilio. Siempre
señor con afecto tierno
me habeis amado.

Melchor. Pues, hijo,
la verdad, yo habia resuelto
casarte, porque ya, hombre,
tienes edad para ello.

Basilio. Pero padre...
Melchor. Vamos claros:
te casarás?...
Teodora. Escuchemos,
que me importa.
Jacinta. Qué dirá?
Melchor. Háblame claro, i sin miedo.
Con Jacinta?
Basilio. No señor.
Jacinta. Ah picaron!
Teodora. Yo me alegro.
No era preciso que á mí
me quisiera? Con el viejo
carga la pobre.
Melchor. Pues hijo
á Jacinta la tenemos
todos por honrada, i es
bonita.
Basilio. Yo lo confieso,
pero nunca me ha gustado.
Jacinta. Por vida...
Melchor. Con esta cuento (*ap.*)
ya de seguro; pues bien,
sobre Jacinta no hablemos
ya mas: te gusta Teodora?
Teodora. A que dice que si apuesto.
Basilio. No señor.
Teodora. Si habré oido mal?
Basilio. Sus buenas prendas no niego;
pero jamàs la he querido.
Melchor. Qué apostamos que me quedo
con dos novias, sin ninguna?
Jacinta. Por fin, ya que yo le pierdo
no se lo lleva Teodora.
Melchor. Pues quieres vivir soltero
toda la vida?
Basilio. No, padre...
Teodora. De pena estoi que me muero.
Melchor. Pues hijo, qué piensas?

Basilio. Padre...

Se arrodilla, i le besa las manos.

Melchor. Hijo, levanta del suelo.
Basilio. Perdonadme, padre amado.
Melchor. No llores, que me enternezco:
háblame claro, hijo mio,
pues sabes cuanto te quiero.
Basilio. Fiado en vuestra bondad
á declararos me atrevo
que amo...
Jacinta. A quien amará el vil!
Teodora. A quién amarà el perverso!
Melchor. A quién amas?
Basilio. A Felisa.
Jacinta. Esto sufro!
Teodora. Esto tolero!
Melchor. A Felisa?
Basilio. Si señor:
Yo me hallo siempre dispuesto
á obedeceros en todo,
mi voluntad os entrego;
pero si vos, padre mio,
me quereis como á hijo vuestro,
mi vida i felicidad
debeis procurarme tierno,
i casado con Felisa
solo conseguirlo puedo,
padre mio...
Melchor. Basta chico.
Basilio. Mi ventura i mi sosiego
estriban, ó padre amado,
en que deis consentimiento
para esta boda.
Melchor. Oh terneza
de los padres! con estremo
inclinas el corazon!
Basilio. Qué decís?

Melchor. Que yo consiento.
Basilio. Oh padre el mejor del mundo!

Se arroja á besarle los pies, el padre lo abraza, i enternecidos ambos permanecen en la accion durante los dos versos que dicen Jacinta i Teodora.

Jacinta. El padre mas embustero!
Teodora. El padre mas embrollon!
Melchor. Ves á darle mui contento
parte á Felisa.
Basilio. Pues voi.
Melchor. Corre ya.

Vase corriendo: salen las dos aceleradas, quieren seguir á Basilio i el tio Melchor las detiene.

Las dos. Escucha primero.
Melchor. Deteneos, á dónde vais?
Teodora. Apártese usted de enmedio,
que estoi hecha un basilisco.
Jacinta. I yo estoi hecha un veneno.
Teodora. Por qué ha consentido usted
padre, bragazas, tan presto
en que se case Basilio
con Felisa?
Melchor. Porque debo
hacerlo como buen padre,
pues trae daños inmensos
dar los padres à los hijos
estado contra su genio.
Jacinta. I ahora qué haremos nosotras?
Melchor. Pues no teneis el remedio
en la mano? aquí estoi yo
en su lugar.
Jacinta. Estais clueco:
i sois un viejo carlancas.
Teodora. Sois un viejo marrullero
i carroño: que Felisa...

mas pronto tomar espero
venganza.

Jacinta. Yo iré contigo.

Melchor. Una i otra deteneos.

Teodora. Callad, viejo desalmado,
que habeis de iros al infierno.

Melchor. Por qué?

Teodora. Porque á dos doncellas
habeis engañado á un tiempo.

Melchor. Yo soi...

Teodora. Un diablo horroroso.
I de usted me voi huyendo. (*vase.*)

Melchor. Oye.

Jacinta. Que me sigue el diablo. (*vase.*)

Melchor. Jacinta, espera.

Quiere el tio Melchor seguir à Jacinta, i al tiempo de entrarse sale el tio Fulgencio i lo detiene.

Fulgencio. Qué es esto?
todavía tras las mozas
anda usted?

Melchor. Qué estais diciendo?

Fulgencio. Ya nada: Jacinta huye,
i usted la iba persiguiendo.

Melchor. Es que...

Fulgencio. Sois lividinoso.

Melchor. Soi un diablo: yo no pienso
ya en eso, á no ser que venga
rodando la ocasion: pero
sepamos qué quiere usted,
que despues hablaros quiero
en cierto asunto.

Fulgencio. Pues yo
que me preste usted pretendo
por dos dias su borrica.

Melchor. Pues i la de usted?

Fulgencio. Me temo (*condolido.*)
una desgracia.

Melchor. Pues cómo?
Fulgencio. Ha dos dias por lo menos
que no prueba ni un bocado:
està preñada, i sospecho
que se la ha antojado algo;
i como saber no puedo
lo que es, pues no me ha dicho;
al fin i al cabo saldremos
con que malpara la pobre.
Melchor. Hombre, será acaso nuevo (*burlándose.*)
antojos en las borricas.
Fulgencio. Esta es preciso tenerlos,
que es borrica de Madrid,
i allá es mui corriente eso
de que todas las preñadas
tengan antojos.
Melchor. Dejemos
esa materia: i contad
con la borrica; pasemos
à otra cosa: atento oid
tio Fulgencio.
Fulgencio. Ya oigo atento.
Melchor. Mi hijo Basilio à Felisa
quiere; no es tonto el mozuelo,
porque ella se lo merece.
Fulgencio. Bien: adelante.
Melchor. Yo creo
que ella le quiere á él tambien.
Fulgencio. No puede ser sin saberlo
yo, i sin mi permiso.
Melchor. Como
de esas cosas, tio Fulgencio,
hacen las mugeres, que
los padres no las sabemos,
ni los maridos permiten,
i al fin pasamos por ello.
Fulgencio. Son cosas que no se pueden
remediar.
Melchor. Pues por lo mesmo

será bueno evitar ambos
semejantes contratiempos.

Fulgencio. De qué manera?

Melchor. Casando
á los dos con gusto nuestro,
antes que sin nuestro gusto
al suyo se casen ellos.

Fulgencio. Si eso sucediera...

Melchor. Pues
de suceder no está lejos
que el fuego junto á la estopa
el diablo le sopla luego;
lo mejor será casarlos,
i pronto.

Fulgencio. Mas yo no puedo
darle licencia á Felisa.

Melchor. En qué está el impedimento?

Fulgencio. En que yo no soi su padre.

Melchor. ¿Qué está usted, hombre, diciendo
Pues á su muger de usted
teníamos en el concepto
de honrada.

Fulgencio. I quién dudar puede (*alter.*)
que lo era? viven los cielos
que al que dudare...

Melchor. Escuchad:
vuestra muger, tio Fulgencio,
tuvo otro marido antes?

Fulgencio. No señor, yo fuí el primero
i el último.

Melchor. Como...

Fulgencio. Chito.

Melchor. Aclaradme este misterio.

Fulgencio. Yo soi padre de Felisa,
tio Melchor, ni mas ni menos
como otros, que de hijos hongos
pasan por padres sin serlo:
ni la parió mi muger
ni yo, porque un caballero

nos la trajo cierta noche
à que con todo secreto
la criásemos, i dijo
que él vendria en siendo tiempo
por ella, i para criarla
nos dió bastante dinero:
tiene usted ahora que hablar
de mi muger?

Melchor. Nada; pero
quién sabe si ya los padres
de Felisa se habrán muerto
al cabo de tantos años
que no han parecido.

Fulgencio. Eso
no sé yo.

Melchor. Con que en casarla
no haríais mal.

Fulgencio. Pues fuera un yerro
siendo ella noble, casarla
con un pastor.

Melchor. I si os muestro
soi tan noble, como puede
ser aquese caballero
padre de Felisa?

Fulgencio. Usted?

Melchor. Sin duda.

Fulgencio. Yo no lo creo.

Melchor. Pues véngase usted conmigo,
que yo os iré refiriendo
mis desgracias, i la causa
de vivir aquí encubierto.

Fulgencio. Vamos, mas no mintais mucho,
como se usa en tales cuentos.

Melchor. Solo os diré la verdad.

Fulgencio. Eso luego lo veremos. (*vanse.*)

La selva corta con que se empezó, i sale acelerado Basilio llamando á Felisa, la que á su tiempo saldrá de su cabaña.

Basilio. Felisa, Felisa mia,
querido i amado dueño
de mi corazon.

Sale Felis. Basilio,
tú tan alegre i contento?

Basilio. Sí, Felisa mia, pues
ya tengo el consentimiento
de mi padre...

Felisa. Santo Dios!

Basilio. Para nuestro casamiento.

Felisa. Oh buen padre! Ven Basilio,
acompáñame que quiero
ir á besarle la mano
á sus pies.

Sale Bato haciendo el baladron, i los detiene.

Bato. Si no va muerto
no irá.

Felisa. Por qué no ha de ir?

Bato. Porque yo á matarle vengo.

Basilio. A mí?

Felisa. A Basilio?

Bato. Andandito.
i así vete disponiendo
qùe te se llega la hora.

Felisa. Bato, por Dios, yo te ruego...

Basilio. No te alteres; pues qué causa
te he dado?

Bato. Carantoñero,
picaronazo, ladron,
estás tú acaso creyendo
que no hai mas hombre que tú,
que quieres tan sin concierto
hartarte tú como un buitre,
i los demás que ayunemos?

Basilio. Hombre, qué hablas?

Bato. Gran demonio,
tú le has revuelto los sesos

á Teodora.

Felisa. Qué es lo que oigo!

Bato. Tú has trabucado el celebro
à la Jacinta.

Felisa. Esto es mas!

Bato. Tú estás carocas haciendo
á esta tonta, pues si cargas
diablo con todas qué haremos
los demás? Responde, trasto.

Felisa. Basilio, puede ser cierto
lo que dice Bato?

Basilio. Còmo?
seràs capaz de creerlo?

Bato. Pues no es preciso lo crea
cuando yo lo estoi diciendo?

Basilio. Viven los cielos traidor...

Bato. Chito, alárgame el piscuezo,
i pontè bien, que à morir
vas al punto sin remedio.

Basilio vá á embestir á Bato, i este al tiempo que dice chito saca un cuchillo mui grande, i le enarbola, Basilio se detiene, i Felisa se pone delante de Basilio para defenderle, i Bato siempre amenazando con el cuchillon.

Felisa. Tente Bato.

Bato. No me iguala
Herodes si me enfurezco,
toma.

Felisa. Tente.

Basilio. De esta suerte
castigo tu atrevimiento.

Al descargar Bato el golpe Felisa le detiene el brazo, Basilio con el cayado le dá en la cabeza, á cuyo golpe suelta el cuchillo, i cae en el suelo rodando por él, procurando levantarse, i dándole siempre de palos Basilio.

Bato. Ai que me ha muerto!
Felisa. Basilio..
Bato. Que se me salen los sesos
por las rodillas.
Basilio. Infame,
muere.
Bato. No me des tan recio
hombre, que me duele mucho.
Pascual. Déjale.
Bato. En aqueste aprieto
no hai quien me ampare?

Sale Pascual con un chafarote grande i mohoso.

Pascual. Si hai,
que yo tocaré á degüello
con mi chafarote.
Bato. Mira
como Basilio me ha puesto.
Pascual. Pues cómo me pondrá à mí
cuando tengo menos cebo? (*con temor.*)
Bato. Màtale.
Pascual. Porque él á mí
no me mate, yo le cedo
à sus pies mi chafarote.

Le pone á los pies.

Bato. Amigo falso.
Basilio. Del suelo
levanta, i seamos todos
amigos.
Felisa. Porqué ..
Dt. J. i I. Lleguemos
que alli està.
Sale Teod. Muera esta sosa
que nos hace tan mal tercio.
Jacinta. Muera.
Basilio. Qué intentais las dos?

Felisa. Pues yo qué agravio os he hecho.

Cuando salen Jacinta i Teodora contra Felisa, Basilio se pone á defenderla, i ella á sus espaldas, muestra temor.

Teodora. El que por quererte á tí
á las dos sin miramiento
este bribon nos desprecia.
Basilio. Lo oyes?
Felisa. I qué culpa tengo
en que él me quiera?
Bato. Con que
tú no las quieres?
Basilio. Mi afecto
es de Felisa.
Teodora. Jacinta
á este infame le saquemos (*coléricas.*)
los ojos.
Bato. No sacareis,
que los dos le defendemos:
con que Basilio os desprecia?
Bien sabe Dios que me alegro.
Teodora, las calabazas
pesan mucho en el invierno?
Teodora. Por vida...
Pascual. Las calabazas
te harán, Jacinta, provecho,
que son frescas.
Bato. Norabuena.
Pascual. Norabuena.
Teodora. Que aguantemos
esta injuria!
Jacinta. No, en Felisa
i en Basilio nos venguemos:
Felisa. No hai quien me ampare! (*esclamando.*)
Basilio. No temas.
Teo. i Jac. Morid.
Bat. i Pas. Estamos por medio.

Felisa. Favor!
Dent. voces. Acudamos todos.
Teo. i Jac. Morireis.

Felisa se ha pasado huyendo al otro lado, poniéndose delante Basilio para defenderla, Jacinta i Teodora ambas coléricas hacen esfuerzos, para embestirlos, pero Bato i Pascual lo impiden, no dejándoles parar: á los gritos de Felisa salen por todas partes todos los pastores i pastoras que puedan, el tio Melchor i Fulgencio.

Todos. Tened, qué es esto?
Basilio. Esto no es mas que soberbias,
venganzas, amor i celos.
Fulgencio. I qué haces tú aquí? Por vida...
Felisa. Padre...
Melchor. No os lo estoi diciendo?
casémoslos cuanto antes,
porque si no, estoi temiendo...
Fulgencio. Lo mismo que yo: ya estoi...
Melchor. Conque, qué ha sido este estruendo?
Bato. Que esta... (*á Teodora*)
Pascual. I esta... (*á Jacinta.*)

Sale Anton, i á sus voces se suspenden todos.

Anton. Acudid pronto,
porque se halla en mucho aprieto...
Todos. Quién Anton?
Anton. El tio Lúcas,
porque ha parido...
Melchor. Alabemos
al señor por sus prodigios.
Anton. En su choza...
Fulgencio. Caso nuevo.
Anton. Una señora...
Melchor. Acabaras
de reventar majadero.

Anton. Que iba de camino, con
su esposo, i este corriendo
me ha enviado para que
por Dios i por el dinero
socorran á la parida
con lo preciso.

Melchor. Mostremos
que somos cristianos, i
que al prójimo socorremos
como Dios manda.

Todos. Gustosos
como lo decís lo haremos.

Fulgencio. Cada uno aquello que pueda
de regalo lleve.

Bato. Bueno:
se llevará; pero, Anton,
pariò ya?

Anton. Sí: en un momento.

Bato. I fué muchacho ò varon?

Anton. Un niño como un ternero
tan parecido á su padre,
que es un retrato perfiento.

Bato. Pues es preciso tambien
llevar nuestros estrumentos,
i bailando á nuestro modo
la enhorabuena le demos.

Pascual. Bien dices.

Bato. Pues á seguirme,
que yo escapo como un trueno.

Mutacion larga de montes, árboles, cascadas, i rebaños de ovejas repartidos por él, i por varias bajadas que tendrá; con el retornelo de la pastorela que se cantará, iràn bajando los pastores i pastoras con varios presentes, i despues entra Teodora i Jacinta, Bato, Pascual i los demas que sean necesarios para bailar la pastorela iràn bajando i cantando haciendo en el tablado algunas mudanzas. poniendo los presentes, i dirigiendo la vista á la puerta de una choza grande que habrá en un lado,

por la que acabada la pastorela saldrá don Fernando en trage de camino.

Música. Al recien nacido
todos celebremos.
i por festejarle
contentos bailemos:
todo fiesta sea,
júbilo i contento.

Sale Fern. Amigos, agradecidos
á vuestros finos afectos...

El tio Melchor de improviso se abraza con don Fernando, que se sorprende de la accion.

Melchor. Dios mio!

Fernando. ¿Qué es lo que haceis?

Bato. Sin duda loco se ha vuelto.

Melchor. Tan desconocido estoi
ya de tí?

Fernando. Qué miro, cielos!
Hermano mio!

Bato. Zambomba
que este es otro embrollo nuevo!

Melchor. Aquí desde que mataste
à don Enrique, encubierto
he vivido con mi hijo:
llega, i con todo respeto (*á Basilio.*)
besa á tu tio la mano.

Fernando. Llega, Basilio, à mi pecho.

Basilio. Yo estoi confuso.

Fernando. Pues yo
la noche de aquel suceso
fatal, tomando à mi hija
i de la justicia huyendo...
pero aguarda. ¿dónde està,
decidme, ya el tio Fulgencio?

Fulgencio. Aquí, señor.

Fernando. Abrazadme,
i dadme...

Fulgencio. Fuerza es hacerlo...
vuestra hija Felisa es esta.

Fernando. Feliz yo que à verte vuelvo,
hija mia.
Felisa. Vos mi padre?
Fernando. Si Felisa
Bato Qué sabemos!
Fernando. Perdonada ya la muerte
de don Enrique, i haciendo
público ya el matrimonio
con Rosaura, ambos contentos
á recobrar à Felisa
veníamos, i el suceso
que sabeis..
Melchor. Tente, que en tanto
que á verla entremos, te advierto
que Basilio ama á Felisa.
Fernando. Pues dense las manos luego
de esposos.
Felisa. Yo soi feliz.
Basilio. Ya conseguí mis deseos.
Bato. Ya me he vengado de tí.
Pascual. Yo de ti
Jac. i Teo. Paciencia.
Fernando. Entremos,
verás á Rosaura.
Bato. Entrad,
que nosotros bailaremos
un rato, i si no acertamos
á dejaros satisfechos,
de los pechos generosos
es el perdonar los yerros.
Todos. I merezcamos indulto
siquiera por los deseos.

Si pareciese poner un baile análogo al argumento del sainete, será mui del caso, ó cuando no, se pondrán dos ó tres coplas de la misma pastorela, para que se hagan algunas mudanzas vistosas, con lo que se dará fin.

FIN.

NUMA.

PERSONAGES.

Rómulo, *rei de los romanos.*
Tacio, *rei de los sabinos.*
Numa Pompilio, *caballero sabino.*
Tulia, *doncella guerrera, hija del difunto Remo, i sobrina de Rómulo.*
Hermilia, *hija de Tacio.*
Ostilio, *capitan sabino.*
Marcelo, *capitan romano.*

Séquito de guerreros romanos i sabinos.

La escena representa un frondoso bosque, consagrado al dios Marte. En el fondo, por entre las calles de árboles, se descubre á lo lejos la fábrica de los muros de Roma, i alguna parte de sus edificios.

NUMA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Rómulo, Tulia, Numa, i Marcelo, por la izquierda, con séquito de guerreros romanos. Tacio, Hermilia, Ostilio i tropas sabinas salen por el camino de Roma. Mientras se encuentran en el centro de la escena, i ocupan sus correspondientes puestos, se oye siempre música militar.

Tacio.

Gran Rómulo!

Rómulo.

Prudente i justo Tacio!
(*Danse las manos.*)

Tacio.

¡O cuántas gracias doi á las supremas
deidades! pues ceñido de laureles
te vuelven á la patria, que desea
verte colgar la victoriosa espada.

Rómulo.

En vano Roma mi reposo espera.
¿Por ventura imagina que es tan débil,
tan mezquino el espíritu que alienta
el corazon de Rómulo, que estreche,
que limite su imperio, i sus empresas
al pequeño recinto de estos muros?
Cuánto se engaña, Tacio, si lo piensa.
Marte, mi invicto padre, me ha engendrado
solo para la gloria, i la diadema
que he sabido forjarme será digna,
de mi preclara sien, cuando comprenda
en su círculo inmenso todo el orbe.
Hasta entónces no aguarde que mi diestra
la régia espada envaine, ni que el ocio
de mi cabello arranque la cimera.

Tacio.

Sigue tu inclinacion; pero permite
al cansado guerrero alguna tregua.
Deja, pues, que en su hogar se cicatricen
las hondas llagas que aun solapa i cierra
el polvo del combate. Ya diciembre
empieza á marchitar las verdes selvas,
á engreir los humildes arroyuelos,
á esparcir por las faldas de las sierras
las perezosas nieves. ¿Luego á dónde
pretendes conducir esa caterva
de infelices, que un lustro de trabajos
ha consumido sus robustas fuerzas?

Rómulo.

¿Adónde me preguntas? A la cumbre
de la inmortalidad: à donde llegan
los que arrostran constantes los peligros;
no las almas vulgares que rastrean
por el inmundo cieno los placeres.

Tacio.

¡O cuán opuestas son nuestras ideas!
¿Cuàl, Rómulo, es tu gloria? ¿Ese fantasma

que vanamente abrazas? ¿Que veneras
mas que á los mismos dioses? Yo te miro
penetrar en su obsequio rudas breñas,
vadear hondos rios, hollar riscos,
aqui un pueblo reduces á pavesas,
allí talas la mies, dulce esperanza
del simple labrador, allá encadenas
la vencida falange: ante tu carro
la humanidad se humilla, todo tiembla,
todo al fin se anonada, i victorioso
te presentas despues á nuestras puertas.
¿Pero qué puede aqui lisonjearte?
¿La abundancia? No hai brazos que la tierra
con el arado rompan. ¿Las matronas?
Casi todas sollozan i lamentan
el desastre del hijo, ó del consorte.
Los huérfanos gimiendo te rodean,
los jóvenes en fin ven con espanto
el insufrible afan que los espera,
en esos rostros pálidos, en esos
esqueletos que cercan tus banderas.
¿I esta es tu gloria, Ròmulo? ¿Equivale
la estéril vanidad de tus proezas
á la sangre de un hombre? ¡Qué delirio!
Cada vez que medita una empresa,
que la ciega ambicion te precipita
contra la humanidad, naturaleza
se estremece, suspira, i se arrepiente
de haber puesto en tus manos la tutela
de tantos infelices, como guias
á ser de una ilusion funesta presa.

Rómulo.

Basta ya de leccion; i no presumas
que el haber dividido la diadema
contigo, tus delirios autorice.

Tacio.

Si son delirios, ruégote que seas
con mis cansados años indulgente.

Con todo, ilustre Rómulo, quisiera
que apreciases la causa que me obliga
á refrenar tu ardor. Sí; cuando en esa
dilatada llanura que pomposo
el padre Tiber con sus aguas riega,
intentaban romanos i sabinos
terminar con las armas sus querellas,
las matronas sabinas destrenzadas,
penetrando en tropel por entre densas
pirámides de polvo, i despreciando
una lluvia de dardos i saetas,
se arrojaron en medio de ambas haces.
Sus clamores, sus lloros, i ternezas
no solo mitigaron nuestras iras;
pero hicieron tambien que aquellas diestras
que destrozos i horrores anunciaban
fuesen lazos de fiel benevolencia.
Tú entònces me dijiste: «Noble Tacio,
«unamos nuestros pueblos. Roma sea
«nuestra patria comun. Tus canas dicten
«las pacíficas leyes, i la guerra
«tan solo agite mi robusto brazo.»
Yo cedí à tus instancias i promesas,
i ocupamos un trono. Desde entònces
el romano en mi amor esperimenta
los desvelos de un padre, de un monarca
que en sus felicidades se interesa.
Asi cuando lo miro en un abismo
de inmensos males suspirar la ausencia
de la adorable paz, que consternada
se cubre el rostro cándido, i se aleja
del formidable estruendo de tu carro,
no estrañes que á tus ojos compadezca
su desgraciada suerte, i que mis canas
alguna vez, ó Ròmulo, se atrevan
á emprender el delirio (lo confieso)
de suspender tus bélicas tareas.

Rómulo.

Suspiras por la paz; ¿pero qué puede
anhelar un decrépito que apenas
sostiene el fràgil polvo que lo abruma?
Déjate de consejos. No pretendas
comunicarme el yelo de tus labios.
No me instruyas. Yo sé que el hombre fuera
dichoso, si jamas en sus campiñas
se oyese el trueno de la infausta guerra.
Pero el cielo dispone que los bienes
alternen con los males, i la horrenda,
la furiosa discordia entre los pueblos
funestos celos i ambiciones siembra.
Roma yace en la cuna, i ya la miran
sus vecinos con odio: ya se quejan
de su prosperidad, i ya consultan
los sanguinarios medios de perderla.
Pues antes que la envidia ponga en obra
sus pérfidos designios, desvanezca
Roma la tempestad que la amenaza,
i en alimento el tósigo convierta.
Vamos, Marcelo, al templo.

Vase por el centro con todo el séquito, i Tacio detiene á Numa.

ESCENA II.

Tacio, Numa i Tulia.

Tacio.

Espera Numa. (*con recato.*)

Numa.

Mi bien, Tacio me llama.

Tulia.

No se pierda
tan feliz ocasion. Ven á las aras
ven, Numa, cesarán las ansias nuestras.

Numa.

No tardaré en seguirte, dueño mio.

(*Vase Tulia por donde los demás.*)

ESCENA III

Tacio i Numa.

Numa.

¿Qué me ordenas, señor?

Tacio.

Ya, Numa, observas
el tedio, el menosprecio, la ojeriza
con que escucha mis fieles advertencias
el inflexible Rómulo. En el pecho,
présago el corazon me anuncia estremas
calamidades. Sí, querido Numa:
la ambicion, la crueldad, i la soberbia
que forman el carácter de ese altivo
conquistador, se inflaman, se exasperan,
luchan ya con furor por arrancarse
la máscara que oculta sus violencias.
Un dia ha de llegar en que descubran
su natural aspecto. ¿I quién en esa
terrible situacion será el apoyo
del mísero sabino? Ya mis fuerzas
el tiempo ha disipado. Flaco i viejo,
vacilo sobre el borde de la huesa,
i mi débil cerviz se doblaria
si el acerado yelmo la oprimiera.
Otro brazo es preciso mas robusto
para oponerse al choque de esa fiera
que intenta devorarnos. Sí, mi Numa:
Tu sangre, tus virtudes son las prendas
de nuestra libertad. Desde este instante
confio á tu valor i á tu prudencia
el timon de esta nave que entre escollos

difícil rumbo sigue. Yo en las selvas,
encorvado hàcia el polvo que me llama,
pediré sin cesar á las supremas
deidades de Sabinia, que en los brazos
de mi adorada Hermilia...

Numa.

Tacio, espera...
¡Hermilia!... ¡Cielos santos!...

Tacio

¿Qué te turba?
Carece por ventura de belleza
la heredera de Tacio? ¿No son dignas
sus virtudes del trono?

Numa.

Señor, cesa.
No imagines que pueda ser injusto
con los divinos méritos que elevan
la posesion de Hermilia. Su hermosura
corresponde à la càndida, á la ingenua
simplicidad de un alma, que han formado
las lecciones de Tacio. Mas mi estrella...

Tacio.

¿Por qué enmudeces, Numa? ¿No me debes
cuidados paternales? ¿No son estas,
estas débiles manos las que siempre
te han dirigido por la recta senda
de la santa virtud, despues que el hado
te espuso tierno infante à la inclemencia
de mísera horfandad? ¿Pues por què dudas?
Por qué á un amigo, á un padre no revelas
tus sentimientos? Ah! querido hijo!
Yo sé la natural delicadeza
de tu sencillo pecho. Algun objeto
perturba tu quietud. Habla, no temas,
descansa en mi amistad.

Numa.

Señor, perdona,
si yo puedo adorar otra belleza

que la de Hermilia.

Tacio.

Ah Numa! que has burlado
todas mis esperanzas! Tantas penas
por educar al héroe de la patria,
al digno sucesor de la diadema,
al esposo de Hermilia, i este premio
recibe mi vejez! Ah! no creyera
igual ingratitud!

Numa.

Señor, no culpes
á un desgraciado, culpa à la influencia
del hado, que me arrastra á ser trofeo
de esta ardiente pasion.

Tacio.

¿Mas qué sirena
tu razon adormece? ¿Quién á Hermilia
despoja de este triunfo?

Numa.

Suerte adversa,
¿Por qué me hiciste amarla?

Tacio.

Acaba Numa.

Numa.

Tulia, señor...

Tacio.

¿Qué dices? ¿Esa fiera
que instruye el feroz Ròmulo en el arte
del horror i el estrago?

Numa.

No la ofendas.
Tú no conoces, no, sus sentimientos.

Tacio.

Mas que su loco amante. La perversa
¿no vió saltar al golpe de la espada
por las gradas del trono la cabeza
del inocente Remo su buen padre?
¿I cuál fué su dolor? Besar la diestra

del fratricida Rómulo, olvidando
la triste sombra que venganza anhela.

Numa.

Mas, ¿qué pudiera hacer la débil Tulia?

Tacio.

¿Débil con tan cruel, tan fiera escuela?
Sacude ese letargo. En los peñascos
del monte Palatino, entre catervas
de atroces foragidos, fundadores
de este imperio, que ensanchan las violencias,
se arrulló esa beldad. Si: cuàntas manos
cometian delitos, i torpezas
en remotos paises, acudian
à ser apoyo de la débil huella
de tu adorada Tulia. Tú la has visto
seguir como una furia las banderas
del sanguinario tio, i complacerse
en las tristes i trágicas escenas
de sus conquistas. Ah! ¿fué, Numa, entónces
cuando te cautivó? ¿La hallaste bella
cuando lanzaba el dardo? ¿Cuando hendia
el acerado arnes? ¿Cuando sangrienta
por montones de estragos penetraba?
¡Quién, Dioses inmortales, quién creyera
que en el fatal regazo de la muerte
se arrullase el amor!... ¡Mas qué demencia!
No es amor quien te abrasa. El sacro fuego
de este afecto se enciende i se conserva
solo entre las virtudes. Un impulso,
un apetíto, si, de tu flaqueza
perturba tu razon. Cuando en sus brazos
la nube de tu error se desvanezca:
cuando la posesion cubra de yelo
ese ardiente vòlcan que ahora te quema,
entonces el fastidio, los pesares,
el arrepentimiento, la tristeza
serán los vengadores de la patria,
del desprecio de Hermilia, de la ofensa

que haces á mi bondad...

Numa.

Ah! padre mio!
no aumentes mi congoja...

Tacio.

Falso, cesa... (*enternec.*)
¿Què quieres de este anciano? ¡Yo tu padre!...
¿Por qué con ese nombre me recuerdas
mis frustrados desvelos? ¿No rehusas
el cetro que te ofrezco? ¿No desprecias
el corazon de Hermilia? ¿No abandonas
á tu afligida patria? ¿Pues qué esperas?
Llámame tu enemigo, i Tacio entonces
sabrà escucharte, ingrato, con firmeza.

Numa.

¡Cielos! ¿Yo tu enemigo? Nunca, Tacio.
Conozco mi delirio Tú despiertas
mi aletargado pecho... ¡Pero Tulia!...
Sí, cederá el amor á la obediencia.
Yo lo juro, señor, en estas manos
paternales que riega mi terneza
con amorosas lágrimas... Deidades,
dadme para cumplirlo resistencia.

Tacio.

¡Qué escucho, justo cielo! ¡Aun resplandecen
las virtudes en Numa! O hijo, llega,
i estréchame en tus brazos. ¿Con que triunfas
de tu ciega pasion?

Numa.

Ah! no pretendas
que duplique, señor, con repetirlo
mi funesto martirio.

Tacio.

Bien: tu pena
quiere algun desahogo. Ya te dejo.
Pero no olvides, Numa, que en la tierra
siempre la dura lid de las pasiones
es la mas formidable; i el que quiera

colocarse al nivel de las deidades
se debe ejercitar en esta guerra.

ESCENA IV.

Numa solo.

¡Con que ya perdí à Tulia!... ¡La he perdido!...
¡Ai qué horrores se abultan en mi idea!...
¡Sin Tulia!... ¡Sin mi bien!. . Ah! triste dia,
no me alumbres; tus luces son funestas...
¿A dónde huiré de mí?... Robustos troncos,
prestadme por piedad vuestra dureza...
Ya no tengo constancia: por instantes
mis ansias, mis dolores se acrecientan...
¿Qué has prometido, Numa? ¿Cómo sabes
que en los duros combates que te esperan
triunfará tu virtud?... Sagrados cielos,
¿cual será su dolor, cuál su demencia
viendo mi ingratitud? Las blancas manos
torcerá con despecho, i en sus quejas
me culpará de falso, de inconstante.
Ai! no es posible, no, que Numa pueda,
Numa que la idolatra, ver su llanto,
ver su amargo dolor con entereza.
No podré resistir... Tú, amada Tulia,
borrarás con tus ojos mis promesas;
tú me verás postrado, reiterando
los amorosos votos, las ternezas,
los juramentos... Ah! qué he proferido?
¿Ya me olvido de Tacio? ¿Ya despreciaste
la voz del patriotismo, infeliz Numa?
El amor, los afanes, las finezas
de un rei que me ha educado, que me ofrece
la mano de su hija; que me entrega
su cetro, i que su pueblo me confia,
¿no merecen la heróica recompensa,
el grande sacrificio de vencerme,

de ahogar esta pasion?... Dura sentencia
pronuncia mi deber!... Tulia, permite
que triunfe la virtud... Mas ¡ai! no creas
que llores sin venganza tus agravios...
Pronto, pronto, mi bien, veràs deshecha
la pesada cadena de mis dias
al impulso fatal de tantas penas.

ESCENA V.

Numa i Tulia.

Tulia.

¿Qué haces, mi bien?

Numa.

¡Qué miro!... cielos, ¿dónde,
dónde me esconderé de tu belleza?

Tulia.

Detente, dulce dueño: ¿á dónde partes
con tanta agitacion? Rómulo espera
con los sacros ministros para unirnos.

Numa.

¿Qué dices?

Tulia.

No lo estrañes. El proyecta
ocupar solo el trono, i recelando
que tu valor se oponga á sus ideas,
solicita ganar por este medio
tu corazon. Ven, Numa: ¿qué recelas?
¿No me sigues?

Numa.

Ah Tulia! no me aflijas:
déjame por piedad.... El cielo ordena
que te pierda i no cese de adorarte.

Tulia.

¡Qué oigo, Dioses!... Perderme!... ¿Quién intenta
un lazo desatar que amor ha unido?
¿Quién será el insensato que pretenda

irritar mi pasion?

Numa.

Ah! por los Dioses
te suplico, mi bien, que me aborrezcas,
que á un infeliz olvides, i respetes
los decretos del hado. .

Tulia.

Ingrato, cesa;
i no dores con vanas permisiones
tu falsedad. ¿Qué númen se interesa
en desunir dos almas? ¿Te ha mandado
algun mensage el cielo, en que te ordena
la traicion, el perjurio, la inconstancia?
Perverso, no profane tu vil lengua
los divinos decretos. Dí, que faltas
á la fé prometida, que atropellas
los juramentos, sí, que eres mudable,
fementido, traidor... Ai! que me incendian
el corazon las furias... El abismo
todos sus mónstruos en mi pecho alberga...
¡Crédula!... que escuchase los halagos
de un alma tan infiel!... ¿Por qué la tierra
entonces no se abrió bajo mis plantas?
¿Por qué sus rayos en la sacra diestra
tuvo ociosos el Padre Omnipotente?...
Pero no, no te jactes. Falso, tiembla
los rigores de Tulia. Te declaro
un eterno rencor. Sí, como fiera
me lanzaré á tu pecho, donde ansioso
mi ardiente labio de tu sangre beba.
Yo te lo juro, Numa: yo lo juro
à los genios que guardan estas selvas:
lo juro al sumo Jove...

Numa, de rodillas tomándole la mano.

Tulia mia,
cesa de atormentarme... ¡O si pudiera
mostrarte el corazon! ¡Ingrato Numa!
¡Fementido con Tulia!... Ah! no suspendas

tu venganza, mas hiéreme creyendo
que eres mi único bien.

Tulia, retirando la mano.

Aleve, suelta:
cierra el labio falaz, ò vive el cielo
que si vuelves con falsas apariencias
á seducir mi pecho...

ESCENA VI.

Tulia, empuña la espada, á cuyo tiempo sale Hermilia por la parte del templo, i dando un grito corre á los pies de Tulia, i le detiene la accion. Numa se levanta haciendo un ademan de despecho.

Hermilia.

Tente, Tulia.

Numa.

Que aun el alivio de morir nò tenga!

Tulia.

Alza del suelo. Hermilia .. Mas ¡ó Dioses!
Qué palidez!... Respira! Vuelvan, vuelvan
(Con ironia amarga.)
à florecer, Sabina, los jazmines,
vuelvan á renacer las azucenas.
O pese á mi despecho que ha inmutado
tan hermoso semblante! Ya no temas:
Numa vive... ¿Pretendes mas de Tulia?

Hermilia.

Entiendo tu lenguage, i ya me pesa
que mi importuno arrojo interrumpiese
tan deliciosa lid. Sigan las quejas,
i hasta las amenazas, pues que Numa
tiene en tu misma espada la defensa.
Pero con todo, advierte que las armas
del iracundo Marte, son agenas

de las guerras de amor, donde tan solo
con suspiros i lloros se pelea.

ESCENA VII.

Tulia empuña la espada en accion de seguirla, i Numa la detiene.

Tulia.

Espera, osada Hermilia ..

Numa.

Dueño mio,
modera tu despecho.

Tulia.

Yo estoi ciega!
¿Ya qué dudo?... Sus ojos... Aquel tono...
(*Reflexionando con inquietud.*)
Su sobresalto... Sí: cierta es mi ofensa.
Por fin, Numa, el acaso ha descubierto
tan oculto misterio. Las finezas
de una sabina llevan en su abono
la gracia nacional que te embelesa.
Pero, ¿por qué, mudable, interrumpiste
mi venturosa calma? Tus cautelas
me hicieron detestar el ronco acento
del bélico clarin. Solo las selvas,
las silenciosas grutas, los retiros,
que nuestro amor buscaba, aquellos eran
mi centro i mi delicia. Allí sentados,
arrojando los yelmos en la yerba,
entre tiernos suspiros me decias,
que luego que la guerra suspendiera
sus sangrientos horrores, en placeres
convertidas serian nuestras penas.
Pues bien: ya en Roma estamos: ya el guerrero
no vela con la pica: ya no suena
la belicosa trompa: dí engañoso,
(*Empieza á enternecerse.*)

¿Qué se han hecho tus ayes i promesas?
Burlar mi confianza, abandonarme, (*llora.*)
posponerme á otro amor, ¡triste! ¿son estas
las glorias de la paz que me anunciabas?
¿En qué faltò mi fé?... Mas, ¿qué flaqueza?
Llanto en mis ojos! Cuándo? Horrores, furias,
desastres pronostican estas fieras,
estas funestas lágrimas que vierto.
Yo haré que mi enemiga se arrepienta
de su triunfo: yo haré...

Numa.

No, no te agravia
la infeliz. Oye, i luego nos condena.
Tacio nos une, Tacio que en mis manos
pone del reino las pesadas riendas.
Hoi me impuso el precepto. Quizá Hermilia
se acercarà á las aras con violencia.
Quién sabe! quizá llora, como lloro,
un desgraciado amor.

Tulia.

No la defiendas.
Ya todo lo penetro. Ella te ama,
te ofrece una corona, i tú la aceptas.
Pérfido, tu ambicion mas te envilece.
Si la amaras, ingrato siempre fueras
con la burlada Tulia: mas dejarme
por un vil interes!...

Numa.

Cruel, ¿tal piensas
del generoso Numa?

Tulia.

Pues qué, aleve,
¿pretenderás decir que la obediencia
te arrastra á tan odioso sacrificio?
Fementido, conozco tus cautelas.
Ni Tacio te obligára: ni su hija
involuntaria al tálamo subiera,
si tú no fueses débil. Pero, injusto,

la corona i la púrpura que anhelas
no halagarán tu orgullo. La codicia
de Rómulo pondrá su altiva huella
sobre el trono sabino, i estas manos
te forjarán, ingrato, la cadena.
(Vase por el camino de Roma.)

ESCENA VIII.

Numa solo.

¿Habeis saciado ya, funestos Dioses,
vuestra terrible còlera? ¿Qué senda
puedes, Numa, tomar donde no encuentres
fatales precipicios? Solo resta
la muerte á mi dolor... Mas ai! que nunca
fulmina al que la invoca su saeta.

ESCENA IX.

Numa, Rómulo, Tacio, Marcelo, Ostilio, i séquito romano i sabino.

Ròmulo.
¿Qué es esto, amado Numa? En este dia
de plácido reposo, ¿còmo dejas
el lado de un amigo que procura
darte el hermoso premio que deseas?
Numa.
¿Yo premio, invicto Rómulo? No agravies
el noble amor de gloria, que me eleva
sobre todos los riesgos. Numa solo
de sus mismas hazañas se alimenta.
Rómulo.
Sin embargo es mui justo que mis dones
distingan á un guerrero que en la arena

de los héroes mis ínclitos laureles
con afan i sudor cultiva i riega.
I así fuera del cetro, yo no encuentro
mas sublime, mas dulce recompensa
que la mano de Tulia.. No te turbes,
amado Numa. ¿Acaso, dí, recelas
que el contacto del mirto i de la rosa
empañe el esplendor de la cimera?
Desecha esos escrúpulos, pues tienes
el ejemplo de Marte i Citeréa:
fuera de que yo sé que la alma Venus
no es para Numa tan funesta estrella.

Numa.

Señor... ¿Qué le diré? Crueles hados,
Aun hai mas torcedores! Dura prueba
con un alma afligida!

Rómulo.

Qué vacilas?
Ven á Roma á encender las sacras teas.
Tulia espera tus brazos. ¿Enmudeces?

Tacio.

Su silencio, gran Rómulo, dispensa.
Yo que conozco bien sus sentimientos,
que sé su pundonor, i las ideas
que debe á mi enseñanza, considero
la lucha que á su espíritu consterna.
No debes estrañarla. Una ventura
que escede tus deseos, una oferta
que aun el divino Marte envidiaria
es forzoso que el ánimo suspendan
entre la vanidad de conseguirlas,
i la incapacidad de poseerlas.

Rómulo.

Qué enigma es este, Tacio?

Tacio.

No te alteres,
i sabrás mis designios.

Numa.

Dura estrella!

Tacio.

Yo siento, ilustre Rómulo, que el tiempo
entre sus pies veloces me atropella,
i que toco la orilla del sepulcro.
En este triste estado ya la diestra
se rinde al peso del dorado cetro,
ya la arrugada frente se doblega
bajo de la corona, i ya mi labio
en las leyes imprime la torpeza.
Ah! que diverso estoi de aquel que un tiempo
en medio de las trágicas escenas
que la guerra acaudilla, cultivaba
los frutos de la paz! Mas todo cesa:
todo se acaba en fin. Hoi solo aspiro
à gozar los momentos que me restan
en tranquilo reposo, preparando
mi decorosa tumba. Mas la tierna
edad de Hermilia, su inesperto séxo,
i en fin su natural delicadeza
exigen un esposo en cuyos hombros
la mole del gobierno se sostenga.
Este es Numa, señor; i así perdona
si el deber que á su patria lo encadena
le obliga á posponer en este empeño
tan sublime, tan dulce recompensa.

Rómulo.

¿Con que el indòcil Tacio se complace
solo en contradecirme? ¿Quièn creyera
tanto orgullo i audacia en un caduco?
¿Pero de qué me admiro? Mi prudencia,
mi dulzura, i bondad la causa han sido
de haber osado erguir vuestra soberbia
la envanecida frente. ¿Ya qué falta
sino que en el senado Roma vea
dictar leyes á Tacio desde el trono,
i á Rómulo postrado obedecerlas?

Yo, yo tengo la culpa: yo que incauto
desprecié à los principios la centella
que arrojó vuestra oculta altaneria.
Pero si te ha engreido la indolencia
con que he visto mi cetro obscurecido
á la sombra del tuyo, todos sepan
que tú terminaràs la larga série
de los reyes sabinos. Tacio, reina
todo el tiempo que el hado te ha prescrito:
pero cuando en la pira se conviertan
tus miembros en cenizas, mis hazañas
herederas serán de tu diadema.

(Vase con los romanos.)

ESCENA X.

Tacio, Numa, Ostilio, i sabinos.

Numa.

Echaste, suerte injusta, todo el resto.

Tacio.

En fin, sabinos, reventó ya el etna
que apenas humeaba. Los tiranos
presentan á los pueblos la moneda
de una falaz virtud, para que incautos
su dulce libertad alegres vendan;
mas ¡ai del infeliz que el torpe dolo
cual nosotros descubre! Entonces cesa
la falsa probidad, i el despotismo
con todos sus horrores se despliega.
En efecto, ya Rómulo nos habla
en su funesto idioma: ya os presenta
el insufrible yugo. El plazo es corto.
Acaso en la voluble aguzadera
se afila ya el puñal que ha de esgrimirse
contra mi débil pecho. La sospecha
de un crímen en quien siempre los maquina,

tiene todo el aspecto de evidencia.
Debemos recelarlo. I bien, sabinos,
¿qué pensais de la suerte que os espera?
¿Imaginais que Roma se declare
vuestra amorosa madre? ¿Que os conceda
privilegios i honores? ¿Que os adorne
con todo el esplendor de su grandeza?
Qué error, sabinos! Los altivos pueblos,
que con las duras leyes de la fuerza
justificar pretenden sus conquistas,
no miran los paises que sujetan
como ramas de un tronco, sino como
humildes i viciosas yerbezuelas,
que arrimadas al árbol, solo sirven
para indicar mas bien su corpulencia.
Vosotros vivireis con los romanos
dentro de unas murallas. En la guerra
mezclareis vuestra sangre con la suya:
regareis las campiñas i praderas
con un mismo sudor; mas no espereis
de sus victorias, auges i riquezas
otro fruto mas grato que el desprecio,
que la dura injusticia, que la ofensa,
que el mote de sabinos, cuyo nombre
será, sí, la mayor de las afrentas.
I qué, ¿sereis tan viles que indolentes
consumireis la vida en la tarea
de enriquecer las manos que os ultrajen?
¿Vereis sin exhalar ardientes quejas
crecer en pobre hogar vuestros hijuelos
para arrastrarlos luego à ser ofrendas
de la ambicion de Roma? ¿Sufrireis
que las antiguas glorias, las proezas
con que os ennoblecieron vuestros padres
al soplo de la infamia desparezcan?
No permitan los dioses que en los brazos
de una turba de esclavos se desprenda
mi fatigado espiritu! Primero

sobre vuestros cadáveres me hiera
la espada del romano. Sí, sabinos:
todos morir debemos en defensa
de nuestra libertad. ¿Cuàl es el hombre,
que á su voz poderosa no se sienta
con las fuerzas de Alcides? ¿Que no anime
un escollo en el pecho? Yo, que apenas
conservo algun calor en este frágil
esqueleto, que el tiempo encorva, i yela,
siento ya discurrir desde éste instante
un fuego celestial de vena en vena.
Ea, nobles sabinos, este bosque
ha de ser nuestra tumba, ó la palestra
del mas glorioso triunfo que celebren
los fastos de Sabinia. Nadie tema:
que nuestra es la justicia. Las deidades
apartaràn los dardos i saetas
de nuestros pechos; i el tonante Jove
desde la alta region de las estrellas,
á un leve movimiento de su frente
hará que caigan en menudas piezas
las legiones romanas. No dudemos
de su equidad. Corramos à la empresa
llenos de confianza... Mas si acaso
hai alguno que al riesgo retroceda,
si hai alguno tan débil que á la muerte
anteponga la infamia i la cadena;
¿qué aguarda entre nosotros? Que se marque
con la negra señal de su vileza:
que se arrastre à los pies de un duro dueño
como torpe reptil. Esa es la senda
que conduce a los hierros. Que se vaya:
no nos insulte mas con su presencia.
Sabinos, elegid: son dos estremos:
aquí todo es honor, allí es afrenta.

Sabinos.

El morir elegimos.

Ostilio.

Justo Tacio,
no dudes del valor que manifiestan
tus leales vasallos. El sabino
conserva en su carácter la entereza
que le inspiran tus leyes, unas leyes
que el vicio impiden, la virtud enseñan.
I así jamás podrá besar la planta
de un ambicioso dueño, que pretenda
en la torpe ignominia embrutecerlo
para atarlo à su carro como fiera.

Tacio.

Eso si, nobles almas: perezcamos,
antes que la ambicion nos veje i hiera
con su cetro de hierro. Vuestro rei
el ejemplo os darà, seguid sus huellas.
¿Mas tú enmudeces, Numa?

Numa.

Tú conoces
todos mis sentimientos. En la èstrema
calamidad que aflige á mis patricios,
Numa de su deber solo se acuerda.

Tacio.

Pues algunas partidas se dirijan
á los vecinos pueblos, donde puedan
algunas provisiones prepararnos.
Nosotros entretanto con cautela
entraremos en Roma, i esta noche
cuando medie la luna su carrera
podremos conducir lo mas precioso
de nuestros cortos bienes à esta selva,
de donde partiremos en buen órden
à buscar otros lares, aunque sea
sobre las altas nieves de la Escitia,
ó del Africa ardiente en las arenas.

Ostilio

Tu prudencia, señor, es nuestro norte.

Tacio.

Pues, heróicos sabinos, á la empresa.

Ostilio.

La muerte nos es grata.

Numa.

Nuestra patria
su libertad conserve. (Aunque yo muera.)

Tacio.

Númenes tutelares de Sabinia,
la justicia nos arma, protejedla.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

La misma escena del bosque sagrado con vista de los muros de Roma. Las tiendas de los sabinos á la izquierda. La de Tacio en primer término, cuyo vestíbulo, formado de un toldo de púrpura, asido de los árboles, i sus puntas apabellonadas por los troncos, se estenderá hasta la mitad del teatro.

Tacio i Hermilia

Hermilia.

¿Qué esperamos, señor? ¿Por qué motivo
no te alejas del bosque? Mucho temo
los rigores de Rómulo.

Tacio.

No es fàcil
ejecutar, Hermilia, tu consejo.
La suma vigilancia del tirano
descubrió nuestra fuga, i al momento,
como hambriento leon que los balidos
del tierno recental sigue á lo lejos,
así salió de Roma en nuestro alcance
Retardaban el paso á mis guerreros,
ya la esposa que asida de la diestra
tropezaba en las peñas; ya el hijuelo
que con su acerbo llanto humedecia

el acerado arnes: ya en fin el viejo
á quien el torpe bàculo guiaba;
i así en breve escuchamos el estruendo
de las romanas armas, i las voces
con que aplaudian ya su vencimiento.
Yo en fin para evitar nuestra ruina,
formo mis escuadrones, i resuelto
con la ronca trompeta lo provoco:
mas el astuto Ròmulo temiendo
empeñar un combate entre las sombras,
detuvo hasta la aurora su ardimiento.
Nuestras segures cortan entre tanto
las gruesas hayas, los antiguos fresnos
que el rito de estos bosques defendia:
de suerte que al dorar el padre Febo
las elevadas cumbres, el romano
halló un antemural de unidos leños
capaz de contener su fiero orgullo.
Sentó su cuerpo entonces guarneciendo
las lomas inmediatas, desde donde
atalaya i observa tan atento
todas nuestras acciones, que no ès dable
la marcha proseguir, sin que primero
decida una batalla, si Sabinia
debe adorar de Roma los decretos.

Hermilia.

¡O si nos concedieran las deidades
siquiera el triste asilo de un desierto,
donde en humildes chozas de retama
tantos tronos tuvieses como pechos!

Tacio.

No, Hermilia, no me envidies el reposo.
Numa i tú reinareis, si acaso el cielo
se nos muestra propicio.

Hermilia.

Pero, padre,
¿pudiera ser dichosa poseyendo
un corazon herido de otra flecha?

Ai cuál fuera mi afan, i cuál su tedio!
Pues prisiones, señor, que amor no labra,
son insufribles i pesados hierros.

Tacio.

No receles, Hermilia. Las violentas
pasiones nunca duran mucho tiempo.
Numa suspirará, mas tus virtudes
tienen siempre seguro el vencimiento.

ESCENA II

Tacio, Hermilia, Numa i Ostilio.

Numa.

Rómulo se dirige, enarbolando
la pacífica oliva, al campo nuestro.

Tacio.

¿Qué pretende el tirano? ¿Solicita
con su falsa elocuencia someternos
al yugo que nos forja? ¿O se persuade
desarmar fácilmente nuestro esfuerzo
con vanas amenazas? Lo conozco.
No podrá alucinarme. En este puesto
lo aguardo. Parte, Numa, á conducirlo.
I tú, Ostilio, coloca mis guerreros
en torno del vestíbulo.

ESCENA III.

Tacio, Hermilia i Ostilio, que coloca las guardias sabinas al rededor de la tienda.

Hermilia.

Aun me anima
la esperanza, señor, de algun convenio.
Quien sabe si los Dioses...

Tacio.

Sí: los dioses
pueden hacer que moren en un lecho
el cordero i el lobo; pero mientras
no deje de reinar la edad de hierro,
debe el hombre prudente en los peligros
esperar con cautela los portentos.

ESCENA IV.

Tacio, Hermilia, Ostilio, Numa, Tulia i Rómulo con un ramo de oliva.

Rómulo.

Jamás imaginé, prudente Tacio,
declararte mis quejas en un cerco
de amenazantes picas, i á la sombra
de este sagrado ramo. Mas ya veo
que los hombres crueles, los que llenan
de terror i de sangre al universo
con sus fatales triunfos, sacrifican
á la santa amistad unos afectos
mas ilustres, mas dulces, mas sencillos,
que los de esos espíritus modestos,
que en público predican las virtudes,
é idolatran los vicios en secreto
Tacio, haciéndole señal de sentarse en unos escaños que han acercado.
Así será, gran Rómulo. Mas dime,
porque nuestras ideas confrontemos,
¿qué es la santa amistad? ¿Es por ventura
un simulado ardid, un torpe medio
de someter los cuellos que rehusan
un tiránico yugo? ¿Es un pretesto
que busca la ambicion para lanzarse
como infernal harpía sobre un cetro,
cuyo claro esplendor provoca i mueve

su atroz voracidad? ¿Es pues un velo
que tiende cautelosa la injusticia
sobre la falsedad, i el vilipendio
con que abate i ultraja la inocencia,
con que inculca i viola los derechos
de unos pueblos que nacen, que respiran
en dulce libertad? Yo te confieso,
que si esta es la amistad, Tacio te debe
los mas puros i fieles sentimientos,
pero, si como juzgo, sus colores
son el desinteres, el fino afecto,
la mutua confianza, la franqueza,
i la simple verdad, duda no tengo
de que eres mi enemigo. Si: no fio
de tus dobles palabras: me estremezco
al verte en mi presencia; i esas picas,
esas fuertes espadas, esos yelmos,
aun me parecen débiles recursos
para las fieras artes de tu pecho.

Rómulo.

No ceses de ultrajarme si asi halagas,
la implacable ojeriza, que tan negros,
tan horribles colores ha prestado
á tu duro pincel. ¿Hai mas dicterios?
Tirano, injusto, avaro, un fiero mònstruo
ante tu tribunal hoi comparezco.
¿Pero quién me condena? Solo Tacio:
Tacio que dicta leyes en mi reino:
Tacio que ocupa parte de mi trono:
Tacio en fin por quien sudo, por quien vierto
mi sangre en los combates. ¡Quién creyera
que tan rígido fueses! Mas ya veo
mi crímen capital. ¡Qué fátuo! Dije,
que asi que descansases en el seno
de los dioses, romanos, i sabinos
habian de obedecer à un solo dueño.
Esta es mi culpa, sí. Pero ¿en qué, Tacio,
perjudicarte pueden mis intentos?

¿Quieres aun gobernar desde la urna
el pueblo i el senado? ¿Tendrás celos,
ya convertido en polvo, de que empuñe
viviente mano tu adorado cetro?
No te juzgo tan débil. Es preciso
que resuelvas nombrar un heredero
que imite tus virtudes. ¿I quién puede
ser mas digno que Ròmulo? ¿Mi esfuerzo
no sabrá conservar el claro lustre
de tus predecesores? ¿En mi celo
no hallaràn los sabinos un buen padre,
un vigilante rei...

Tacio.

Pero estrangero.
Ah! Rómulo! ¿no sabes que los hombres
amamos ciegamente los objetos
que al salir de la cuna nos sorprenden?
¿Ignoras que jamás borran los tiempos
las primeras ideas que en la cera
de la tierna niñez estampa el sello
de nuestra educacion? Dí, ¿qué sabino
no verá derribar con sentimiento
el augusto dosel que á tanta costa
elevaron sus ínclitos abuelos?
Yo lo miro correr hácia la tumba
donde descansan los helados restos
de sus héroes: yo escucho sus gemidos:
«Padres, clama llorando, vuestro esfuerzo
fué inútil à la patria, á vuestros hijos
i á vuestra misma gloria. Ved el suelo
que vuestra ilustre sangre ha fecundado
tributar hoi sus frutos al que ha puesto
sobre nuestra cerviz la dura planta.
¿No veis desnudos los sagrados templos
de los ricos despojos que colgaron
vuestras manos triunfantes? ¿Qué se han hecho
los metales, las piedras que en colunas
en lápidas i estátuas defendieron

del choque de los siglos vuestros timbres?
Ai, que el precioso polvo de esos huesos
ha perdido su lustre, i solo sirve
para causarnos tràgicos recuerdos!»
Tales serán, ó Ròmulo, los gritos
del mísero sabino, justo duelo
de su eterna desgracia. ¿I con qué voces
podrás justificar en ningun tiempo
semejante violencia? ¿Dónde hallaste,
si la fuerza esceptuas, un derecho
que tales tiranias autorice?

Rómulo.

En el libro de todos los guerreros.
Yo no examino leyes, sino sigo
las que abrazan los héroes, cuyos hechos
se respetan i aplauden en el orbe.
Desengáñate al fin. Cuantos imperios
en su luciente giro el sol registra
tuvieron breve cuna, ó en el hueco
de un cortezudo tronco, ú en la quiebra
de una encorvada peña; pero luego
que en brazos de la gloria comenzaron
à gustar el dulcísimo alimento
de las grandes victorias, de tal suerte
desenrollaron sus robustos miembros,
que colosos enormes hoi oprimen
los montes i los mares con su peso.
Estos ejemplos, Tacio, me convencen
mas que todas tus voces; i supuesto
que Roma esta en la infancia, que ahora debe
desplegar su estatura, doble el cuello
la decrépita Italia, i no pretenda
murmurar lo que admira el universo.

Tacio.

Poco me importa, Rómulo, que Italia,
toda la tierra sirva de sustento
á tu loca ambicion, como Sabinia
su libertad conserve. Sí: yo creo

que mis votos se cumplan; porque antes
que Roma entre sus bárbaros trofeos
numere á los sabinos, despechados
prometemos lidiar; mas lidiaremos
teniendo à nuestra espalda las matronas
que armadas de puñales, al momento
que nos miren exánimes, de un golpe
clavarán nuestros hijos à sus pechos,
para que no le quede á tu injusticia,
sino la vanidad del vencimiento.

Rómulo.

¿I tú eres el humano? ¿El que detesta
los estragos? Cruel! yo me estremezco
al contemplar la imágen que tú pintas
con tal serenidad. ¿Quién tan horrendo
designio te ha inspirado?

Tacio.

¿Quién, preguntas?
Tu tirana ambicion. Sí: yo detesto
los males de la guerra. Con mi sangre
compraria la paz del universo.
Pero cuando se trata de oprimirnos,
de igualarnos al bruto, destruyendo
los lazos que nos unen con la patria,
no piedades, no dulces sentimientos
mi corazon ocupan, sino horrores,
iras, destrozos, todos los despechos
de una fiera que herida i acosada
vibra en torno las garras en el viento.

Rómulo.

Admiro en tí ese ardor, esa constancia
que no sabré imitar. No quiera el cielo
que dos pueblos amigos se destrocen
por un vano capricho, un devaneo
de sus ciegos caudillos. Ah! buen Tacio!
mitíguense las iras. Haya un medio,
i ahorremos tanta sangre. ¿Qué pretendes?

Tacio.

La libertad perpétua de mi pueblo.

Rómulo.

Yo no pensé jamás esclavizarlo.
Los cielos son testigos. Mas supuesto
que llaman los sabinos servidumbre
obedecer à Ròmulo, no intento
violentar su albedrío. Vivan libres,
reservándose Roma el privilegio
de elegirles monarca, si la muerte
se lo impide al que reine.

Tacio.

Me convengo.

Rómulo.

Solo sí te suplico que permitas
la union de Numa i Tulia. Comencemos
á estrechar la amistad de ambas naciones
con los mas dulces vínculos, haciendo
venturosas dos almas que se abrasan,
holocaustos de amor, en blando fuego.

Tacio.

Pero Numa...

Rómulo.

¿Qué dudas? Entre tantos
pròceres i magnánimos guerreros
hai muchos cuyas ínclitas virtudes
merecedoras son del alto premio
que á Numa preparabas.

Tacio.

No lo ignoro...
Mas mi amor paternal... Tantos desvelos...
Ah! que perder á Numa es sacrificio
que tan solo la paz puede obtenerlo.
En fin cedo á tu instancia.

Numa.

Justos dioses,
vuestra clemencia adoro.

Tulia.

Crueles celos
mi ventura envenenan.

Hermilia.

Ah! qué breve
todas mis esperanzas fenecieron!

Rómulo.

Pues, Tacio, si los jueces de los reyes
son las altas deidades, en el templo
de Marte será justo que los pactos
con el himno i la víctima sellemos.

Tacio.

Donde quiera que estoi sé que los dioses
mis acciones observan, i procedo
con la santa verdad que les es grata.
Pero desvanezcamos tus recelos.
Lleguemos al altar, i el sacro Númen
que penetra los íntimos secretos
del corazon humano, con su dardo
castigue al violador del juramento.

Rómulo.

El justo nunca teme. Vé á las aras,
que en ellas con la víctima te espero.

ESCENA V.

Tacio, Numa, Ostilio, Hermilia i sabinos.

Tacio.

Ya te sigo, gran Rómulo. Sabinos,
yo bien sé que jamas disfrutaremos
de una perfecta paz, mientras de Roma
no nos separen pièlagos inmensos.
Sé que miente el tirano. Sus crueldades,
su implacable ambicion, su altivo genio,
no es posible sin dolo que dividan
con un mortal la gloria i el imperio.

Mas vuestra situacion, el riesgo, el trance
me obligan á ceder. Sabinos, esto
tan solo es prolongar el triste plazo
del choque i del horror. Con que velemos,
no apartemos los ojos de ese mónstruo,
que intenta cauteloso adormecernos
para mas á placer despedazarnos.
Todos siempre tengamos junto al lecho
el escudo i la espada: nadie cuelgue
la coraza i el casco, pues recelo
que la señal de armarse será el golpe,
i el momento terrible no está lejos.

Ostilio.

Nosotros viviremos vigilantes,
i en siendo necesario venderemos
nuestras vidas mui caras.

Tacio.

Ven, Ostilio,
i veràs el impío atrevimiento
con que un mortal perjura ante los dioses.
Tú, Numa, permanece en este puesto,
i custodia por último servicio
estas tristes familias mientras vuelvo.

ESCENA VI.

Numa i Hermilia.

Numa.

Duro amor; de què sirven tus delicias
si gloria i patria por gustarlas pierdo.

Hermilia.

Solo tú debes, Numa, de estas paces
recibir parabienes. Nuestro pueblo
no mejora de suerte, pues conoce
la amistad del romano, i los convenios
mas sobresalto que alborozo infunden.

Yo he salido tambien de un devaneo.
de una amable ilusion que me pintaba
menos terribles los presentes riesgos;
de suerte que los hados han cambiado
de circunstancias, pero no de objeto.
Solo tú eres dichoso, lo repito,
tú que al pié del altar oirás el eco
de un sí que tanto anhelas, que termina
todos tus ayes, todos tus tormentos.

Numa.

¿I juzgas, bella Hermilia, que tranquilo
al suspirado tálamo me acerco,
yo, que miro los males de mi patria?
No agravies (ai de mí!) con tal concepto
mi noble corazon. Si á los altares
lleva mi infausto amor algun consuelo,
solamente se cifra en la esperanza
de poder conseguir por este medio
la salud de Sabinia.

Hermilia.

Calla, Numa:
¿piensas tú que nosotros estimemos
una salud precaria? ¿Con que estriba
nuestra felicidad (¡de pena muero!)
en las dulces ternezas que tu labio
tribute á una orgullosa? No: los buenos,
los honrados sabinos no acostumbran
á comprar su justicia à tan vil precio.
Tú, patriotismo! Pérfido, no finjas.
Si querias librarnos de los hierros,
del baldon con que Rómulo nos trata:
¿Por qué rehusaste, ingrato, el regio cetro
que te ofreciò mi padre? ¿Por qué, aleve,
no mostraste el valor, el ardimiento
que Tulia te inspiró, cuando seguias
al compàs del clarin su hermoso ceño?
Yo entónces ¡ai! yo entónces, aunque débil,
te hubiera acompañado entre los riesgos,

animado en las lides, defendido
de los mortales tiros con mi pecho.
¿Mas qué digo? Perdona si mis ansias
interrumpen los dulces pensamientos
que á las próximas dichas anteceden.
Haces bien: tú la adoras: tú eres dueño
de su albedrío. Goza, feliz Numa,
goza tan alto bien, i nuestro duelo
termine con la muerte. No te culpo:
tu destino es amar, gemir el nuestro. (*vase*)

Numa.

Aguarda, bella Hermilia...

ESCENA VII.

Numa i Tulia.

Tulia.

Tente, ingrato:
escúchame un instante, i sigue luego
á tu dulce tirana.

Numa.

Dueño mio,
¿de qué tus iras nacen? Yo no intento...

Tulia.

Deja satisfacciones. ¿De qué sirven
inútiles palabras? Hubo un tiempo
en que mi ceguedad se alimentaba
de pueriles, de locos devaneos;
pero ya repetidos desengaños
me han quitado la venda. Sí, perverso:
conozco que las teas que se encienden
te llenan de pavor. Ah! yo no llevo
en dote la corona que codicia
tu loca vanidad. Un puro afecto,
una constante fé, vé aquí las arras
que conduce al altar mi amante pecho,

prendas, sí, mui preciosas para un alma
sensible i virtuosa; mas trofeos
despreciables i odiosos para Numa
que esperaba de Hermilia todo un reino.

Numa.

¿Qué profieres, cruel? ¿Yo posponerte
al esplendor del trono? ¿Al vano incienso
que envuelve los palacios? ¿Al deleite
de ver el maquinal abatimiento
de la infame lisonja? Tú me juzgas
tan débil, tan demente? Justo cielo,
¿qué puede compararse con la gloria
de amar i ser amado? ¿Qué embeleso
como el de un corazon que se embriaga
de dulces esperanzas? Yo desprecio,
monarcas de la tierra, vuestra pompa
sin los tiernos i fieles sentimientos
que me ha inspirado Tulia. Sí: una gruta,
un escarpado risco, los desiertos
de la Libia, si Tulia me acompaña,
serán para mi amor tronos é imperios.
No lo dudes, mi bien: tu blanca mano
es la felicidad que ansioso anhelo.
Testigos son los dioses..

Tulia.

Sí: los dioses
saben tus falsedades. Yo no invento
ilusiones. ¿Lo fueron tus tibiezas?
¿La pretension de Tacio? ¿Los misterios
de la insensata Hermilia? ¿La ternura
con que aquí la llamabas? De ira tiemblo!
¿Cómo para el ingrato no hai suplicios?
Pero basta de quejas. Solo vengo
á librarte, traidor, de la violencia
con que al ara te arrastran. Cobra aliento.
Dile á Rómulo, dile que no adorne
el tálamo nupcial: que el blando fuego
que me abrasaba el alma se ha estinguido

cual leve exhalacion: que te aborrezco,
que jamás te amaré.

Numa.

Deten el labio,
si no quieres, tirana, que el esceso
de mi dolor me acabe. Amada Tulia.
confieso que el tirànico precepto
de un funesto deber, tan suave lazo
me obligó á renunciar. ¿Mas cuáles fueron
mis congojas entònces? Estos troncos
son testigos del bàrbaro despecho
de mi ardiente pasion. Mis tristes ayes
sin cesar resonaban en los huecos
de sus rotas cortezas, i las grutas
tu nombre articulaban à lo lejos.
Ai que horribles instantes! El delirio
me arrastraba á la muerte, i si los cielos
hubieran decretado el duro choque
entre Roma i Sabinia, por los densos
escuadrones hubiera penetrado,
despreciando los tiros, i cubierto
de mortales heridas á tus ojos
víctima del amor hubiera muerto.
Ve aquí toda mi culpa. Mas ¡ai triste!
(*Con espresion que vá creciendo por grados.*)
que yo no te ofendí. Tú, amado dueño,
sabes cuàn poderosas son las voces
del honor i la patria. Sí: yo advierto
mas tranquilo tu rostro. Tú disculpas
al desgraciado Numa. Hados adversos,
al pie de los altares, cuando enciende
sus lucientes antorchas Himeneo,
¿huirá Tulia de mí?... No yo conozco
su tierno corazon. Mitiga el ceño,
cesen, mi bien, las iras, ó tu espada
termine mi dolor: vé aquí mi pecho.
(*Se arrodilla presentándole el pecho.*)

Tulia.

¿Dónde aprendiste, dónde, ese lenguage
de seducir las almas? ¡Que sabiendo
la màgia de tus voces, mis oidos
se presten á su encanto lisongero!
No, engañoso, yo huiré de tus ficciones,
de esos halagos pérfidos que temo
mas que la misma muerte. Adios, ingrato...
Ah Numa... Adios...

Numa, deteniéndola.

Cruel, oye un momento.
Tú olvidarme resuelves! Ai! ¿no bastan
para desagraviarte los acerbos
pesares que me afligen? ¿Qué peñasco,
qué rudo pedernal, qué duro acero
formó tu corazon? Cruel, las fieras
son menos inflexibles. En el centro
de esas hondas cavernas donde braman
las carniceras tigres, mi tormento
hallarà la piedad que en tí no encuentra.
¿Mas para qué la busco, si aun detesto
la clara luz del dia? Presto, injusta,
saciarás tu ojeriza. Sí: yo espero
que no tarde la muerte... ¿Mas qué digo?
Aqui mismo, á tus pies, ten el consuelo
de mirarme espirar.

(*Saca la espada, i al arrojarse sobre ella, Tulia lo detiene.*)

Tulia.

Mi bien, ¿qué haces?
Deten el brazo... ¡O Dioses!

Numa.

Qué oigo, cielos!
¿Yo tu bien, Tulia mia?

Tulia.

Sì: tú sabes
que Tulia es débil, i que el triunfo es cierto.

Numa.

Deja mi dulce amor...

(*Al arrodillarse se oye estruendo de guerra.*)

Voces.

Al arma, al arma.

Numa.

¿Mas qué voces son estas?

Tulia.

Yo recelo
nuevos males. El campo se conmueve.
¿Si acaso los romanos han dispuesto
algun ataque? Mas sin órden, ¿cómo
se atreven?...

Numa.

Vé, mi bien, á contenerlos
que yo lo mismo haré con los sabinos.

Tulia.

Mi vista sola calmará este esceso.

ESCENA VIII.

Numa i sabinos que toman arrebatadamente las armas.

Sabinos.

A las armas.

Numa.

Sabinos, ¿dònde vais?
¿Qué riesgo os sobresalta? Deteneos:
las iras refrenad.

ESCENA IX.

Numa, los sabinos, Hermilia i matronas sabinas que salen despavoridas.

Hermilia.

Acude, Numa,

las voces i el rumor son hácia el templo...
Mi padre es quien peligra! Justos dioses,
su vida conservad, ó yo fallezco.

Numa.

Seguid todos mis pasos.

ESCENA X.

Numa, Hermilia, sabinos, i Ostilio que llega agitado.

Ostilio.

Noble Numa...

Numa.

¿Qué ha sucedido, Ostilio? Di, ¿qué es esto?
¿Qué es de Tacio?

Ostilio.

Espirando lo conducen.

Numa.

¡Qué escucho, hado cruel!

Hermilia.

Cielos, yo muero!. .

Numa i los demas sabinos quedan en actitud que espresen el dolor i el espanto. Hermilia se desmaya en los brazos de las sabinas, i mientras Ostilio sigue hablando vuelve á recobrarse.

Ostilio.

Hechas las libaciones, consumidas
las sangrientas entrañas en el fuego,
i jurados los pactos, ambos reyes
en el sagrado umbral se despidieron.
Entramos en el verde laberinto
que forman los robustos i altos fresnos,
i al llegar á esa peña, cuya punta
domina todo el bosque, diez guerreros
que tras su ruda mole se ocultaban
en ruidoso tropel nos embistieron.
Las repentinas voces, i los dardos

que silvando por cima de los yelmos
cayeron en la yerba, nos sorprenden;
pero desesperados i resueltos,
apretando en las manos las espadas
corremos como fieras á su encuentro.
Resuena el martilleo de las armas
en torno de la selva, i por el viento
vuelan en leves piezas los plumages.
Los traidores persiguen con empeño
al débil Tacio, intrépidos nosotros
procuramos entonces defenderlo.
Aqui i alli corremos á cubrirlo
con los fuertes escudos: nuestros pechos
respiran con afan, unos i otros
nos apiñamos: Tacio siempre en medio
del confuso tropel titubeaba.
Pero al fin la fatiga, el desaliento,
nuestra desgracia ¡ó Dioses! no lo pudo
librar del mortal golpe. Cayò al suelo
el miserable anciano: los traidores
huyeron hácia Roma, i en su seno
horroroso taller de iniquidades
los viles regicidas se escondieron,
sin que el cielo testigo del delito
vibrase el rayo, concitase el trueno.
Pero Tacio...

ESCENA XI.

Tacio herido en los brazos de cuatro guerreros: Hermilia i Numa se arrojan á sus pies, i Ostilio i los demas sabinos forman el cuadro del dolor i la turbacion.

Numa.

Señor ..

Hermilia.

Padre ..

Tacio.

Hijos mios...

Hermilia.

Como á tan fiero golpe no fallezco!

Numa.

¿Qué manos alevosas se han armado
contra esas nobles canas? ¿Quienes fueron
los viles homicidas? Ah! mi rabia
los sabrá descubrir.

Tacio.

Míseros! ellos
no son los verdaderos delincuentes.
Quien les dictò las órdenes, quien fiero
puso en sus crueles diestras los puñales,
ese es, Numa, el traidor, ese es el reo.
En fin, Rómulo, amigos, ha triunfado
de este débil rival por unos medios
que detesta el honor. Perdona, Numa:
sé que debes sentirlo, mas yo debo
hacer á la verdad esta justicia.

Numa.

¿Qué profieres, señor? ¿Cómo? ¿Yo puedo
ser parcial del delito? ¿Cuándo, dioses,
tuvo Numa tan viles sentimientos?

Tacio.

No te juzgo malvado. Mas ¡ai triste!
que una pasion te ciega. En otro tiempo
mi ultrajada vejez recibiria
este golpe fatal con el consuelo
de ver un vengador en ese brazo.
Pero ya Numa es otro; i yo fallezco
cercado de temores i congojas
que aceleran mi muerte, conociendo
que arrastro hàcia la tumba las reliquias
de vuestra libertad. ¡Mísero pueblo!
sin apoyo, sin guia. Destrozado
si resiste!... Infeliz si humilla el cuello!

Hermilia.

O padre, no imagines que ese ingrato
pudiera ser jamas apoyo nuestro.
¿Dónde está su virtud? ¿Es heroismo
abandonar su patria entre los riesgos
que la cercan? ¿Besar la injusta mano
que avara forja nuestros duros hierros?
¿que ha vertido la sangre del mas justo
de los reyes? ¡Oh Dioses! no son estos
los héroes de Sabinia. Si, inhumano:
vete à Roma, i si acaso el embeleso
de tu adorada Tulia algun sentido
te deja libre, admira el noble esfuerzo
con que en justa venganza de esta ofensa
coronados de gloria perecemos.

Ostilio.

Tranquilizate, ó rei. Todos sin Numa
lidiaremos constantes; i si el ceño
no serenan los hados, i conceden
á Roma la victoria, prometemos
labrarnos de cadáveres romanos
un sangriento i horrible mausoleo.
¿Son estos, compañeros, vuestros votos?

Sabinos.

Sin Numa todos combatir sabremos.

Numa.

Hermilia, Tacio, amigos, ¿cuándo Numa
su patria abandonò? Si: yo confieso
que la violenta llama que en mis venas
las seductoras gracias encendieron
de esa bella romana, me consume,
se enciende mas i mas; pero mi pecho
jamás ha vacilado entre la patria
i esta ardiente pasion. Si un devaneo,
hijo de mi delirio, ha sustentado
mis vanas esperanzas, ya las pierdo.
Nunca, sabinos, nunca el verde mirto
me tejerán las manos de un protervo

que con la frente erguida ante los dioses
comete los perjurios, que soberbio
atropella la fé, rompe los pactos,
i no escusa rigor, no omite esceso
que halague su ambicion. Ah! yo lo juro
por la sangre que mana de este seno
trono de la virtud, por esos dioses
que Rómulo ha ofendido. Sì: detesto
este funesto amor, este delirio
tirano de mi gloria. Ya soi vuestro,
valerosos sabinos: con vosotros
ó vencer ó morir solo deseo.

Tacio.

Ven, mi querido Numa, ven i estrecha
á este infeliz amigo. Ya contento
mi espíritu rompiendo sus prisiones
volará hácia los dioses, pues os dejo,
sabinos, un caudillo... Mas la muerte
su yelo esparce por mis yertos miembros...
Acercaos, hijos mios... Que yo os mire
por la postrera vez.

Hermilia.

Ah! mi tormento
unirá mis cenizas à las tuyas.

Numa.

Ah buen Tacio! Ah señor!

Tacio.

Hijos, mi anhelo
fué conservar en paz vuestros hogares;
pero escuchar mis votos no quisieron
las sagradas deidades... Hoi, sabinos,
que lidieis con valor os aconsejo
por vuestra libertad. . La servidumbre
no es estado de hombres... Crueles hierros
¿à quién no haceis temblar?... Sensible Hermilia,
enjuga el tierno llanto .. De consuelo
te sirva tu virtud... Numa, no olvides
á la hija de Tacio... Santos cielos,

compadeced la suerte del sabino...
Hijos mios... ¡O dioses!... Protegedlos... (*muere.*)

Hermilia.

¿Amado padre?...

Numa.

Cielos, no resisto
tan duro golpe!

Ostilio.

O Tacio, vengaremos
tu desastrada muerte.

Sabinos.

A la venganza.

Numa.

Eso si, amigos mios, nuestro acero
este bosque fatal de sangre inunde.
Inflame vuestras iras el aspecto
de este helado cadàver. Ved su frente,
la augusta frente que sostuvo el peso
de la regia corona. Mas ¡ai triste!
que ya pàlida, exánime ha depuesto
el oro sobre el polvo. Avara mano
se lo arrancó violando los derechos
mas justos i sagrados. Mano aleve,
instrumento de crímenes, yo espero
que los Dioses castiguen tus crueldades.
Ellos fulminarán desde los cielos
sus rayos destructores. En sus ejes
conmoverán el orbe, i al violento
i espantoso vaiven la altiva Roma
inclinará sus torres hasta el suelo:
desplomada caerà como peñasco
desprendido del monte. Oid mis ruegos,
justos Dioses. Vengadnos. Hoi enseñe
vuestro potente brazo à los perversos.
que hai rayos, que hai justicia, que no siempre
tolerais la maldad. I este tremendo,
este triste i funesto desengaño
consérvese indeleble en los fragmentos

de esa aleve ciudad, para que sirva
á la perfidia de perpétuo freno.

Hermilia.

Venganza dioses, escuchad las voces
de nuestra angustia, del agravio nuestro.

ACTO TERCERO.

La misma escena del bosque sagrado, i campamento. En el centro una pira de troncos gruesos ardiendo. Al lado un ara que figure ser de un trozo grande de mármol, sobre la cual estarán la segur, las tazas del vino sacro, i la naveta del incienso. Al rededor habrá por el suelo maniatados, i dispuestos para el sacrificio, algunos corderos i ternerillos con las pezuñas i pitoncillos dorados, sartas de flores enredadas por las testas, etc.

ESCENA I.

Numa i Hermilia en medio de la escena contemplan llorando una pequeña urna puesta en el suelo, donde se suponen recogidas las cenizas de Tacio. Todos los sabinos apiñados al rededor, manifiestan su dolor con los mas espresivos ademanes.

Hermilia.

Regias cenizas, venerables restos
del mejor de los padres i monarcas,
sombra augusta, que escuchas desde el centro
de ese fúnebre vaso nuestras ansias,
¿còmo á la voz de Hermilia enmudeceis?
¿Acaso estingue la funesta parca
el paternal amor? ¿Acaso borran

del turbio Lete las revueltas aguas
tan amables memorias? Mas ¡ai triste!
que en vano gimo, en vano mis plegarias
dirijo á un yerto polvo. Inmenso espacio
nuestra existencia (¡ó misera!) separa.
¡Fiero dolor! Adios, dulces reliquias...
Adios ¡ai! para siempre. Eterna calma
los cielos os concedan.

Numa.

Justo Tacio,
recibe el tierno llanto en que se exhala
la gratitud de Numa, i la de tantos
como gimen tu muerte i su desgracia.
¿Quién nos consolarà? ¿Quiën en los males
que prueban sin cesar nùestra constancia
nos prestarà el alivio? Mas ¿qué digo?
Todos fundan en tí sus esperanzas.
Ai! no nos abandones... Si ya pisas
las amenas i plácidas campañas
de los sacros Eliseos, ah! dirige
tus benignas i amantes ojeadas
á nuestros tristes lloros... Adios padre..
Ai! que el dolor apura las amargas
corrientes de mis ojos!...

Hermilia.

Padre, admite
estos ardientes ósculos que estampa
mi labio en tus cenizas. Los postreros,
sì, los postreros son... Como no acaba
mi aborrecible vida al duro filo
del dolor que me oprime i despedaza!

Numa.

Venid, amigos mios, conduzcamos
estos preciosos restos.

Hermilia.

Que me arrancan
el corazon.. ¡Oh Dioses!... Padre mio,
pronto à tu sombra me unirá la parca.

Numa.

La tierra, justo Tacio, te sea leve.

Sabinos.

A Dios, buen Rei, á Dios: en paz descansa.

ESCENA II.

Un guerrero toma la urna en brazos, i todos la acompañan hasta la entrada de la tienda.

Ostilio apresurado, y los dichos.

Ostilio.

Sabinos, esperad. Los justos Dioses
oyeron nuestros votos. La venganza
nos ofrecen propicios este dia.

Numa.

¿De qué manera? Dì.

Ostilio.

La altiva planta
el tirano dirige à nuestro campo
sin mas escolta que su loca audacia.
Ya no dista dos tiros de saeta:
con que à saciar, Sabinos, nuestra rabia
en su alevosa sangre. Por mil bocas
precipitese airada su víl alma
en el profundo abismo. Nuestro agravio
venguemos, compañeros. Esta espada
el ejemplo os dará. Seguidme todos.

Sabinos.

Muera el tirano, muera.

Numa.

Ostilio, aguarda.
Sabinos, esperad. Oidme. ¿A dònde
las frenéticas iras os arrastran?
¿Qué furia del averno se apodera
de vuestros crueles pechos?

Ostilio.

Numa, aparta.
¿Qué pretendes? Tú impides que ese monstruo
aplaque con su sangre la ultrajada
sombra de Tacio?

Numa.

No: yo no lo impido;
antes pretendo, sí, desagraviarla;
pero no con un crímen. Si el tirano
por saciar su ambicion su nombre infama,
denigra su memoria, los Sabinos
no deben imitarlo en su venganza.
Sí, guerreros ilustres, cuando anime
el malvado sus bélicas escuadras,
cuando armado del dardo y de la pica
provoque nuestro ardor en la campaña,
entonces asaltadlo, perseguidlo
hasta que muerda con mortales ansias
la ensangrentada tierra. De otro modo
contraerà nuestro honor la torpe mancha
de una indigna traicion, y el justo Tacio
sentirá que lo venguen con infamia.

Ostilio.

Cedo, aunque á mi pesar.

Numa.

Fuertes guerreros,
evitad la ignominia. En la borrasca
que ha movido el rigor de nuestros hados,
la muerte es lo de menos. si en la tabla
que á los buenos presentan las virtudes
hoy nuestra gloria, nuestro honor se salva.

ESCENA III.

Numa, Hermilia, Ostilio, Rómulo y Sabinos.

Rómulo.

Os contemplo, Sabinos, penetrados

de la pena mas grave. La desgracia
del inocente Tacio será asunto
de gemidos y llantos, mientras haya
corazones sensibles que veneren
las ínclitas virtudes. Ah! la espada
que atravesó su pecho es imposible
que algun genio infernal no la guiara.
Mas no quedará impune. Si los velos
que ocultan el delito no se rasgan
al golpe de mi cetro, las Deidades
que registran los senos de las almas,
sus rayos lanzarán contra los viles
que osaron derramar sangre tan cara.

Numa.

Por las Deidades, Rómulo, que ceses
una vez de insultarnos. Dí, ¿qué trazas?
¿Vienes á ver tu obra? ¿A deleitarte
con las copiosas làgrimas que bañan
este bosque fatal, fiero teatro
de tus dolos, traiciones, y acechanzas;
ò vienes á elegir entre esta turba
de infelices que injurias y maltratas
otra inocente víctima que adule
tu ambicion y crueldad? ¿A quién señalas
para el golpe insidioso que dispone
tu falso disimulo? Ya las aras,
los juramentos, los mentidos pactos
serán vanos recursos. Tus falacias
nos han escarmentado. Vete, vete:
imagina otros medios con que abatas
nuestra noble altivez. Mas no te canses
todo inutil será: preven las armas.

Rómulo.

Sin duda el sentimiento ha trastornado
tu ofuscada razon. Sí: tal audacia
es hija de un delirio. ¿Mas qué digo?
Solo tu altaneria te embriaga.
¿Yo perjuro? ¿Yo aleve? ¿Yo homicida?

¿Sobre qué fundas, Numa, tan osada,
tan torpe acusacion? Dirás que á Roma
los traidores huyeron. ¿I esto basta?
¿Fueron mis Capitanes? ¿Armó acaso
mi precepto la pérfidia celada?
¿Les mandé dar asilo? ¿Pude entonces
salirles al encuentro en las murallas?
Luego ¿porqué me culpas?

Hermilia.

Porque sabe
que nadie sino Rómulo insidiara
la vida de mi padre. ¿Qué Romano
se quejó en algun tiempo de sus canas?
¿A quién sus justas leyes oprimieron?
¿No consolò piadoso las desgracias
del inocente huérfano? ¿Los llantos
de la infelice viuda? ¿Las plegarias
del miserable anciano, del guerrero,
del labrador, de todo el que imploraba
su benigna clemencia? Luego ¿cuáles
fueron sus enemigos?

Rómulo.

Los que braman
como sañudas fieras bajo el yugo
de las severas leyes, duras trabas
de perversas pasiones. ¿Quién ignora
que el que tiene en su diestra la balanza
de la inflexible Astrea, no se libra
de los tiros del vicio que batalla
por romper sus cadenas?

Ostilio.

Nunca el vicio,
por mas que sea feroz, sus iras arma
contra unas leyes justas: i así solo
morderá las cadenas que le labran
los tiranos, los Rómulos, pues temen
aun las mismas virtudes arrastrarlas.

Ròmulo.

¿Qué desacato es este? ¿Con que todos
se atreven á insultarme? Tanta audacia
sabré yo refrenar.

Ostilio.

Viven los Dioses.... *Empuña.*

Numa.

Tente, Ostilio.

Rómulo.

¿Qué es esto? ¿Me prepara
la traicion algun lazo? ¿Qué me dicen
esas fieras y ardientes ojeadas?
¿Esos locos amagos? ¿Esas iras
que en vuestro torvo ceño se retratan?
Ah! que mi confianza me ha perdido!
¿Qué pretende, malvados, vuestra saña?
Si quereis destrozarme, llegad todos:
perfeccionad el crímen. Ya os aguarda
mi magnánimo pecho como roca
que embravecidas olas no contrastan.
Yo espiraré á los golpes de la infame
perfidia, sí; mas antes que la parca
este brazo desarme, muchas vidas
seràn despojos de mi invícta espada.

Numa.

Tranquilizate, Rómulo. Tu orgullo,
tu doblez, tu crueldad, i tus falacias
el premio que recelas merecian;
pero no son capaces de una infamia
los ilustres Sabinos. Pronto el rayo
de nuestra indignacion dará en campaña
su terrible estallido. Sí, perverso:
cuantos miras presentes se preparan
á quitarte la vida. Ni trincheras,
ni escuadrones, ni fosos, ni murallas
detendrán nuestra furia. El mismo Marte
no te podrá librar, aunque te armára
con su sagrado yelmo, i á tu lado

blandiese fiero su temible lanza.
Tu sangre beberemos, no lo dudes:
lo hemos jurado, Rómulo, á las sacras
Deidades de este bosque, y el Sabino
sus juramentos santos no quebranta.

Rómulo.

Intentais ardua empresa. Qué, ¿tan presto
se olvida vuestra ciega pertinacia
del valor con que Rómulo confunde
sus débiles contrarios? ¿Quién aguarda
los golpes que fulmino? ¿Quién resiste
solo un amago mio, una mirada?
¿Juzgais intimidar mis vencedores
guerreros con pueriles amenazas?
¡Os tengo compasion! Sedme testigos,
Deïdades inmortales, que mi saña
provocan los Sabinos. No ha bastado
á templar su furor la tolerancia
con que los he sufrido. Ya me miro
forzado á castigar sus temerarias,
sus locas pretensiones. Sí, rebeldes;
pronto con el acero á la garganta
imploraréis humildes mi clemencia,
y entonces besarà vuestra arrogancia
la pesada cadena, ó à las aves
de pasto serviràn vuestras escuadras.

ESCENA IV.

Numa, Hermilia, Ostilio, y Sabinos.

Numa.

Lo postrero en tal trance elegiremos.
Ya, fuertes compañeros, está echada
la formidable, la dudosa suerte!
Antes que apague su luciente llama

el padre de los dias en el seno
del océano inmenso, nuestras ansias
cesarán con el triunfo, ó con la muerte.
No se entibie el ardor que nos inflama,
ese divino rayo que la gloria
desde su eterno templo nos dispara.
Tengan todos presente en el combate
que lidian por sus hijos, por su patria,
por su propio interes. Cada cual sepa
que si el puesto que ocupa desampara,
no tiene mas asilo que los hierros.
Discurramos en fin que á nuestra espalda
desparece la tierra, y que es forzoso
romper por los contrarios á buscarla.
Pero tales avisos serán vanos
si no los dicta el labio de un monarca.
Yo no aspiro á este honor por mas que Tacio
su cetro y su laurel me encomendàra.
Nombradlo á vuestro agrado. Sea el que fuere
obedecer sabré, y en la batalla
la senda que me muestre su plumage,
esa siempre hollará mi heròica planta.

Ostilio.

Ninguno, como tú, podrá guiarnos
á la gloria en las arduas circunstancias
del trance en que nos vemos. Compañeros,
yo no daré otro voto. ¿Os desagrada
la eleccion?

Sabinos.

Ciña Numa la corona.

Numa.

Yo admitiré ese honor sin repugnancia,
si la divina Hermilia desde el trono
me dà para subir su mano blanca.

Hermilia.

¿Por què mi auxilio imploras, si te presta
tu sublime virtud tan dignas alas?
¡Ah generoso Numa! yo te libro

del fatal sacrificio á que te arrastran
los ruegos de mi padre. Sí: mi mano
sé bien que labraria tu desgracia.
Tu amante corazon gime i suspira
sin poder arrancarse la dorada
saeta que lo hiere, i mis halagos
lejos de derramar en la honda llaga
un saludable bálsamo, tus penas,
tus graves inquietudes aumentáran.
Pues no exaspere, Numa, nuestros males,
un estéril deber. Si desagravias
la sombra de mi padre, si disipas
los peligros que cercan á mi patria,
¿el cetro qué me importa? Yo reduzco
á tu felicidad mis esperanzas.

Numa

¡Ah virtuosa Hermilia, cuanto exceden
las prendas de tu espíritu á las gracias
de esa feroz beldad! Divina Hermilia,
líbrame por los Dioses de esta llama
que devora mi pecho. Tú, tú sola
podrás con tus ternezas apagarla.
¿Qué no destruye el tiempo? ¿Qué no cede
al ruego i al cariño? ¿A quien no encantan
las heróicas virtudes? Sí: en tu mano,
en esta blanca mano está cifrada
mi ventura. ¿Qué temes? ¿Imaginas
que yo no te amaré? ¿Tendré yo un alma
tan dura, tan indócil?

Hermilia.

No, mi Numa:
no me aborrecerás si no me amas.
Yo registro tu pecho.... ¡Mas hai triste!
que no es un dulce amor quien nos enlaza.
Tacio ... tu honor.... la suerte....

Numa.

No, mi dueño,
tus méritos me rinden. Ven al ara.

enciéndanse las teas. Oh Citeres!
Muéstrate favorable en las entrañas
de las simples palomas, y el disgusto
nunca marchite la nupcial guirnalda.
Al conducirla por la mano al ara suena dentro estrépito de guerra.
Pero ¿qué estruendo es este?

Ostilio.

Todo el campo
en movimiento miro.

Hermilia.

Ya estrañaba
que mi dicha no diese en un escollo.

ESCENA V.

Un Sabino, i los dichos.

Sabino.

No os detengais, Sabinos. A las armas
corramos presurosos. Los Romanos
por tres distintas partes nos asaltan.
Ya nos hieren sus rápidas saetas
i las nubes de polvo que levanta
el confuso tropel de las cohortes
la clara luz del sol nos arrebatan.
Ea pues, coronemos al instante
esas robustas i trabadas hayas
que intentan escalar los enemigos,
f hallen en cada pecho una muralla.

Numa.

Seguidme, compañeros.

Hermilia.

A tu lado
nueva Belona blandiré la lanza.

Numa.

No, mi bien: á tu tienda te retira.

Parte, Ostilio, defiende con tu escuadra
esa parte. O la muerte ó la victoria
ordeno á tu valor.

Ostilio.

Ten confianza
Guerreros á lidiar por la justicia.

Sabinos.

Volemos á morir, ó à vindicarla.

ESCENA VI.

Hermilia i las Sabinas.

Hermilia.

Las Deidades os siguen, i severas
contra el tirano Rómulo combatan.

Sabina 1.ª

Ya de las armas el terrible estruendo
atruena todo el bosque.

Sabina 2.ª

Suerte airada,
si triunfará el Romano?

Sabina 1.ª

¿Què destino
tu implacable ojeriza nos prepara?

Hermilia.

Ved como al duro golpe de los dardos
comienzan á exhalar las nobles almas
nuestros fuertes guerreros. Entre el polvo,
las voces i el tropel los yelmos saltan,
vuelan las picas, los escudos ruedan
sobre la roja yerba. Cielos, ¡cuanta
sangre, cuanto sudor por todas partes
con el afan i el hierro se derrama!

Sabinas.

¡Oh dia lamentable!

Hermilia.

Mas, Sabinas,
mas infausto fué aquel en que insensatas
dejamos nuestros plácidos hogares
por la pérfida Roma. ¡Qué de ansias
este yerro nos cuesta! Mas hai triste!
que los Sabinos ceden. Las escuadras
enemigas inundan los reales
como torrente rápido que baja
de las excelsas cumbres arrollando
las peñas i los àrboles que arranca.

Sabina 2.ª

¿Qué haremos? ¡Ai! ¿Adónde esconderémos
nuestros hijos?

Sabina 1.ª

¡O madres desgraciadas,
huyamos á los montes.

Sabina 3.ª

Dioses justos,
apiadaos de nosotras.

ESCENA VII.

Hermilia sola.

¡Pena amarga!
Ya se ha perdido todo: se ha perdido
la libertad, la gloria.... Ya no hai patria:
ya no hai Sabinia.... Númenes terribles,
¿dònde está la justicia? ¿Vuestra saña
cuándo terminará? ¿Pero qué miro?
¿Cómo volveis, Sabinos, las espaldas?
¿A dónde vais, cobardes?

ESCENA VIII.

Algunos sabinos atraviesan huyendo. Hermilia, Tulia, i Romanos.

Tulia.

No sigais
esa tímida turba. A mí me basta
esta aleve Sabina para triunfo.

Hermilia.

¿I qué importa que triunfes de una flaca,
de una infeliz muger, si aun te disputan
muchos nobles guerreros la ventaja
que esos viles te ofrecen.

Tulia.

La victoria
les cedo á trueque de poner la planta
sobre tu infame cuello. Conducidla.

Hermilia.

Apura tu furor, tu enojo sacia,
implacable muger; pero no esperes
que tus rigores mi valor abatan.
No me sorprende el hado. Bien sabia
que sin designio esparce sus guirnaldas
la mudable fortuna, i así miro
con sereno semblante las desgracias.

Tulia.

Tú gemirás al fin.

Hermilia.

Antes espero
que tus iras se cansen.

Tulia.

Arrastradla,
sumergidla en los hierros, i suspire
entre la turba vil de mis esclavas.

ESCENA IX.

Numa por el centro con algunos Sabinos. Traban el combate con los Romanos, i al retirarse estos vencidos salen por la izquierda algunas tropas Romanas, que cercan á Numa i á los suyos. Lidiase con teson, i desarmadas, formando un cuadro pintoresco, cuyo grupo principal se compone de Tulia, Hermilia, i dos guerreros que han aprisionado á Numa.

Numa.

Sabinos, defendamos vuestra Reina.

Tulia.

Antes sereis despojo de mi espada.

Numa.

¿Por qué la vida, Dioses, me dejásteis?

Tulia.

Porque tu eterno llanto satisfaga
su justa indignacion. Infiel, ¿creiste
que á mis suspiros, quejas, i plegarias
ensordecieran los sagrados Dioses?
¿Te persuadiste, aleve, que dejàran
impune tu traicion? ¿O imaginaste
que no fuese delito tu mudanza?
Desengàñate, ingrato; i reconoce
que no son insensibles á las ansias
de un amante; que nada los irrita
como la ingratitud i la inconstancia.

Numa.

No me atormentes, Tulia: no dupliques
mis congojas mortales. Yo te amaba
cuando amarte podia sin delito:
pero así que el peligro de mi patria
me instruyó en mi deber, fué necesario
ser ingrato contigo por salvarla.

Mas ai! que se han frustrado mis desvelos.
En medio de este bosque donde nadan
en tibia sangre los hendidos cráneos,
los yertos miembros, las deshechas armas
de mis fieles amigos, me conservan
los Dioses una vida que me cansa
para funesto ejemplo de sus iras.
Yo, miserable pueblo, soi la causa
de tu horroroso estrago. Sí: los cielos
tu inocencia clementes perdonáran,
si tu suerte de mí no dependiese,
de mí que arrastro asido á mis pisadas
el acerbo infortunio, emponzoñando
el aire que respiro. ¡O cuán infausta
fué la eleccion de Tacio! ¿Por qué, Hermilia,
cediste generosa á mis instancias?
¿Por qué diste la mano á un desdichado?
¿A un infeliz, objeto de la saña
del cielo i de la tierra?

Hermilia.

Porque nunca
la virtud desmerece en la desgracia.
Sí, mi Numa: no temas me arrepienta
de ser tu fiel esposa. En la garganta
de la calamidad, que nos devora,
tu amor es mi consuelo.... Mas ¡ai ansias!
que cesó tu deber, cesò el empeño,
cesaron los clamores de la patria,
i tu pasion no cesa.... Pronto, pronto
enjugarás el llanto. Entre sus alas
te arrullará el amor; i si la gloria
te saca alguna vez à la campaña,
serà para volver con mil naciones
uncidas á tu carro á las murallas
de la orgullosa Roma, donde fina
tu arnes destrence la beldad que amas.
Pero no lo veré.... Ya el lento filo
de mis fieros pesares en el alma

honda llaga habrán hecho, i de la Estigia
errante i triste pisaré las playas.

Numa.

¿Qué dices, bella Hermilia? ¿Te persuades
que olvide yo la sangre derramada
de tantos infelices? ¿Tus ternezas,
tus ayes, tu dolor?....

Tulia.

Aleve, calla.
¿Cómo á mis ojos, pérfido, te atreves
á ostentar tu traicion? ¿Quién tal audacia,
quién tal descaro tuvo? No sé como
mi rabioso despecho no te arranca
ese infiel corazon donde se albergan
tantos engaños, osadia tanta.
Mas no es tuya la culpa: la insolente
que aviva con sus làgrimas tu llama,
debe ser el objeto de mis iras.
Guerreros, al momento separadla
de ese traidor, i à Roma se conduzca.

Hermilia.

Tus crueldades, ó Tulia, seràn vanas.
¿De qué sirve el rigor? En las prisiones,
cercada de tinieblas, aherrojada
en la desnuda tierra, cada instante
volará á tu pesar sobre las alas
de nuestro casto amor mi pensamiento
i en mi esposo hallará tranquila calma.

Tulia.

Yo haré, atrevida, que la muerte extinga
esa loca pasion de que te jactas.

Hermilia.

¡O que débil recurso! Aun ignoramos
si con la vida nuestro amor se acaba.

Tulia.

Obedeced, Romanos.

Hermilia.

A Dios, Numa.

Numa.

Mi corazon, Hermilia, te acompaña.

Tulia.

Llevadla.

Hermilia.

A Dios....

Numa.

A Dios.

ESCENA X.

Ostilio presuroso, i los dichos.

Ostilio.

Numa, respira.
Los cielos han tomado la venganza
que nuestros flacos brazos no pudieron.

Numa.

¿De qué manera, Ostilio?

Tulia.

Suerte infausta,
¿Qué golpe me previenes?

Ostilio.

Ya no existe
el ambicioso Rómulo.

Hermilia.

¡O sagrada
Providencia!

Tulia.

¡Yo muero de despecho!

Ostilio.

Rotas ya las trincheras que cercaban
nuestro campo: cubiertos los Sabinos
de mortales heridas sus corazas
i yelmos destrozados: respirando
con angustia i afan: casi agotadas

las fuerzas, sin vigor, sin resistencia
empiezan á ceder. Cada pisada
era un lago de sangre, i el Romano
en nuestros yertos cuerpos tropezaba.
El tirano animando sus cohortes,
mas terrible que el Dios de las batallas,
en torno fulminaba el fuerte acero,
que al girar por el aire salpicaba
con nuestra sangre su feroz penacho.
Crece su furia, sus guerreros llama,
hiere al caballo con la aguda espuela,
i el iracundo bruto entonces salta
rompiendo nuestras filas, abollando
con la herradura las bruñidas armas.
Entre tantos horrores las Deidades
oyeron nuestros ruegos. Una espada
que el moribundo brazo de un Sabino
esgrimió sobre el polvo en que espiraba,
penetrò el ancho pecho de la fiera.
Siente la aguda punta en las entrañas,
i ciega del dolor, mordiendo el freno
que en vano la contiene, se abalanza
como rápido rayo al precipicio
que forman esas rocas escarpadas.
Tres veces á las riendas el tirano
toda su fuerza aplica, i otras tantas
empinó su estatura el fiero bruto;
mas fáltale la tierra, i á las auras
despechado se arroja. Ruedan ambos
dando tremendos vuelcos por las pardas
i desiguales peñas, cuyas puntas
rompen las duras armas, i desgarran
los palpitantes miembros. Yo, Sabinos,
á pesar del rumor i la distancia
escuchè el grave golpe de los cuerpos
en el profundo abismo. Las escuadras
atónitas quedaron: se les caen
las picas de las manos: todos clavan

los espantados ojos en las rocas
que arrebataron su feroz monarca.
Sí, felices Sabinos: ya los Dioses
han tomado á su cargo nuestra causa:
ya no existe el tirano, i al averno
nuestra infelicidad consigo arrastra.

Tulia.

No imagineis, traidores, que este acaso
rompa los hierros que mi agravio os labra.
Si ha fallecido Rómulo, yo existo;
i en tanto que el senado no proclama
un nuevo Soberano, serà Tulia
del augusto laurel depositaria.
Guerreros, conducid á la altą Roma
esos dos sediciosos. ¿Vil, pensabas
burlar mis iras i mirar tranquilo
mi rabioso dolor? No: Tulia manda:
ya está dado el decreto. Una ponzoña
gustaremos; i en hora tan amarga
tu congoja mayor, tu mayor muerte
serán mis fallecientes ojeadas.

Hermilia.

Yo espero que se frustren tu rigores.

Tulia.

¿Frustrarse? pues qué, pérfida, no basta
para desengañarte el infortunio
que lamentas?

Hermilia.

Quizà los cielos calman
su indignacion. Quien sabe....

Dentro voces.

Numa viva.

Tulia.

¿Quién estas voces i alboroto causa?

ESCENA X.

Marcelo, guerreros Romanos i Sabinos, i los dichos.

Marcelo.

Generoso Sabino, ilustre Numa,
los poderosos Númenes que guardan
este sagrado bosque, han castigado
la impiedad que sus aras profanaba.
Roma sin dueño gime, mas prudente
enjugando sus lágrimas, me manda
que en su nombre te ofrezca el regio cetro,
i el glorioso laurel que....

Tulia.

Aleve, calla,
¿Qué pronuncias? ¡Un pérfido en el trono!....
La pena i el furor la voz me embargan! ..
¿Quienes son los traidores que pretenden
coronar á un Sabino?

Marcelo.

Las escuadras.

Tulia.

Opondráse el Senado.

Marcelo.

Poco importa
si están en nuestras diestras las espadas.

Tulia.

¿I à un estrangero eligen?

Marcelo.

¿Qué te admiras,
si han visto su valor en la campaña,
si conocen sus ínclitas virtudes?

Estas, Tulia, lo elevan, no la patria.
I así, Señor, admite el vasallage
que juran à tus pies. La paz renazca
en nuestros secos campos. Ambos pueblos
una familia formen, i la insana,
la sangrienta discordia para siempre
brame en el hondo abismo encadenada.

Numa.

Admito vuestro don, nobles guerreros,
i juro á las Deidades soberanas
conservar siempre en paz vuestros hogares.
Ven, adorada Hermilia, i en las aras
unamos el amor. Pueblos amigos,
coronad vuestras sienes de guirnaldas
de pacífera oliva, i en el templo
demos á Jove las debidas gracias.

Todos.

Vivan Numa i Hermilia.

Tulia.

Mi despecho
ha llegado á su colmo. Ingrato, aguarda.
Romanos, deteneos. Fementido,
escucha á una muger que idolatrabas,
i que aun ciega te adora. No pretendo
enternecerte, no. Sé que son vanas
las lágrimas que vierto. Solo, aleve,
solo si te suplico por las ansias
que el pecho me destrozan, por mi llanto,
por mis suspiros, ¡ah! si te fuí grata,
si te fui dulce un tiempo, si algun premio
merece mi fineza, que esa espada,
esa diestra cruel, que tantas veces
me prometiste, rompa mis entrañas,
destruya mis alientos.... Mas ¡ai triste!
que dirijo á una roca mis plegarias.
¿A quién me volveré? Escucha, Hermilia,
escucha á una rival que despechada
provoca tus enojos. Teme, injusta,

teme mientras respire que la llama
de nuestro antiguo amor turbe el reposo
del lecho que Himeneo te prepara.
Sí, tirana, yo adoro á ese inconstante.

Numa.

Conducidla, guerreros.... Ai! libradme
de este objeto fatal. Hermilia amada,
no estrañes mi dolor. La quise un tiempo.....
Fué mi primer amor.... El es la causa
de su trágico fin.... ¡Ah! no soi marmol....
Yo debo lamentar tanta desgracia.
Qué, ¿pudiera ofender mi triste llanto
á la sensible Hermilia?

Hermilia.

No me agravian
tus nobles sentimientos. ¡Ah! mi Numa,
su desastre estas lágrimas me arranca.

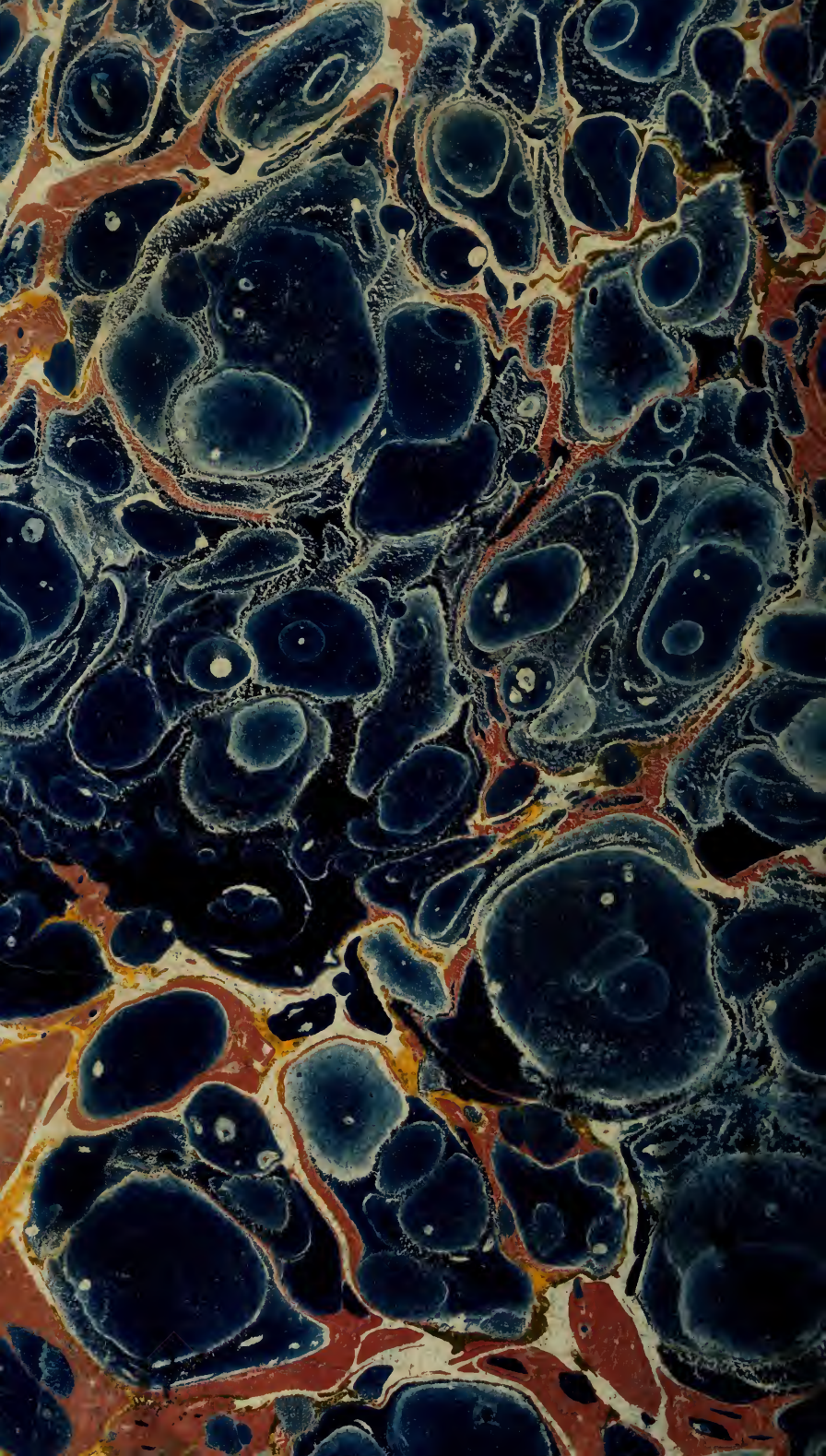
Numa.

Vamos todos al templo. Justos Dioses,
velad sobre estos pueblos que se enlazan
con tan estrechos vínculos, i vivan
en la paz, la alegria, i la abundancia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

Discurso sobre los sainetes. . . . . VII.
El Gato. . . . . 25.
El soldado Fanfarron (primera parte). . . 43.
El soldado Fanfarron (segunda parte). . . 59.
El soldado Fanfarron (tercera parte). . . 81.
La casa nueva. . . . . 97.
Los caballeros desairados. . . . . 115.
El chasco del manton. . . . . 133.
El baile desgraciado. . . . . 149.
Los palos deseados. . . . . 169.
Los nobles ignorados. . . . . 187.
Numa (Tragedia). . . . . 219.



162469
LS.
C3526s

Author Castillo, Juan del
Title Salnates. Vol.1

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU